

de escénicas y partidas

S T A F F E D I T O R I A L

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño interior y de tapa*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración*)

Coordinación editorial UNL: Ivana Tosti

© Centro de Publicaciones, UNL
Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Reservados todos los derechos

Centro de Publicaciones UNL
9 de Julio 3.563 (3000) Santa Fe, República Argentina
Telefax: 54 + 342 + 457-1194
editorial@unl.edu.ar — www.unl.edu.ar/editorial

Escribo para la escena, sabiendo todo lo que ella puede hacer, pero proponiéndole todo lo que ella no puede hacer. Todo lo que no puede resolver sino, tal vez, desde su precariedad constitutiva. Una precariedad que va más allá de las carencias de nuestros montajes. Una precariedad que es sinónimo de lenguaje inesperado, siempre distinto. Como esas carencias no son estructurales, son fundantes, no busco con mi escritura un acuerdo y una complicidad con los otros discursos escénicos, sino ponerlos en aprietos, desafiarlos.

Esto es lo que exploro desde *Viejos hospitales*: una teatralidad abierta a soluciones escénicas diferentes, profundamente libres en el corazón de un puñado de palabras.

Creo, o por lo menos es lo que persigo con mi escritura, que no deben resignarse, en nombre de lo que se da en llamar "la especificidad del texto dramático", sus posibilidades literarias, su condición de obra portadora de una historia que, desde lugares disímiles, pueda cautivar a un lector de la misma manera en que va a atrapar al espectador. Esa condición de la palabra teatral es, para mí, poética, esto es, solitaria, siempre a punto de partir. La palabra que elige partir, entonces, porque nada tiene que hacer entre los discursos racionales, domésticos o masivos. Con esa palabra construyo mi ficción. Mi ficción que ya no es un pacto con la moneda de la credibilidad sino que, cuando la luna abre los ojos para que la noche en la Patagonia no se ahogue, se pregunta, una y otra vez, si es cierto que es imposible decir lo real.

Alejandro Finzi

> **La Patagonia, ese enorme universo que promueve la creatividad**

Entrevista a Alejandro Finzi por Emilia Deffis de Calvo, Université Laval

– *«Camino de cornisa» es una obra que elabora la antítesis civilización/barbarie. ¿Se plantea de manera ambigua la imposibilidad de escapar a esta oposición o por el contrario se postula su superación?*

– Escribí la obra en el 86, y su escritura me tomó atravesado por la muerte de mi padre. De allí esas palabras iniciales de Giordano Bruno, que están escritas en su tumba: *«Il tempo tutto toglie e tutto da, ogni cosa si muta, nulla s'annichila»*, que es el sentido de la vida.

Efectivamente, *Camino de cornisa* es una obra que explora lo que habita la frontera. De allí la pertinencia de tu pregunta. El gran espacio de la frontera es, entonces, un espacio de intercambio, un espacio alquímico, donde se produce la maravilla. Eso no quiere decir que ese espacio de frontera sea un espacio confortable o porque sea maravilloso es un espacio redimido. No, es un espacio en conflicto. Pero es un espacio donde lo imaginario recobra absolutamente todas las causas perdidas y las recupera para la historia.

Sebastián el soldado está allí en la frontera esperando, porque él es un hombre de palabra, y el general Roca le dijo que le iba a dar los títulos de propiedad de la tierra. Se quedó esperando que vuelva el Gral. Roca, y su buena fe y su ilusión lo condenan. Por el otro lado, las dos parejas de la alta burguesía van a Bariloche a hacer un negocio tramposo, el negocio de la estafa y la corrupción. Entonces hay dos modos, que se encuentran en la frontera con sus lógicas. Uno, el de la buena fe y la credulidad, de un pueblo que creyó que la Argentina podía ser otra cosa. Es el mundo de Sebastián. Y otro universo, que cree que la Argentina es la tierra de un despojo constante, permanente, y que ese despojo puede continuar porque la Argentina es una mina de oro.

– *Entonces, haciendo la relación de la aniquilación temporal, la cita de Bruno, con lo que acabás de decir (y dejando de lado la situación personal de la muerte de tu padre), uno se da cuenta de que, cuando se publica la obra en 1987, esto corresponde exactamente a lo que está sucediendo en el país, el proyecto menemista que lleva a cabo el despojo...*

– No puedo dejar de lado la muerte de mi padre ni la frase de Giordano Bruno, él dice que todo se transforma. En realidad que la temporalidad es esa caldera constante y permanente que mantiene la vida a lo largo de diferentes transformaciones. Porque mi viejo era un tano que laburó como un enano, que apostó a esa Argentina de sueño, a esa Argentina creíble; y ¡lo jodieron toda la vida! Aún hasta cuando, con otros universitarios argentinos, Isabel Perón lo dejó en la calle. Y mi padre se

murió, entre otras cosas, de tristeza. Se murió porque todo lo que él había puesto en ese país, un hombre que creyó en la palabra, había sido sistemáticamente estafado. Eso no es algo menor, apareció en la coyuntura de la escritura y de pronto se resignifica. Ese lugar de la frontera, pues, es el lugar de la maravilla, donde Pihuechén finalmente puede asumir una creencia que por lo general es anónima, que es también ciertamente dejada de lado por la cultura oficial, y que en la pieza adquiere un espacio gravitante y definitivo.

Pero también allí hay otro personaje, el chofer, que para que el auto ande tiene que poner su ojo de vidrio en el motor. De algún modo construye esa otra Argentina, ese otro país, donde la suerte es el remedio de los inocentes, y donde con poco y nada se construye la utopía, el sueño. Hay dos modos de construir la utopía: uno es la utopía entendida como un espacio consagrado, hegemónico, que es la de los cuatro viajeros que van allí a hacer su negocio, que van a ir a construir su propio interés personal. Esa utopía hace metástasis, avanza como un cáncer, impregna toda la sociedad. Otra forma es la de Sebastián. Esa utopía es caquética, es una utopía de la resistencia, construye con lo poquito que tiene: el saber y el amor. Son dos formas en las que también encontramos dos visiones de país, dos visiones de Latinoamérica: una manera es imperialista, digamos, y otra manera es la forma de la resistencia, de quienes hoy en el país tratan de encontrar otro país posible más allá de todos los dictados infernales que quieren condenar la realidad.

– *O sea, la respuesta a la pregunta inicial sería que la situación fronteriza postula la superación de la oposición civilización/barbarie por esta vía que acabás de mencionar.*

– Creo que sí. La obra es esencialmente positiva, y el mundo chiflado que puse ahí, es tan chiflado como real. Y hay algo que se instala en nuestra vida: el mundo de lo real es insoportable, en el sentido psicoanalítico, lacaniano, de la cosa. Ese mundo de lo maravilloso, ese espacio teatral que se abre y se multiplica en la frontera, es el único que nos puede contener también como seres humanos.

– *El tema de la frontera vuelve, de nuevo, en «Bairoletto y Germinal»...*

– Así es. Terminé de escribir *Bairoletto y Germinal* en 1996. Aquí la frontera es un espacio que cruza a los personajes por dentro. Que, digamos, los constituye por dentro, los revela como excluidos y esa exclusión los hace libres. Porque se es libre cuando, al elegir, se tiene conciencia de cuánto se deja, de ese camino que se emprende, sin retorno. En la segunda versión Bairoletto fue interpretado por Daniel Vitulich, el fundador de Río Vivo, nuestro grupo teatral. Un gran actor, increíble, excepcional, que no tiene mejor idea, gran cretino, que morirse hace

cuatro años. Y vos lo veías, ahí, en la escena, en dupla con Javier Santanera, *Germinal*, maravillosos los dos. *Bairoletto* y *Germinal* fue un pedazo importantísimo de un largo camino de indagación estética con José Luis Valenzuela, también; largo andar que ha ido fructificando, tropezones mediante, hasta *Voto y madrugada*. En *Bairoletto...* no se resigna la muerte, voy por la vida, por ese pequeñito lugar por donde se abre el horizonte de la Patagonia, que de tan vasto se hace así como una orilla o un sueño, me parece.

– *Volviendo a «Camino de cornisa», me parece que existe la posibilidad de rastrear un «movimiento de ideas»: esta transición de la utopía pasando por la frontera para llegar al exilio, ¿te parece que es una línea de lectura que el texto soporta?*

– Absolutamente. Ambas utopías, la que hace metástasis, invadiendo, y la otra, la utopía de la resistencia, de los que creemos que otro país es posible, se cruzan en la frontera, el lugar del exilio de Sebastián. Del exilio interno que vive una forma de pensar el país. ¿Cuándo va a nacer esto? Sabe Dios, pero el exilio está ahí. El exilio de esa resistencia y de esa lucha está presente.

El tiempo tiene una marca muy fuerte, no solamente en *Camino de cornisa*, sino en mucha de mi escritura, que es la marca sonora. Es un nivel que impregna absolutamente el discurso de las acotaciones, y le da una dimensión temporal y espacial a la escritura. Pihuechén, cuando la obra se hizo en el teatro Alvear de Buenos Aires, inundaba la escena, absorbía y de alguna manera consumía a todos los personajes. En el espacio escénico hay imitaciones operativas sígnicas determinantes por un lado, pero hay otras, que son las del espacio del actor, que se desarrolla a través del texto.

Ahora, hay un modo de escribir el teatro, que es escribir el teatro del aquí y el ahora, del dame y te doy. Hay otro modo, que es mi hipótesis, que es quebrar ese aquí y ese ahora y transitar el espacio poético, el espacio lírico. Ese espacio lírico recupera, funda, instala el valor de un texto que no por ser teatral debe dejar de ser literario. Toda mi vida de autor teatral he trabajado por eso.

– *Es muy interesante, a mí me da la sensación de que ante ese constante doble mensaje que hemos vivido todos, a todo nivel, la palabra poética es tu respuesta creativa. La única manera de destruir el doble mensaje es crear la dimensión poética de la palabra.*

– Me he instalado en esa búsqueda, de modo que el teatro soporte, contenga, desarrolle la palabra poética, porque creo que el teatro es la manera que tiene la historia humana de tomar conciencia de sí misma. Y esa conciencia no es otra cosa que poesía. No hay otra.

– *Volviendo a lo sonoro en tu obra, mientras te referías a esto pensaba en una especie de pautado musical, esto es como tu metrónomo, esas pautas rítmicas, sobre todo en «La isla del fin del siglo»...*

– Es mi condición de músico frustrado...

– *Pero indudablemente esto sirve de apoyatura, es muy importante para el espectador...*

– Y aparece en mi obra desde siempre. En la primera obra que me estrenaron, en Nancy, que se llama *Nocturne ou le vent toujours vers le sud* hay un protagonista que va a la Patagonia buscando trabajo y no consigue nada, y hay un coprotagonista que es el viento. El campo sonoro se despliega durante toda la obra. Guardo el casete de aquella puesta, y ahí está el personaje dialogando con el viento. Es una fascinación.

– *Llego a tu obra después de haber trabajado un poco sobre la narrativa del noroeste argentino y, justamente, Héctor Tizón tiene una novela que se llama «La casa y el viento». Hay ciertos motivos que se repiten. Claro que en ese contexto el viento tiene otras connotaciones...*

– Pero también el viento habla en la Patagonia, y cuenta historias, viene por la noche, te golpea la ventana y te acompaña, te habla... y eso es bien real. La Patagonia es un horizonte abierto y uno puede reparar en pequeñas cosas. Es territorio del viento... está por todos lados.

– *Volvamos a esta cuestión de la utopía, el no lugar...*

– El espacio por un lado está bien ubicado en el racconto de este viaje donde va trasladando toda la línea sur hasta el encuentro con Sebastián. Ese encuentro es la apertura del espacio de la frontera. Solamente atravesando la frontera esos personajes, esencialmente Isabel, podrá ver esa otra realidad que los otros no pueden ver. Pero entretanto hay que cruzar la frontera. Es decir, hay que cuestionar, poner en crisis esa forma de entender la Argentina que hace metástasis, que destruye. Es el encuentro de una cultura y la otra.

– *Es muy curioso que sea justamente Isabel la que no tiene voz, ella ve pero no tiene voz. O la voz que tiene nadie es capaz de escucharla. Su palabra es una palabra inaudible, esa me parece una clave de interpretación de la obra, probablemente no seamos capaces de escucharnos a nosotros mismos... Sin embargo Carlos, que podría ser el personaje que no tiene voz por su condición social, sí tiene una voz.*

– Sí, es un disparador lírico absoluto. ¿Y con quién dialoga? Con Sebastián. Y con Isabel. El lenguaje absolutamente onírico de Carlos encuentra un interlocutor en Sebastián, que también vive una realidad de desmesura, en un espacio desmesurado. E Isabel vive la ablación de su ser, pero esa violación irremediable al país, le permite finalmente construir o ver un mundo posible. ¿Será un personaje romántico?

– *No, en absoluto, creo que no. Diría que es más bien expresionista, pero bueno... (risas). Entonces, ¿si el país es una frontera, quiere decir que no tiene territorio, no tiene hábitat?*

– ¡Estos universitarios! Qué difícil...

– *Aquí he usado dos palabras y reconozco que tienen un estatuto muy diferente. Una es «territorio», término recuperado por los militares en su discurso de la soberanía nacional—pero de eso mejor olvidarse—; y el otro es el «hábitat», que se refiere a la relación del individuo con el espacio, más que la dimensión puramente mensurable del territorio.*

– Digamos en todo caso, si querés una respuesta un poco simplista, que ese territorio no va a explicar nunca la realidad que la frontera aporta. Y la extensión de ese espacio generado por la frontera, que es mucho más grande e inclusivo que el territorio que da el pasar en un Plymouth 38 por Bahía Blanca, internarse en la línea sur para ir a la inauguración del hotel Llao-Llao. El espacio de la frontera fecunda, crece.

De hecho el motor funciona. Rodríguez Argibel cuando la montó en Buenos Aires puso el motor de un Fiat 600 que hacía demasiado ruido. En la puesta en Santa Fe de María Rosa Pffeifer había una construcción en off del motor. A esa materialidad reconocible, previsible de nuestra realidad se opone esa otra, que es la de lo ignoto, extraordinario, aquello que además se puede descubrir. La Patagonia como espacio debe asociarse siempre con el ejercicio del descubrimiento.

– *Es un problema a resolver, no es una respuesta previamente preparada...*

– Y el hecho es que hay muchas metáforas, muy pobres pero muy recurrentes en la jerga política argentina, que hablan de integrar la Patagonia, poblarla, habitarla, etcétera. Pero la frontera es ese espacio dinámico.

– *Éste es un comentario absolutamente marginal: en el contexto de la literatura del exilio después de la última dictadura militar una de las metáforas que se repite es la del cuerpo enfermo. El país era un cuerpo enfermo, la subversión era la infección que había que curar. Me doy cuenta de que vos estás usando la metáfora de la enfermedad...*

– Es una manera de explicar los dos ideogramas, los miembros de la alta burguesía, Isabel, Enrique, que van al sur, y ese otro ideograma, el de Sebastián.

– *Es interesante ver la coincidencia de imágenes, como proceso de recuperación de matrices ideológicas que han servido normalmente para proyectos colonizadores, como si estuvieras haciendo un trabajo desde dentro. Es la misma sensación que tuve al releer «La isla del fin del siglo» con la cita de Saint-Exupéry: «Lo esencial es invisible a los ojos», que puede leerse con un sentido opuesto a su valor poético en «El principito». Es una frase terrible: lo realmente importante es lo que no vemos, es lo que ha desaparecido de la Argentina de un determinado período. ¿Cuando escribiste «La isla del fin del siglo»?*

– La escribí en 1990, y la obra se publicó en el Fondo Editorial Neuquino hace relativamente poco, en el 98. Al año siguiente se publicó la versión francesa, y la obra fue traducida al inglés, al checo y se presentó en París hace dos años, en una gran muestra de teatro latinoamericano con puesta del Théâtre du Hibou, en la traducción de Denise Delprat. Pero no se estrenó todavía en la Argentina. Rechacé una propuesta de montaje porque venía de una fracción política de Neuquén con la que estaba enfrentado.

La obra nace de la necesidad de convocar una serie de personajes muy identificables de la Patagonia. Charles Darwin, por un lado, Saint Exupéry, por el otro; una enfermera alemana que vivía en Esquel y había sido discípula de Sigmund Freud, y la cantante lírica (que es mi abuela, Adele Olschki, que jamás estuvo en la Patagonia) y el vendedor de libros, que soy yo. Todos mis estudios universitarios los hice trabajando como vendedor de libros. Pude contar mi historia a través de este personaje.

– *¿Es la primera vez que te ponés en escena a vos mismo o ya había pasado?*

– Creo que sí, tal vez en *Nocturne*, el protagonista sea yo mismo, un personaje cuyos dos hijos esperan que el padre vuelva con trabajo.

La obra *La isla del fin del siglo* también es un homenaje, a través del laboratorio que Darwin lleva de un lado al otro caminando como un pingüino, a los esfuerzos que en materia de investigación ha hecho mi mujer con su equipo en la universidad. Ella trabajó durante años en el campo, en la investigación de la hidatidosis, y por razones políticas (vos ves cómo la política opera siempre desnaturalizando y destruyendo las cosas) cerraron el laboratorio, pudriendo sueros que se conservaban. Ella dice que si ese laboratorio hubiera seguido trabajando, probablemente hoy tendríamos una vacuna contra la hidatidosis. Ella sigue trabajando en el campo de la investigación, pero esa precariedad constitutiva... el carrito de Darwin es una metáfora de la manera en que trabajan los investigadores en la Argentina.

– ¿Qué esperabas provocar como respuesta en el público? Vos hablás de una especie de mandato del teatro patagónico que debería exhibir «el estado de situación de los procesos de eufemización de los discursos colectivos». A mí me da la sensación de que este texto «La isla...» es mucho más eufemístico que «Camino de cornisa», y que en la sala tiene que haber reacciones muy precisas ante este desfile de personajes.

– Por un lado la precisión del desarrollo del campo sonoro adquiere la dimensión de una partitura musical. Por el otro lado estos personajes viven en la gran soledad patagónica porque están incomunicados entre sí.

Nunca he asistido a una representación. Ahora me la pidió Cheté Cavagliatto, que ya montó *Viejos hospitales* y *Aguirre, el marañón* con la Comedia cordobesa, para hacerla en la provincia de Sante Fe. La obra se pondrá en noviembre en Praga. El director se llama Akram Stanek. Hay un proyecto en la Comedia de Campana, y también han pedido la obra en Corrientes. Digamos que el texto trabaja sobre esa inmensidad patagónica, y la procedencia maravillosa de la población patagónica. Tarados que vienen de todos lados, porque nosotros tuvimos a Butch Cassidy y Charles Darwin, y a Anson, que escribió un libro sobre la Patagonia que después leía Juan Jacobo Rousseau. Y tuvimos al rey de la Patagonia, y tuvimos al padre de Jorge Newbery, que era peluquero en Bariloche; y teníamos una bandolera inglesa que se asociaba con los aborígenes para hacer contrabando con Chile. Gente loca como Martin Bresler, o el mismísimo Antoine de Saint-Exupéry. Tarados maravillosos. Que por ser idiotas estructurados tienen una mirada sobre la Patagonia que es esencialmente poética y les permite encarar ese mundo que se cae a pedazos.

Ahí la escritura sonora tiene muchísimo que ver. Un montaje no puede prescindir de la escritura sonora para mostrar cómo llega el fin de la Patagonia, que es el último refugio del planeta. Y después está esa línea argumental entre el vendedor de libros y la novia virgen de Freud que está sostenida por fragmentos de los textos que escribí para una ópera, que se llamó *Albatri* sobre el *Albatros* de Baudelaire, y que se estrenó en el Campus musical Bariloche en 1990 (después se hizo en Neuquén y en Mendoza, con música de Daniel Costanza y la régie de Fernando Aragón). Son los fragmentos que canta Adela.

Allí el espacio está menos problematizado conceptualmente que en *Camino de cornisa*, porque en *Camino...* tenemos que identificar la frontera, significarla, ver cómo el gran Pihuechén aparece en la frontera y cobra la materialidad escénica de un ave que solamente existe en el espacio imaginario de la cultura autóctona. En *La isla...* tenemos la Patagonia, pero también está la distancia que separa a la Patagonia del resto del mundo, es la botella que va a Londres. La botella al mar va y viene.

– *Sin embargo, yo trataba de imaginarme la obra y las explosiones fragmentan todo el espacio...*

– La obra también termina sobre un signo positivo. Los personajes se van al planeta del principito.

– *Para mí el personaje más positivo es el vendedor de libros. Probablemente Adela, con su vitalidad y su música, mucho más que Ema...*

– Ema tiene una gran ausencia en la escritura hasta el final. Así como recurrí a Ovidio en *Camino de cornisa*, aquí recorro a una leyenda esquimal. Las últimas líneas que dice Ema son una reescritura de una leyenda esquimal. El cruce de cosas de procedencia diferente que fecunda el desierto es apasionante, es posiblemente por eso que uno se enamora de esa tierra prodigiosa. Cuando uno viaja por ahí y ve la capacidad extraordinaria que tiene esa geografía de rescatar lo ínfimo en la inmensidad esa. Un lugar lleno de fugitivos; es increíble las historias que se encuentran: lunáticos, arrebatados, peregrinos, la historia de la ciudad de los césares, Pigafetta, los patagones. Todo es desmesurado, maravilloso. Quiero decir, para un escritor es una fuente inagotable.

Mi obra más querida, más entrañable es mi gran fracaso. Se llama *La piel o la vida alterna del complemento*. Olvidé de decirte esto antes. El personaje de esta obra soy yo, se llama Walter.

– *¿Cuándo la escribiste?*

– La escribí a principios de los 90. La anécdota surgió en Bruselas. Cuando iba a trabajar al Instituto de Sociología viajaba en subte, y un día me puse a leer de costado un libro que leía una viejita. Nadie se habla en el subte. Entonces la viejita me contó en cinco minutos su vida. Me dijo que iba al hospital para acompañar a su marido. Los médicos lo iban a operar porque no sabían qué tenía. Y lo único que ella tenía en su vida era su esposo. Nunca más la volví a ver, pero a ella le dediqué la obra.

Ahora está traducida al inglés y al francés. Se hizo en un ciclo semimontado en Aix-en-provence, en un ciclo semimontado en el Teatro del Pueblo de Buenos Aires, con Daniel Marcove. Pero es mi gran fracaso, porque no logro que haya montaje.

Es la historia de una pareja, han vivido toda su vida juntos, y tienen que pasar la crisis del hospital. A él lo internan, ha pasado por once operaciones. En realidad él es un gran especialista en patos, es el más grande especialista en patos de la República y ha escrito un libro que se llama *La guía de patos de la República*. Está en su habitación con un par de binoculares y su señora que lo atiende. A cada rato se mueve como un monstruo porque tiene una suerte de giba en la espalda, entonces están esperando que el doctor Demorgongón, que es el príncipe de los

demonios en el imaginario renacentista inglés, venga y lo opere. Mientras tanto, él reclama a su mujer que por favor le entregue su libro, que tiene que seguir haciendo anotaciones mientras ve por la ventana. Resulta que la mujer ha perdido el libro, entonces él la echa a Ana (su mujer) de la habitación y se queda solo. Cuando se queda solo cuenta su historia, y dice que lo que le apareció en la espalda se debe a un poquito de óxido de un banco frente al río, y cada una de esas operaciones le produjo eso. Cuando vuelve su mujer, ambos se desnudan, entonces se puede ver cómo es Walter. Walter es un monstruo y tiene una especie de ala atrofiada en la espalda.

– *¿Es un monstruo o es un ángel?*

– Es un monstruo. Toda la cosa horrible de la enfermedad la tiene consigo. Pero ellos hacen el amor. Eso es lo insostenible para los directores, que quieren siempre cortar eso, que no se vea eso, la monstruosidad. Yo creo, sin embargo, que es el punto culminante de la obra, porque ésta es una historia de amor de dos seres que han convivido toda la vida, y que ya no necesitan verbalizar nada, hablarse nada, simplemente lo que en el texto funciona es el gran silencio. Es una escritura hecha de silencios.

Y, finalmente, cuando ese amor se consume y nos enteramos de que, en realidad, el libro, *La guía de patos de la República*, es una pequeña libretita perdida, aparece la enfermera, que también se llama Ana. Ana (la mujer) ya se fue. Y entonces Walter le pregunta qué pasó, y ella le dice que vino el Dr. Demorgongón, fracasó la operación, él está muerto y que se deje de joder, que tiene que preparar sus cosas para irse a su casa. Él le pide un beso y ella lo rechaza. Walter le dice que él le va a explicar qué es la muerte, ella acepta y él le dice que la muerte es la vida alterna del complemento. En el momento en que le da el beso, él adquiere la rigidez cadavérica y ella se va e invita a la familia a que pase.

Es una historia de amor contada desde la enfermedad, desde la soledad y el paulatino envejecimiento.

– *¿Y a vos te parece que es por esto, por el tema, que no se pone en escena?*

– Todos los directores dicen que es una obra terrible, triste. Y sin embargo, mi perspectiva es que es una obra llena de humor, llena de una ternura irremediable de dos seres que se aman, que no pueden vivir el uno sin el otro, que han aprendido a vivir a través de los códigos, no necesitan hablarse, que se acompañan y que enfrentan la vida desde todo lo que les falta. A mí me parece risueña, divertida, pero se ve que estoy loco, porque todos me dicen que es una obra terrible, que nadie puede poner eso. Es mi obra más querida, mi mejor obra tal vez, pero es mi gran fracaso porque no logro que tenga una puesta.

– *Tu explicación parecería ser una especie de fórmula de supervivencia... y a lo mejor ver eso en escena es intolerable.*

– Posiblemente... Ahora se va a leer en un ciclo en Normandía. Pero siempre se trata de cosas así, puestas en lectura. Quisiera para esa obra una puesta en escena. Walter soy yo, totalmente. A mí me pasó algo extraordinario la noche antes de que operaran a mi mujer de un tumor en la cabeza, hace tres años. Yo pasé la noche con ella, solo completamente (habíamos decidido no avisar a la familia, para no generar alrededor nuestro más angustia). En ese momento, mi mujer era Walter y yo era Ana. Y ahí descubrí qué quiere decir el amor entre Walter y Ana. Qué es el amor. Se me reveló con una gran fuerza. Yo tenía el sentimiento, físico, que no podía soportar (físicamente) que algo le ocurriese a mi mujer. Ese sentimiento es innominable, y me hizo entender qué es el amor. Yo no podía soportar que algo le pasase. Con los años se había generado un músculo, un tejido, entre mi mujer y yo. Su cuerpo era el mío, mi cuerpo es ella. Yo viví eso y esa noche descubrí qué es el amor. Un sentimiento por un lado muy oscuro, muy terrible, y por el otro lado un sentimiento absolutamente luminoso, yo había descubierto el significado de esa unión. Ahí descubrí lo que funcionaba en *La piel...*, lo que esos dos seres se dicen sin hablar.

– *Es curioso, porque al leer tus obras tengo la sensación de que es una escritura que... anticipa el futuro, visionaria. Lo que acabás de decir es eso, habías escrito tu vida antes de vivirla.*

– Esa anécdota. Mientras tanto yo me persigo a mí mismo como un monstruo. Yo buscaba un final para esta historia que me habían contado en Bruselas. Y una vez, durante el proceso de escritura, iba caminando por el costado del Limay, me caí al río. Claro, pesado como soy, salí del río todo cubierto de barro, entonces unos chicos se burlaron de mí, mientras yo salía y mi mujer me ayudaba. Y esa noche, a las tres de la mañana, me cayó el ladrillo del cielo, me golpeó la cabeza y me dio la totalidad de la obra, durante toda la noche escribí.

– *¿Te suele suceder eso con tus obras?*

– No, no. Lo que me ha pasado maravillosamente acá en Quebec, es que tengo otra obra. Eso es maravilloso. El otro día, cuando di mi conferencia (me invitaron a hablar de los piqueteros, junto a otros dos profesores), apareció un personaje increíble. Desde entonces yo decía, en mi cabeza, ¿qué hago con este tipo? Y de pronto –fue hace dos o tres días–, le encontré una historia al personaje. Acá tienen la costumbre de levantarse, ir al micrófono, y hablar con el conferencista. Y éste era un trostkista, fundador de tres partidos políticos que tienen tres miembros cada uno, que ha querido declarar la independencia de

Quebec y echar a todos los anglófonos... hablaba en un delirio total. Los organizadores querían callarlo y él seguía hablando. Me enamoré del tipo ese, porque es una belleza, un tipo totalmente loco.

Lo deconstruí y lo construí de nuevo. Tiene la agenda superrecargada porque tiene un montón de mitines, tiene que hacer la revolución en treinta y cinco frentes. Pero de tanto trabajar se enferma, entonces lo llevan al médico. Cuando el médico lo ve y le hace una radiografía, ¿qué es lo que encuentra adentro? Esto es lo que presenta la obra, su radiografía. Adentro tiene toda la poesía posible, pedazos de libros, como corazón tiene una página del manifiesto comunista. Y cuando le sacan sangre van a encontrar un vino cosecha no-sé-cuánto... Un personaje hecho de todo lo que es el pueblo, todo lo elemental que el pueblo tiene como sueño, y él lo tiene circulando. Los médicos van a tratar de arreglarle todo esto para que él pueda seguir haciendo la revolución. Él no se quiere morir, quiere seguir trabajando, y discute con los médicos sobre lo que le falta y no le falta. Porque, posiblemente (esto no lo tengo resuelto) él, en el momento en que lo están curando, sí tenga una respuesta realista sobre lo que tiene. En cambio, los médicos le van a decir que adentro tiene cualquier disparate, toda una suerte de carrocería que no tiene ningún ser humano. Esta historia la descubrí aquí en Quebec.

– Esto es como el ojo de vidrio en el motor, ¿no?, a mí me da la sensación de que estás en un proceso de constante reciclaje, un reciclaje regenerador. En el sentido de que, más allá de la utilidad económica que pueda tener el objeto reciclado, lo que se regenera es el valor primero del objeto...

– ¡Ah! Posiblemente, cuando le saquen sangre, lo que le van a sacar es una melodía. Esto es interesante. Por ejemplo, le sacan la Internacional... (risas).

*Quebec - Montreal
Marzo 2002*

Viejos hospitales

> Viejos hospitales

PERSONAJES

Una mujer, con su bebe
Un linyera

Indicaciones para una puesta en escena

Aun cuando no hay marcaciones técnicas en el texto, sí están señalados, en intervalos expresivos, los diferentes momentos en los que el personaje femenino habla con su hijo, recuerda, o imagina qué es lo que puede depararle su larga espera. De esta manera, estas mismas situaciones que fluctúan permanentemente entre la realidad, el pasado y el futuro de esta mujer expresan, también, un diálogo. Igualmente, la vida que comienza cada amanecer en una ciudad cualquiera, crece y acompaña a los personajes durante todo el transcurso de la obra.

LA NOCHE SE VA, UN DÍA DE VERANO, EN UNA PLAZA. UNA PLAZA POBRE, DE ÁRBOLES TRISTES, DELANTE DE UN VIEJO HOSPITAL.

EN UNA ESQUINA DE LA PLAZA HAY TRES BANCOS DESPINTADOS. SÓLO UNO DE ELLOS ESTÁ OCUPADO: A TODO LO LARGO, DUERME UN LINYERA. A SU LADO TIENE UN PAR DE ATADOS DE ROPA DONDE GUARDA TODO CUANTO LE PERTENECE. DE A RATOS, AGITADO, PARECIERA QUE VA A DESPERTARSE PERO, NO; CONTINÚA DURMIENDO, Y VUELVE A CUBRIRSE SON SU MANTA DE HOJAS DE DIARIO.

LA MADRUGADA SE ANUNCIA CUANDO A LO LEJOS SE ESCUCHA EL CANTO DE UN GALLO.

ENTONCES LLEGA UNA MUJER. UNA MUJER QUE LLEVA UN CHICO EN BRAZOS, BIEN ENVUELTO, BIEN ABRIGADO. LLEGA LENTAMENTE, ESTÁ CANSADA: HA ANDADO MUCHO PARA LLEGAR HASTA ALLÍ. ELIGE UN BANCO, SE SIENTA Y DESCANSA. DESPUÉS BUSCA ENTRE SUS ROPAS HASTA QUE ENCUENTRA UN TRAPO. CON ÉL VA A SECAR DE TANTO EN TANTO, LA FRENTE DEL CHICO.

CON EL CANTO DEL GALLO TAMBIÉN LLEGA, IMPERCEPTIBLEMENTE, EL CANTO DE LOS PÁJAROS. Y, A SU VEZ Y EN VOZ BAJA, LA MUJER ENTONA:

Duérmase mi niño,
duérmase mi sol,
duérmase pedazo,
de mi corazón.
...Duérmase pedazo,
de mi corazón.

Acá. Acá vamos a estar bien. Ese hombre. Ahí. Parece dormido. ¿Y usted? Así, bien abrigadito. Va a estar mejor. Con la ropa que le puse. Que no se me vaya a enfriar.

Vamos. Duérmase otro poco, que ya se va a poner mejor. Se va a poner sanito.

Y ya no va a llorar más. No va a hacer falta llorar más. Y nadie, nunca más, lo va a oír llorar porque se va a poner fuerte, porque el sueño le va a venir, solito, sin hacer ruido, va a venir nada más que para mí chiquito. Nada más que para él.

El sueño sabe traer cosas buenas a la cabeza cuando se es así, un chiquito.

El sueño que me le cuenta historias. Cuando se sueña, es como si a una le hablaran. Como si a una le dijeran cómo tendrían que ser todas las cosas. Eso está bien.

Así que, duérmase. Vamos.

Vamos.

Que soy la primera que llegué, ¿eh? Que no va a haber ninguna antes que yo, ¿sabe? Y, entonces, no habrá que esperar tanto: primero, me lo van a revisar.

El primer número para nosotros. No va a ser como las otras veces.

En los hospitales hay que andar con números.

—Ochenta y nueve. ¡Pase!

¡Noventa!

¿Y el número de historia clínica?

—El número de historia clínica.

¿En sala número siete, me dijo?

¿Dónde quedará esa sala?

Así es que son los hospitales.

Ese hombre. Dormido, así. Qué.

A la vuelta, por allá, me pareció, cuando estaba llegando, que había otro. Dormido, medio dormido, igual. Se irán, después, a juntarse entre ellos, a contarse qué soñaron, qué alcanzaron a soñar. Y entre todos, cada uno pondrá lo que se acuerda, y armarán uno solo, que alcance para todos, menos triste, que sea. No, si yo también sé que los sueños la acompañan a una. Parece que le hablan y le vuelven a decir lo que le contaban, de chica, no sé.

Como para que una deje de pensar, de repetirse. Dejar de acordarse, y dormir.

¿Por qué irán a hacer las plazas, delante de los hospitales? ¿Para qué? Igual que esas plantas que crecen, adentro, en los patios. ¿De dónde?

¿Para quién serán las flores, en los hospitales? ¿Qué son? Los enfermos buscan cerrar los ojos, dormir un rato. Olvidarse, también.

Flores en los canteros, éstos. Las pondrán para que crean que se parecen a qué.

Miren por las ventanas, mirenlas.

Ah, ésas, ahí. ¿Qué tendrán? ¿Qué enfermedad será esa que las hace crecer medias arrinconadas, contra la pared?

Medio abrigadito que te traje. Me van a atender primero. Vas a ver.

Deben faltar como dos horas para que empiecen a atender.

Dos horas y voy a ser la primera para sacar turno.

Ya conozco bien cómo funcionan los hospitales, yo. El que llega tarde se queda sin turno, y tiene que volverse. Si son diez turnos por día, son diez y nada más. ¿Qué pensarán que hay después de esos diez enfermos?

—Otra vez habrá que venirse más temprano. A ver, pase. Venga.

—Sí, doctor. No sé doctor. Empezó con que no me quería dormir.

Ahora está bien tapadito. Mirenlé la carita.

Y cuando una menos se da cuenta, ah. Qué.

Y así, flaco, irá a ser. Crecerá. Manos grandes. Dedos largos.

Ah, conozco esas manos, yo.

Pero vas a ser más alto, vos. Más alto, sí. Y el pelo parecido al mío vas a sacar, ¿no es cierto?

El crío más lindo, vas a tener que ser. Si no es nomás tu madre que te lo dice, no. ¿Pero quién tiene esos ojos, eh? Esos ojos. Que te miran, que siempre te están mirando, como buscándola a una.

¿Hasta qué edad es que no ven las criaturas? Es así como dicen. Los chicos, cuando nacen, son ciegos. Después, de a poco, empiezan a ver. Primero, las formas. Primero, la madre. Y la escuchan y dan vuelta la cabecita para donde ella está:

—¡Mamá!, ¿estás ahí entre todas esas sombras que no sé lo que son?!

¿Estás ahí?

—Sí, hijito. Tu mamá está aquí. Acá. Te traje al hospital, ahora. Nos van a atender primero. A nosotros, antes que a nadie.

Y, en este momento, el linyera, siempre dormido, sufre un ataque convulsivo. Se queja. Grita alguna palabra incomprensible. Después se calma. Silencio.

¿Qué tendrá? Se habrá venido para acá, creyendo que aquí lo van a atender. Se habrá tirado a dormir, para esperar. Pero aquí no es donde tiene que ir para que lo curen. ¿No sabrá dónde es que tienen que atenderlo, que se quedó ahí?

Llamaba a alguien, me parece. De dónde vendrá. ¿O dormirá siempre acá, en ese banco?

¿Qué edad tiene?, vaya a saber.

Ahora sí que ha dormido bien, ¿eh? usted. Y abrigadito, también.

¿Así que cuántos meses, ya? Tan rápido. A veces, tan rápido. A veces, no. A veces me parece como si no creciera nunca. Lo veo, así, igualito que cuando nació.

¿Se acordarán ellos de cuando nacen? ¿De cómo nacen? Mejor que no, digo yo. ¡Para qué!

Las hileras, en la sala. Grande, la sala. Las camas. ¿Cuál es la que me darán? La sala helada.

¿Qué es lo que tienen puesto las mujeres acostadas, ésas?

No. Que no se acuerde, mejor. Que no sepa.

¡No! ¡Que no sepa!

No, si los chiquitos deben ver, antes que nacen. Deben mirar qué es lo que hay adentro del vientre de la madre. Antes de nacer abrirán los ojos y buscarán. Por eso es que se mueve, así. Lindo, como se mueven. Lindo, es; mirarán lo que hay adentro. Las venas. La piel, adentro del vientre. ¿Qué será el corazón, para ellos?

...Toc-toc-toc-toc... toc... toc... toc... Oyen eso y después se moverán para querer alcanzar ese ruido. ¿De dónde viene eso? Un ruido, un golpe que viene atrás de otro; igual que cuando no se siente nada. Cuando una tiene que esperar para cualquier cosa, está eso mismo, siempre, que se repite.

Él, que no quiso saber nada, hasta el último momento:

—¿Para cuándo esperarás vos?

Toc-toc... toc-toc...

—¿Para cuándo esperarás, vos!?

¿Para cuándo es que espero, yo?

—¡A ver, abrí las piernas: hay que ver en qué posición está!

Allá, ésa que viene. Eh, ¿vendrá para acá? Que venga, va a ser el segundo turno.

Después de mí.

No, va sola.

Dio la vuelta. Cruza.

Mujeres solas. De madrugada. Mujeres sin hijos enfermos.

Y la madre de ese hombre, ahí.

Y el hombre, ¿se acordará?

—Empezó que no quería dormir. Después la fiebre, sí. Era la fiebre. Tenía que ser eso lo que no lo dejaba dormir. Le quemaba la cabeza.

—¿Hace cuánto que le empezó con la fiebre?

Me acuerdo, cuando me lo dieron, esas manitos. Esos puñitos.

—Va a ser mejor que lo perdás.

—¿Perderlo? ¡¿Perderlo?!

Esa carita, ah.

Después te llevé, me fui, esa mañana. Y él te vio.

Carlos.

Este hospital es más grande que la maternidad, parece.

La maternidad, más grande que esta plaza.

Antes, me gustaba salir. Que él me dijera que demos una vuelta.

¿Te acordás que salíamos?

Ya debe estar por llegar el personal de la mañana.

—¿Qué quiere?

—Quiero el primer turno. A la que espera más le toca el primer turno.

—Pase, el primero.

—Soy yo.

Ah, sigue dormidito. No se mueve, chiquitito. De cansado, que no se mueve.

Había que esperar, también. Para que a una le dieran la cama. Había que seguir, por los pasillos. Delante de esas puertas medias amarillas se pasaba. Y las mujeres que miran, desde adentro:

—¿Para cuándo esperará, ésa?

En los pasillos hay un poco de sol de patio. Las salas son oscuras; no, medio oscuras. Se levantan, las otras, con los camisones blancos, ésos. Van para el baño, y esperan.

Si pueden.

—¿En qué sala me internan a mí?

Esperar. Para todo. Lo que sea. Está una donde esté. Y lo que hay que andar para venir a esperar.

No se aprende a esperar, se nace.

—¡Cierren esas puertas!

—¡Que nadie pase por aquí!

—¡Fuera, todo el mundo!

Ese hombre, ahí.

Dos semanas de pecho, es que le di. Me salía muy aguada, era eso: leche de gata.

El tarro de leche, ése.

—¿Cuántos kilos me va a dar?

Leche de mujer; no alcanza, no.

¿Qué será el olor de las plantas de los patios?

Las plantas encerradas.

¿Dónde es que dejan que salgan al patio los enfermos? Para que tomen sol.

Como si fueran a encerrar los olores que andan por los pasillos.

Dos semanas de pecho. Poca leche que tuve, nomás. Tienen más otras. Se mojan de tanta que tienen.

Pero el olor ese de las flores no queda encerrado. Se quedan sin olor, porque se mezclan con los de adentro.

¿Se hará el dormido? ¿Se irá a despertar, en seguida?

No. No.

—¿Abortar? ¿Eso es lo que querés? ¿Que lo pierda? ¿Y con quién?

¿Sola? ¿Cómo se lo hizo la Estela, ésa?

No, así no va a ser. Yo lo voy a tener, a mi chiquito.

Sigue dormido.

¿Qué le va a decir el doctor que está así, dormido?

¿Y si me lo internan? ¿Y si lo tengo que dejar, solito, para que me lo traten. Lo irán a poner en una cunita. ¿Cuánto, será?

—¿Lo van a hacer quedar, doctor? ¿Cuándo me lo voy a poder llevar?

A lo lejos, se escucha la sirena de una fábrica.

La sirena. Qué hora irá a ser, ya. Una fábrica, debe ser.

Todavía, no. A las siete todavía es más claro. Pero ya no debe faltar tanto.

En las salas esas siempre parece que es de noche. Los techos altos, oscuros. ¿Qué se ve? Nada. Las mujeres, nomás, que tienen los ojos fijos, ahí.

¿Cuántas camas habrá en cada una? ¿Cuántas salas es que habrá?

¿Y si no es la sirena de las siete? La sirena de más temprano es más larga, dura más.

Tendrá que llegar más lejos, antes de apagarse.

Vamos, mi chiquito. Ya lo va a ver el doctor. Habrá que ir despertándolo.

Nacen más de noche que de día, los bebés. ¿Por qué será? En la maternidad, la noche está llena de gritos. Desde la sala, una no sabe bien qué grito es ése. Si es que es la madre. Si es el hijo. O sí, no, si se sabe bien.

—¡Vamos! ¡A aguantarse!

Aguantar.

¿Aguantar, qué?

—¡Dejenme verlo! ¡¿Por qué se lo llevan?!

Aguantar que se lo lleven.

¿Para quién serán las sirenas? ¿Qué hora será?

—¿Cuándo empezó la fiebre?

—Una semana, doctor.

—¿Cuántas maderas le prepararás al día?

—Y, doctor, depende...

—¿Cuántas medidas?

—No sé... y, más o menos...

—¡¿Cuántas?!

—Eh... de a dos cucharaditas... Para que me dure el tarro, para tener para darle y no se me acabe.

Se conversa poco, en la maternidad.

Una, de noche, en lo oscuro, me preguntó si era el primero.

—El primero, sí, es.

—Ah, es la primera vez que venís.

Otra, que nos había escuchado, se reía. ¿De qué cama vendría esa risa?

—Eh, ¿y vos, cuántos hijos es que pariste?

Se va despacio la noche. Como si no fuera a irse o fuera a esperar, también.

Ah, estará esperando a ese hombre, ahí.

Cuando llegue el invierno, con los días más cortos, la noche es como si se quedara dormida. Sin ganas, como el hombre ese, que no tendrá adónde ir.

Carlos. ¿Tenía, acaso, que ponerle tu nombre? No. No se lo iba a poner. ¿Dónde es que te iban a dar trabajo? ¿Cuándo es que dijiste eso?

—¿Para quién hay trabajo?

¿Para qué me vas a contestar? ¿Qué? Salir de acá. Irnos. ¿A dónde? ¿Cómo?

—Un trabajo que sea fijo, digo. Uno que tengas todos los días. Para saber que mañana va a haber...

—Qué es lo que va a haber mañana.

Tan dormidito que está. Ni se mueve. ¿Cómo está de dormido, mi chiquito! Como si nada lo fuera a hacer despertar:

—Sáquele la ropa.

—Sí, doctor. Después de la fiebre tuvo vómitos, doctor.

Póngase acá, apoyadito, así: va a escuchar mi corazón y se va a dormir. El latido del corazón que le quita la fiebre. La calor esa que se le sale de la cabecita se le va, como un animal fiero que se va perdiendo entre el pasto y no lo ves más. O se esconde. Pero ahora ya está mejor. ¿No? Debe haber sido la fiebre, nomás. Ni se mueve.

—Siéntese ahí y espere. Ya la van a llamar.

¿Cuánto habrá que esperar cuando una tiene el primer turno? Nada, debe ser.

—Traigo mi chiquito para que lo vean.

La Estela. Toda chorreada.

Ir a meterse una aguja de tejer. Ir a esconderse, sola, para meterse la aguja. Para perderlo.

Y la sangre que no paraba.

Y después, qué; estaba casi de tres meses, yo creo.

Eso es un aborto.

¿Cómo será un chiquito a los tres meses? Empezará a tener brazos y piernitas. Y ojos. ¿Cómo será?

Después, sola fue y se lo sacó. Y habrá ido y lo habrá enterrado. O, qué: lo habrá tirado, nomás, por detrás. Medio envuelto, en un trapo. ¿El mismo trapo donde buscaría limpiar eso que se metía?

Son viejos, los hospitales. Más viejos que la enfermedad, deben ser. Por eso será que no necesitan quejarse. Esperan que los demás vayan. Que una vaya y pregunte:

—¿Es aquí donde sacan el dolor?

—El dolor no existe, ¿me oye? Los enfermos vienen aquí porque el dolor no existe.

—Vengan. Vengan todos. Que todos me muestren su enfermedad. Que todos me muestren eso que llevan adentro.

Abrirán. Tendré que ir, ya. ¿A qué hora empezarán a atender?

—¿Cuándo comenzó con los vómitos?

—Siguió con que no quería comer. Devolvía todo, doctor. Nada me quería comer.

El techo de la sala. Oscurecido, negro. Una busca, ahí. ¿Estarán los ojos de mi hijo entre esas sombras? Todas las mujeres quietas, en sus camas, miran arriba, buscan en lo oscuro del techo. Y le hablan.

—¿Cómo será mi hijo?

—¿Tu hijo? Tu hijo será como todos. Mujer.

Y el techo es largo, también. Sale de la sala donde estoy y se va a las otras, nunca cambia y, si por ahí se encuentra alguna luz, prendida y sola, sigue, como si fuera a escaparse.

Una lucecita, para que una le pregunte:

—¿Cómo será?

—¿Cómo será, qué?

—Nada, preguntaba, nomás.

Nadie le lleva el apunte a una. Nadie le contesta, para qué. Hay suficiente silencio entre grito y grito.

Dan de comer, en el hospital. A todas nos dan de comer.

—¿Quién será la próxima que vendrán a buscar?

Casi cuatro meses, ya. Cuatro meses. ¡Qué poco creció! Irá a ser, ¿cómo?

Las cuadras que son, hasta acá.

Cuando se camina la noche parece más clara, todavía.

Y ese hombre, habrá andado. ¿Cuánto? ¿Desde dónde?

¿Tiene frío, mi chiquito?

Con esta misma mantita lo traje de la maternidad, ¿se acuerda?

Una de las mujeres, lo iba a dar, al suyo.

El chiquito nacía y se lo llevaban. Sin que ella lo viera. Sin que ella lo conociera, se lo daban a otra.

—¿Quién le cambió eso?

—Ya le dije, doctor: así duran más. Así duran hasta que me dan un tarro nuevo.

Pero me devuelve todo. No tragaba nada. La fiebre esa que lo tiene molesto.

—¿Qué es lo que tiene mi chiquito, doctor?

Me voy a otro banco, mejor. No vaya a ser que... Qué. Es un enfermo, ése, también.

Las salas, ésas, se acordarán. ¿Tendrán recuerdos, así de grandes como lo son, los hospitales?

—¿Cuántas veces caíste por acá, vos?

—¿Quién es el que pregunta?

—Soy yo, el hospital; ése, el de las paredes que antes eran blancas.

—¿Qué número de historia clínica, doctor?

No. No me voy a olvidar.

—Aprendí como se hace. Cómo se le da: el agua tiene que hervir cinco minutos. Por cada mamadera, son tres cucharadas de éstas, bien llenas.

—El agua que se consigue, doctor. La que tenemos nosotros.

No es agua, ésa. ¿Qué es? Lo que corre, ahí, abajo, hasta que se estanca.

Un ómnibus que pasa; va a ser la mañana.

Se ha quedado quieto. No va a tener más vómitos, ya. Va a venir el sueño.

Va a descansar.

¿Qué hago? Iré ahora. ¿O será demasiado temprano?

Viene la mañana.

¿Tendrá hambre mi chiquito?

Cuando se despierte, ¿eh? Ahora no, si se ha dormido.

—Tiene que empezar a darle dos veces por día.

Esa pielcita, toda arrugada, parece.

Como la de los viejos, mi niño.

Qué dormido que se ha quedado. A esta hora, que siempre le sabe venir el hambre.

—¿Qué pasa? ¿Que no tiene hambre, hoy, que tanto se ha dormido? ¿Eh?

—Cincuenta gramos de carne. Bien cortadito, bien picado, que lo pueda tragar con facilidad.

—Lo que tiene este chico es...

—¿¡Qué!?

—Espere. Espere aquí. Ya le van a dar cama.

¿Cuándo irá a nacer? ¿Esperará la noche para nacer? O será el techo ese, alto, escondido de alto, que sabrá, desde allá, qué me va a decir.

El médico va, por algunas camas. Dos, tres enfermeras.

—¿Puede llamar al doctor? ¡Creo que va a nacer!

—¡No es tu turno, todavía!

¿Qué sabrán, éstos? ¿Qué podrán saber? Saber lo que es un hijo.

Un hijo.

¿Y aquí, a qué hora se irán las enfermeras? ¿Por qué puerta irán? ¿Por ésa, la grande?

¿Por alguna otra, medio escondida?

Una nueva y más violenta crisis convulsiva del linyera. Ahora, sin embargo, se escucha con toda claridad aquello que dice, entre sueños:

—¡No me toque!

¡No!

¡Dejenmél! ¡Sáquenlos!

¡No! ¡Dejenmél salir!

¡¿Por qué?!

Entonces, agotado, se calma. Silencio.

¿Qué tendrá?

¿De qué estará enfermo? Sueña. ¿Qué será lo que sueña?

Cuando una viene vieja ¿qué es lo que se aparece en el sueño?

Qué, acordarse es una cosa, pero se sueña eso que viene de donde una se ha querido ir olvidando. Ese hombre, ahí, no parece que sea de edad. ¿A los cuántos años es que empieza a ser una, una vieja?, cuando se empieza a estar sola, debe pasar. Cuando una habla, habla, y parece que los demás estuvieran ahí, al lado, pero al lado no hay nadie, y eso que contesta es nada más que una misma. Así es que debe ser.

Y éste, cuando empiece: ma-ma.

—¿Qué? ¿ma-má?

Acá estoy. Acá estoy. Acá está su mamá que lo mira dormir.

—¿Quiere saber qué decía ese hombre?

No sé, hijo. No se entiende. Será que también anda con fiebre.

—¿Pero él decía algo?

—Sí, hijo. Sí. Pero debe ser que hablaba para que nadie lo escuche, ¿sabe? O para que lo escuche alguien que está lejos de acá.

Quietito, está. Dormido y quieto.

Serán más de las siete. Habrá que ir.

Se fue sola, la Estela. Despacio, igual que se le fue ese hijito. ¿Dónde irán los chiquitos abortados? Si todo lo que conocen es la sangre. La sangre que no corre más. La sangre detrás de los canteros. En la zanja. Entre los tuyos.

Un aborto, yo. Ah.

Aunque sea, somos dos, ¿no?

De noche, las cigarras, repiten su nombre: “Estela - Este-la...” la llaman. Pero su hijo no era una cigarra. Tenía que ser como vos, mi chiquito.

¿Oye los pajaritos, mi hijo? ¿Oye qué lindo que cantan, qué lindo que están, allá, entre los árboles, ésos?

No se mueve. ¿Qué tiene?

—Te sacás la ropa, te ponés el camisón. Ésa es tu cama.

¿Ésa es toda la ropa que te trajiste?

—Esta manta, va a ser para mi chiquito.

¿Y si no hay más camas?

—¿Cómo te creés que nacen los chicos, eh?

Se quitan el guardapolvo, las enfermeras, cuando se van. Se van a su casa y duermen.

—¿Qué tiene mi chiquito, doctor?

—¿Qué le preparás, de comida? ¿Qué le das de comer?

—¿Para qué es eso, doctor?

Hay cuadros en los consultorios. Cuadros de flores, de paisajes. Crucifijos.

—¿Cuándo va a empezar a estar mejor?

Pronto va a llegar el otoño. Iré a conseguir trabajo. No está fácil. Y, ahora, con el chiquito.

—¿Por cuánto necesita, señora?

No quieren mujeres con chicos.

Viene la lluvia con el otoño. Ah, me va a traer trabajo, la lluvia. Esa lluvia que no para, a la mañana, cuando hay que salir.

¿Por qué está así, quieto?

¿Qué tiene?

¿El cansancio es? ¿El cansancio de haber caminado tanto hasta aquí? ¿Qué?

Esa mujer, me acuerdo, ¿qué edad tenía?

Estaba despierta, yo. No me podía dormir. Eran casi como las cuatro de la mañana. Casi las cuatro, cuando la trajeron.

Eran dos hombres, que la llevaban.

Estaba esposada, ella.

Y así la acostaron, también: vestida, y con las manos que no las podía mover.

Como si una mujer que va a tener un hijo pudiera irse; fuera, así, a escaparse a alguna parte.

Ninguna enfermera, había.

Los hombres, después, se fueron a un costado de la sala y fumaban y hablaban, de a ratos.

Y la mujer se empezó a quejar.

Se ve que para ellos, ésa era la noche en que tenían que hacer nacer el hijo.

—¡Suéltame!

La levantaron, entonces. Se la llevaron. Y cuando la sacaron, fue que dejó de quejarse.

Y ningún grito se oyó, después.

Y tampoco, nadie apareció.

Y fue el día siguiente que nació éste, mi chiquito. Eh, mi nenito.

Pero, ¿qué tiene? ¿Qué pasa que está así?

Ya no se mueve.

Hace rato que no llora.

—Después, le vinieron los vómitos. Lo que alcanzaba a tragar, lo devolvía. Un tecito, sin azúcar, solo, lo largaba todo. Y la fiebre no le bajaba. Ya va a hacer una semana, doctor.

Pero se me va a poner mejor, ¿eh? No va a hacer venir a su madre a buscar el primer turno, usted. Los dos, solitos, ahí, caminando mientras amanece, para venir hasta aquí.

Cuando sea grande, va a ayudar a su mamá, ¿no es cierto? Y yo le voy a contar qué pasó esa mañana temprano cuando lo arropé para llevarlo a que lo revisen porque no andaba bien y nos hicimos caminando vaya a saber cuánto. ¿Quién lo sabe? ¿El hospital, acaso?

No.

Pronto va a empezar con que tiene hambre, ¿no es cierto? Pero hoy no hay nada, mi hijo. El remedio que le den cuando lo revisen, nomás.

Algún remedio que le den y lo cure, sí.

Vamos, dígame algo.

Por qué no se mueve.

Tiene hambre. ¿Eh, tiene hambre? ¡No tiene que dormir así, tanto!

Ahora el linyera se despierta. Se incorpora, lentamente. Busca sus bártulos y, con cuidado, hurga en ellos para ordenar, después, vaya a saber qué. Prepara sus pocas pertenencias para irse, y se demora un instante para doblar las hojas del diario que lo cubrían y meterlas en uno de los atados. Antes de alejarse, se detiene un instante delante de la mujer y con dificultad, le dice:

—El nenito.

Los bebitos.

Las criaturas.

Silencio. Se marcha, ya.

—Un niñito, señora. Niñito.

Pero la mujer no le responde.

¿Adonde irá? Vendrá cada noche a acostarse ahí, a buscar dormirse, a buscar algún sueño que perdió. Vaya a saber.

Habrá que ir, ya.

—¿Qué quiere, tan temprano? ¡Todavía no se atiende a nadie!

—¿A quién van a atender primero?! ¡Mi hijo está enfermo!

—Acá, todos están enfermos.

Toda esa hilera que está ahí es de enfermos.

Acá no hay más enfermos que otro, ¡hay una fila!

¿Siente mi corazón, usted? ¿Siente cómo late y lo acuna y lo duerme?

¡¿Lo siente?!

Late más fuerte al nacer. Más rápido. Más apurado. Para alcanzar ese latido suyo, pedacito del mío.

—¡Ah, te quejás, ahora, ¿eh?! ¡¿Duele, eh?! ¡Pero bien que te gustó acostarte con el que te lo hizo! ¿eh? Todas, lo mismo: ahora se quejan, pero bien que les gustó que el tipo las moviera,

que les abriera las piernas y se les metiera, ¿eh?

Cuando vea la primera enfermera que llega voy y me meto.

El otoño. La lluvia que se queda, que no se va.

—Sí, los vómitos. No tragaba nada.

—Después de los cuatro meses le das puré de papas con zanahorias, con carne.

—Sí, doctor.

Puré, para mi chiquito. ¿Qué, de qué? De papas sólo, habrá de ser. Un poco de zapallo. ¿Fruta?

—Primero, al mediodía. Hasta que tenga seis meses.

Y, más adelante: sopa de fideos. Los fideos son buenos. Caldito con un poco de fideos, para mi chiquito.

—Pero se me va de vientre, doctor. A cada rato. Le pongo el pañal, y de nuevo.

Después, siguió haciéndome líquido.

—¿De qué color?

—De un color verde, doctor. ¿Olor? Feo, doctor. Olor a podrido.

—¿Hay sangre, en la caca?

Un trabajo, aunque sea lejos, qué se va a hacer. Aunque tenga que pasar delante de acá, para ir. Más temprano, todavía. Pasar por acá, delante de esos portones y seguir, porque ya no hay que esperar más.

Aunque venga la lluvia y tenga que salir, entre los charcos.

No. No me va a importar.

Mi chiquito.

—Está dormido, doctor.

Dormido, ¿comprende?

No lo despierte, ¿sabe?

Sí, no se mueve.

No se mueve porque cuando sueña, se está bien quieto.

Así como está él.

Y tendrá sus cosas que pensar. Cuando se sueña no hay nada que esperar, ¿no es cierto?

Shhh... no hagan ruido. ¡¿Por qué no se callarán esos pájaros?!

¡¿Por qué no se irán de una vez?!

Nos vamos a levantar, ya. Vamos a buscar turno, ahora. Está llegando la mañana.

La mañana, y los portones, éstos, abiertos siempre.

La mujer se levanta, arropa a su hijo inmóvil, y después se va. Ha dejado el trapo con el que secaba la frente de la criatura en el mismo banco. Canta, muy lentamente:

**...duérmase mi niño,
duérmase mi sol...**

Pero ya no se escucha el final de la canción.

La plaza ha quedado desierta, invadida por el canto de los pájaros. Despacio, con sus bultos, regresa el linyera. Se detiene frente al banco donde hace un momento estaba la mujer. Toma el trapo que ella ha dejado y lo examina detenidamente. Después, abre uno de sus atados y busca en él hasta dar con un envoltorio que también desenvuelve. Dentro de él, y atados entre sí, hay otros trapos de distintos tamaños, colores y formas. Sujeta por un extremo el que acaba de encontrar y hace con todos ellos, un lento dibujo en el aire. Luego con la misma precaución, guarda el envoltorio y cierra el paquete para meterlo, con cuidado, entre sus bártulos.

Finalmente, levanta todas sus pertenencias y se va.

FIN

Vieux Hôpitaux,

en la traducción de Gilles Mazerau.

Se estrenó el 15 de septiembre de 1983,
en el Teatro Municipal de Metz, Francia.

LA MADRE Paule Jacob
EL LINYERA Gilbert Liegeois

y
Noëlle Malhaut, Laura Nakic,
Florence Muller, Jacqueline Boyette,
Catherine Audras y Pascale Arnoud.

ASISTENCIA TÉCNICA Pierre Arnaud Bousiges

PRODUCCIÓN Le Caveau de la Roëlle

DIRECCIÓN GENERAL
Y PUESTA EN ESCENA Patrick Schoenstein

La isla del fin del siglo

> La isla del fin del siglo

PERSONAJES

EMA, la novia de Freud
HUGO, el vendedor de libros
CHARLES DARWIN
ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY
ADELA, la cantante lírica

Indicaciones para una puesta en escena

Debe prestarse muy particular atención a los decorados sonoros presentes en la obra.

La actriz que haga el papel de Adela tendrá condiciones ciertas para el canto.

La voz que se escucha en algunos momentos de la obra debe evocar la de un altoparlante en las grandes estaciones de viaje.

Charles Darwin camina como un pingüino.

EL AMANECER EN EL DESIERTO, A ORILLAS DEL MAR. LLEGA CHARLES DARWIN EMPUJANDO SU CARRITO-LABORATORIO. ABRE UNO DE SUS INNUMERABLES CAJONES, TOMA UNA HOJA DE PERGAMINO Y ECHA UN VISTAZO A SUS PROBETAS, CERCIORÁNDOSE DE SU CONTENIDO. AL MISMO TIEMPO ESCRIBE UNA NOTA, BUSCANDO NO OLVIDAR NINGÚN DETALLE.

CHARLES Ema.

Llega Ema, silenciosa. Distante.

CHARLES Ema.

No hay respuesta.

CHARLES Estoy escribiendo una carta, Ema. Es un pedido de insumos a Inglaterra: a la Sociedad Científica de Londres.

EMA Ah.

CHARLES En efecto. Necesito una provisión de triabosis en solución alcalina al tres por mil. Pensaba si por el mismo correo no quiere usted enviar algún mensaje a Berlín.

EMA No.

CHARLES Disculpe, pero teniendo en cuenta las distancias entre Londres y Berlín... viendo estos territorios, puede decirse que las dos ciudades están una al lado de otra. Por demás, como necesito

las drogas con cierta, digamos, premura, el mensaje ha de llegar rápidamente.

EMA No necesito ninguna carta. Gracias. Me vienen a buscar.

CHARLES Como usted desee. *(Terminaba su nota. Revisa entre sus probetas y coteja. De uno de los cajones saca una botella vieja y mugrienta. La limpia un poco).*

Ema busca el mejor lugar para su sillón hamaca.

CHARLES ¿Qué hace?

EMA Tal vez hoy el sol no salga, Charles. Una nube, allá.

CHARLES Sombras del amanecer en el horizonte.

Bueno, creo que el mensaje está listo.

Se oye un ruido descomunal, lento; algo gigantesco que se desmorona, desplomándose pesadamente. Ni Charles ni Ema hacen caso. Charles mete su papel en la botella y la tapa con su corcho a pruebas de largas travesías. Luego se aproxima a orillas del mar. Llega el vendedor de libros, a toda velocidad. Trae su gran maletín.

HUGO ¡Ema! Profesor Darwin... Ema, mire lo que he encontrado para usted. *La etapa esquizo-paranoide en el niño, el conflicto pecho bueno-pecho malo y las ansiedades persecutorias. Un estudio exploratorio*, por el licenciado Pedro Eusavio de De las Cuevas. Tome. Ema, tome. Lo conseguí. Es suyo. Es para usted.

EMA No.

HUGO Profesor, ¿qué hace!

Charles mira la hora en su reloj de bolsillo. Luego tira la botella al mar. Se oye el canto lento de las olas.

CHARLES Envío una nota de pedido a Londres. Es urgente. *(Vuelve a su laboratorio; comienza a trabajar).*

HUGO ¿Pero qué está haciendo? Eso es completamente inútil. ¡Una botella al mar, nada menos!

CHARLES ¿Ah, sí? No me diga, jovencito. Nadie puede impedir que un mensaje marino llegue. El destino respira como el mar.

HUGO El mar respira con la voz de los niños ahogados, profesor. Y pronto llegará el día, otra vez.

CHARLES Total, ya lo hice, ¿no es cierto?

HUGO ¡Ema! ¡Acepte el libro, por favor!

EMA ¡No!

HUGO Pero, ¿por qué?

EMA ¡Por qué! ¡Por qué! Mi Sigmund no estaría de acuerdo, señor. Él es muy severo. Estricto. Y está por llegar. Viene, se acerca y encuentra que tengo entre las manos un ejemplar de... ¿cómo se llamaba eso?... no... no importa. Entonces, hágame el favor, ¿quiere?

HUGO Pero, Ema... escúcheme... se lo ruego... si el doctor Freud... en realidad...

¡Bueno, basta! ¿Cuándo va a escucharme de una vez por todas? Un poco más y el sol llegará y estará allí, colgado del cielo; ¡el sol, allí, arriba, que seguirá succionando el potasio de la tierra! Por todas partes, en todos los rincones, el sol ha abierto su herida y devora el potasio, y sin potasio la tierra se está desintegrando, se quiebra, ¡se convierte en islas!

¡Ema! ¡Y usted profesor, ¿me oye?! ¡Claro que me oye!

Ema, antes de llegar, en ese momento, ¡terminaba de hundirse Río Gallegos! ¡Los sobrevivientes de Bariloche corrieron al lago, ¡pero el sol ya había convertido el agua en cristales!

¡Y pronto, todo el mar será lo mismo: cristales salinos, mientras caen los rayos y se tiñen de plomo!

Otra vez, el mismo sonido enorme y lento.

Hugo recibe un aviso por el comunicador inalámbrico que porta en la cintura.

VOZ ¡Vendedor 17! ¡A Escuela 235! 23 enciclopedias, 37 diccionarios polilingües, 24 enciclopedias *summa artis*, 27 tomos de La Eneida.

HUGO Tengo que partir, Ema.

Ema se encoge de hombros, Hugo se está yendo.

2

EMA En Berlín es otoño.

HUGO Ema... yo quiero explicarle que yo... por usted. (*Tímido, no puede concluir su frase. Sale a la carrera, llevando su maletín.*)

EMA El otoño en la plaza de Alejandro viene con la campanita de los tranvías.

Sí. A Sigmund le gusta salir a pasear cuando concluye la labor en el consultorio.

Le admira ver la manera en que los obreros toman su bolso cuando salen del trabajo.

“Ema –me dice–, si yo no me dedicara a la medicina, quisiera saber fabricar gorras”.

Entonces dirige sus ojos tristes a los paseantes que piensan en un buen vaso de cerveza. Y yo le contesto: “Pero Sigmund, tú eres psicólogo, qué cosas dices”, y él se sonríe. Se inclina, recoge una hoja amarillenta y recorre sus nervaduras con las yemas de los dedos, observa el bosque, luego gira y me mira los labios: “¿Te casarías conmigo, Ema?”.

Llega la luz solar. Cuando Charles lo advierte se cubre la cabeza con algún sombrero extraño. Como ve que Ema no hace lo mismo, corre y trata de cubrirla. Pero Ema vuelve a descubrirse de inmediato.

EMA “¿Te casarías conmigo, eh?”.

CHARLES Ema, ¡por favor! El sol ya salió. Cúbrase, ¿quiere?

EMA “Y tú, ¿aprenderías a bailar, Sigmund?”.

CHARLES No puedo ocuparme de usted, Ema. Protéjase. Tengo trabajo en el laboratorio, tengo que continuar y...

EMA “¿Yo, a bailar? ¡Ema, no, por favor, que nos están viendo!”.

Y Ema baila, en su otoño berlinés. Charles, abstraído, trabaja en su laboratorio.

CHARLES La composición del suelo, sí, es cierto, cómo no. Pero no podrá ser con etano, eso sí que no. Pero es lo que debemos comprobar ahora. Sí, veamos un poco.

Eso es señorita Ema, creo haber sido ya lo bastante elocuente, ¿me escucha?

No son tiempos de juegos, son tiempos de catástrofe. Y usted parece ignorarlo.

No estamos en la Berliner Alexander Platz, estamos en la Patagonia, permítame recordárselo. O, mejor, en lo que queda de ella. La Patagonia, ¿quién hubiera dicho?, ¡ah!...

El científico continúa con sus experimentos, sin pausa. Vuelve el ruido con su lentitud devastadora.

CHARLES ¡Ema! ¡Por favor, los rayos del sol! ¿Cuál será el curso de las investigaciones de mis colegas en la Academia de Ciencias de Postdam y de Pekín? ¿Habrán ya podido encontrar una fórmula para detener la pérdida absoluta de potasio en la superficie terrestre? Son profesionales altamente meritorios. Para donde se mire, para donde se vaya, todo es menos que la arena: un pantano seco que hace desaparecer la vida en cualquiera de sus formas.

Pues bien... lo vi en el curso de mis investigaciones y, si se me permite, creo que existen posibilidades ciertas de llegar a una conclusión... por eso, lo que yo quiero demostrar es que... pero será cuando reciba el pedido de Londres, que precisamente...

Se oye el ruido, en este momento, del motor de un viejo avioncito y las explosiones que le causa un vuelo en dificultades. Ema se detiene, deja de bailar.

3

EMA ¡Allá! Profesor Darwin...! ¡Charles, un avión...!

CHARLES ¿Qué dice usted?

EMA Allá, le digo. ¡Mire!
¡Sigmund, aquí estoy...! ¡Aquí! ¡Soy Ema! ¡Sí, sí...!

CHARLES Oh, es sencillamente extraordinario. La Patagonia guarda secretos inagotables para la ciencia. Un ave gigantesca... vamos a anotar eso, mejor... un ave gigantesca girando en círculos como en una ceremonia fúnebre; dato a tener en cuenta. Tiene sus alas inmóviles... ah, ja...

El sonido del avión aumenta. Ema continúa llamando a su Sigmund.

CHARLES Bien, vamos a agregar lo siguiente en esta página del diario: hoy, en horas de la mañana, hemos podido percibir un extraño ejemplar sobrevolando la costa patagónica. Ave de contextura gigantesca de alas inmóviles y de gran tamaño, inmóviles, conjeturamos, a causa del siniestro de pérdida de potasio ya descrito. El ave emite un graznido regular con gritos intermitentes de volumen diferente. Nota: por su tamaño debe tratarse de un anseriforme prehistórico sobreviviente.

EMA ¡No, no!

El sonido del avión decrece, se disuelve entre las olas.

EMA ¡Aquí, aquí!

CHARLES Vuela con gran velocidad.

EMA Sigmund, ¡por aquí! ¡Soy Ema...!

CHARLES Ya vamos a tomar nota de su velocidad, es mejor: esta ave desarrolla una velocidad considerable que por mis aparatos de medición podríamos afirmar que se encuentra dentro de los 17 nudos, línea de Ecuador.

EMA ¡Sigmund!

CHARLES Vamos, Ema. El pájaro, como sea que usted lo llame, volverá. Las especies, aquí, en la Patagonia, incluyendo este ejemplar sobreviviente, usted ya sabe, las he estudiado muy bien cuando llegué a estas costas con el *Beagle*, el barco, hace ya algún tiempo. Lo que quiero decirle es que los pájaros emigran. Sus migraciones son regulares y constantes, con lo cual el ave regresará una vez que el invierno concluya. Y ahora, que vivimos un estado de emergencia extrema, esta ave, que por sus características, le explico, es del neolítico, con más precisión, del neolítico superior, el ave, decía, ha ido en busca de la primavera. Lo que no sabemos es cuál será su comportamiento cuando descubra que ya no hay primavera, ni estación alguna sobre el planeta a causa del potasio.

Llega el vendedor de libros, con su maletín, a toda velocidad.

HUGO Ema. Profesor Darwin... Ema, ¿qué ocurre?

4

Hugo se acerca a Ema con otro libro, pero ella lo rechaza.

HUGO Ema, yo... pero, ¡rápido, por favor, cúbrase, cúbrase!

CHARLES Tampoco a mí me ha hecho caso, Hugo. Pero no se inquiete.

HUGO ¿Qué ha ocurrido?

CHARLES Pasó algo que dentro del estado de desastre podría inferirse como previsible: un ave prehistórica, difícilmente clasificable, por el momento, hasta que reúna más datos, emitiendo graznidos, apareció sobre el firmamento siendo, exactamente, las 10 horas 52 minutos... (*Luego de consultar su reloj de bolsillo, regresa a su laboratorio*).

HUGO Sí, sí. Entiendo, profesor... Ema...

EMA Era Sigmund.

HUGO Ema, por favor, escúcheme. Cúbrase y escúcheme.

EMA Me ha visto, lo sé. Busca una pista de aterrizaje. Y si no es una cuestión aérea será una barda, una gran meseta, para que el avión pueda carretear. Si no es un aeropuerto, será una playa...

HUGO Ya no hay aviones en la Patagonia, Ema.

EMA Se abrirá la portezuela, descenderá la escalerilla:
—¿Dónde está Ema?

–Por aquí, doctor Freud. ¿Lo ayudo a descender? ¿Qué tal el viaje?

–Bien, gracias. Creo que las rosas que traje para Ema no sufrieron demasiado. Vengo a buscarla. Vamos a casarnos. Estoy un poco cansado. Aún en avión el viaje desde Berlín es algo largo...

HUGO Ema. Ema, mire lo que le he traído. Fíjese. Es un solo instante. Véalo, es algo que le va a gustar...

EMA –...Por aquí, doctor Freud.

–¿Dónde está Ema?

–Primero, por favor, los trámites de migraciones de aduanas.

–Sí, de acuerdo. Pero yo no voy a permanecer más que unas horas. Nos esperan en Berlín, la ceremonia ya está preparada: tengo que ver a Ema. Es mi colaboradora y asistente en mi consultorio y pronto será mi esposa...

–¡Sigmund... aquí estoy...!

HUGO Ema, tome. Mire. El título es *La neurosis fóbica a través de sus implicancias relacionales, en el triángulo padre-madre-hijo*, por el licenciado Pedro Eusavio de De las Cuevas. Le va a gustar. Se va a entretener.

Ema toma el libro y lo tira con violencia.

EMA Salga de aquí. ¡No quiero tratos con un vendedor de libros, un vendedor ambulante, callejero!

HUGO Pero, Ema...

5

EMA Siempre fastidiándome. Siempre molestándome. ¡Insiste y vuelve a insistir para venderme sus porquerías!

HUGO ¡No!

EMA Lleva ese maletín lleno de literatura barata, literatura de fantasía, de perdición. Y lo peor es que yo sé, a mí me consta, que usted no sabe nada de libros. ¡Para usted un libro es pura mercadería...!

HUGO No, Ema. Por favor, eso no es cierto...

EMA ... ¡Pura mercadería, que entrega a cambio de monedas y créditos sobre la ilusión!

¡A eso llama “un libro”! ¡Pues tendrá que saber, señor, que la obra que se ocupa de la teoría del campo psicológico es la del doctor Sigmund Freud!

HUGO ¡Han quemado la obra de Freud, Ema!

EMA ¡Miente!

HUGO No miento, ¡no! En Berlín levantaron una pira con libros y le prendieron fuego!

En esa pira tiraron los libros del doctor Freud, también. Él quería salvar unos manuscritos. Lo ha intentado.

EMA ¡Cállese!

HUGO No puedo callarme. Le pido disculpas, Ema. Pero no puedo. El doctor Freud envolvió sus manuscritos, reunidos durante años, en papel de carnicería, y los ató con soga de cordeleros apátridas. Partió en el tren nocturno hacia Leningrado y cuando llegó, al dejar atrás la estación central, no conocía qué calle tomar. Llegó a orillas del río Neva; no había nadie. Encontró un grillo y él le dijo que era Lenin y lo invitó a jugar una partida de ajedrez. El doctor Freud dejó el grueso paquete a su lado, se quitó el grueso capote para cubrir sus páginas. Creo que el grillo le ganó la partida y lo condujo a un lugar seguro. Pero, ¿existe Leningrado todavía o ya no es otra cosa que un puñadito de arena que dibuja lágrimas en el rostro de un ciego?

EMA Usted no sabe lo que está diciendo.

HUGO Sí. Tal vez no sepa lo que le estoy diciendo. Porque no sé si soy yo, Hugo, quien le habla o es mi... mi... Ema... yo... escúcheme... por favor... (*Recibe un nuevo aviso en su comunicador inalámbrico*).

VOZ Vendedor 17. A escuela 189: 7 enciclopedias, 11 diccionarios sin tomo suplementario, ninguna *summa artis* y segundo volumen, repetido, de *Las ingeniosas historias de don Quijote de la Mancha*.

Hugo ordena su maletín; se prepara para partir.

EMA Miren, ¡allí se va nada menos que don Quijote!

HUGO No el Quijote, Ema. Pero Rocinante, su caballo. ¿Sabe? Los caballos tienen mirada lateral. ¿Comprende qué significa eso? Que usted se pone frente a frente de un caballo y el caballo no la ve. Si usted se coloca, entonces, en el campo visual de su ojo izquierdo nada suyo será percibido por el ojo derecho. El mundo del caballo es un mundo de presentimientos, se construye de ausencias. Él no puede nunca llegar a saber si lo que ve es real. Si su realidad, su única realidad es el galope, es

andar; el ritmo sostenido de sus patas hace que todo lo que ve gire, gire en torbellino y se transforme en una mancha.

6

VOZ ¡Vendedor 17! ¡Escuela 189! ¡6 enciclopedias, 10 diccionarios...!

HUGO ... una mancha, Ema, cuyo nombre es “necesidad”. Ema, ¿qué es la necesidad?

VOZ ¡Vendedor 17!

*Hugo toma su maletín y parte a la carrera.
Vuelve a escucharse el estampido sordo y lento de un desprendimiento gigantesco.*

CHARLES ¿Acaso no lo sabe, Ema? Los niños esperan a Hugo en las escuelas. Los niños esperan los libros que Hugo les lleva. Los leen y así conocen cómo era el mundo cuando había potasio. De lejos lo ven llegar con su maletín cargado de libros pequeños y grandes mientras trata de llegar evitando los lugares que se derrumban, los precipicios que forman nuevas islas... es así.

Mientras Charles habla vuelve a escucharse el sonido del avión.

EMA ¡Yo sabía!

CHARLES Los niños pasan una página, luego pasan otra, ven los dibujitos y reproducen las formas en los cuadernos. Pero ya Hugo salió para otra escuela con más libros.

El ruido del avión es ensordecedor. Charles sigue hablando, pero ya no escucha lo que dice. Ema, feliz, saluda al aire.

EMA ¡Ahí está el aeroplano! Tengo que arreglarme un poco, llega Sigmund. ¿Cómo me va a encontrar así? (*En su sillón hamaca encuentra un guardapolvo*).

Que me encuentre como cada día, en el consultorio, atendiendo cada paciente que llega a la sala de espera:

—Si aguarda un instante, el doctor ya lo va a atender, ¿sí?

El guardapolvo de Ema es muy elegante y le queda muy bien.

EMA —Doctor, llegó el señor Röntgen.

Y Sigmund pone su mano en mi hombro, eso es un signo de complicidad, claro, y me dice:

—Hazlo pasar. Ve. Luego hablaremos tú y yo...¿eh?

—Es que esa idea de abrir un gabinete en tierras australes, no creo, francamente...

Un estruendo fenomenal. El avión se ha estrellado: se advierte un resplandor lejano.

EMA ¡No! ¡Sigmund!

CHARLES Sin duda no se trata del *Cygnus nigricollis*, no. Tendré que estudiar muy detenidamente esta especie. Geografía prodigiosa la patagónica. El ave debe corresponder, por su estructura ósea aparente, a una época anterior al megaterium. Ahora bien, era bastante curiosa su línea de vuelo buscando posarse: siempre con sus alas inmóviles perpendiculares a la cabeza también rígida.

Mientras Darwin hace este comentario científico, Ema va de un lado al otro llamando a su amor.

EMA ¡Cayó hacia allá, en la playa!

7

CHARLES Bueno, no son los únicos en hacer su nido ahí. Esto vamos a anotarlo:

Cygnus nigricollis, descartado.

EMA ¡Sigmund, mi amor!

CHARLES ¡Ema, cúbrase, ya se lo he dicho!

EMA Que esté bien, que haya podido aterrizar. ¡Sigmund, respóndame! Y ni siquiera se ve, entre qué dunas se posó...

CHARLES Por favor, Ema será mejor que se tranquilice: todo lo que usted ve son pequeños zorros de tierra que agoniza: islas. Compréndame. Y el pájaro habrá encontrado una donde todavía queda un poco de arbusto para construir su hogar...

EMA ¡Allá!

CHARLES ¿Qué, Ema...?

EMA ¡Allá! ¡¡Es Sigmund...!! ¡Viene hacia mí...!

CHARLES ¿Dónde?

EMA ¡Doctor Freud! Soy Ema. Sí, amor mío, sí. Estoy aquí. Ten cuidado. Hacia allá, no, ten cuidado, que la tierra se deshace a cada paso. Así. Despacio. Muy despacio.

Eso es. No. Pon atención, ¿quieres? Éstas no son las escaleras de tu estudio.

Sigmund. Vamos, levántame. ¿Tiene el sombrero puesto? Cúbrase de inmediato, el sol gira en agonía. No lo veo. Se perdió. Atolondrado. ¡Sigmund!

Que no le haya pasado nada. ¡Y ahí se abre justo un precipicio!
Sigmund, ¿estás bien? ¡¡Respóndame!!

Un gran silencio hecho por el sonido de las olas.

Llega Antoine de Saint-Exupéry, viste su traje de aviador o, mejor, lo que queda de él, luego del accidente en la playa. Trae su saca de correos.

EMA ¡Sigmund! *(Corre hacia el recién llegado pero se detiene bruscamente).*

ANTOINE ¿Pardon?

Bonjour, madame. Bonjour, monsieur.

Mi avión sufrió una avería. Estoy cubriendo el servicio postal patagónico.

He encontrado que las condiciones atmosféricas han destruido todos los aparatos de medición de mi nave...

EMA ¿Dónde está el doctor Freud?

ANTOINE ¿Pardon?

EMA Usted sabe muy bien: un pasajero de Alemania, ¡el doctor Sigmund Freud!

ANTOINE Creo que hay una equivocación, *madame*. Mi servicio aéreo no transporta pasajeros. Transporta mensajes, paquetitos y correspondencia. Y a propósito de mensajes: al caer en la playa el avión destruyó una botella. Adentro estaba este papel.

CHARLES Permítame, señor.

8

ANTOINE ¿Con quién tengo el honor?

CHARLES Charles Darwin.

ANTOINE Encantado. Antoine de Saint-Exupéry. Perdón, la señora es...

EMA Retírese.

ANTOINE Disculpe, señora. Pero le repito, no es un servicio de pasajeros, si por mí fuera....

CHARLES Al menos no se ha extraviado.

ANTOINE No comprendo a qué se refiere.

CHARLES Mi nota de pedido a Londres: una provisión de triabosis en solución alcalina al tres por mil.

ANTOINE Jamás llegará ese pedido tirando una botella al mar, señor. Permítame decirle que ése es un método absolutamente

inadecuado. Tendría que observar el océano desde el aire, es un extraño fenómeno: ¡el agua se trastoca en sal!

¡Ha atrapado las naves de los fugitivos y ellos ya no huyen, buscan hacer puentes entre los transatlánticos para poder encontrar provisiones! Algunos esconden debajo del bote salvavidas las reservas de agua dulce, ¡pero hay capitanes que comercian con ellas! Así que la botella, con todo respeto, creo que no es lo más adecuado a las circunstancias. ¿Y qué es lo que quiere con esa sustancia...?

CHARLES Muy simple. Con triabosis puede recomponerse el sistema de potasio del planeta.

ANTOINE Pero, doctor Darwin, aun suponiendo, con todo respeto, que lo que usted afirma sea cierto, con una botella será imposible... si mi avión, en fin... pero... le aseguro que yo comenzaré a arreglarlo de inmediato.

CHARLES Un ave del paleolítico, un ejemplar sobreviviente, claro. Comprendo; ¿dónde podría ir entre los rayos del sol que abren llagas en los animales, en los ríos, en la espesura? El efecto sobre los seres animados y el mundo mineral se ha extendido: el mismo clima en la Tierra del Fuego, el cabo de Buena Esperanza y en Tasmania. Aún en el estado más imperfecto, el hombre es la forma animal que, por una cicatriz, resultado de una fuerte quemadura, modificó, de una vez, de una forma permanente, los huesos de la cara... y entonces, el pobre pajarito, él también... *(Ha encontrado una nueva botella en su laboratorio. Vuelve a colocar el mensaje y lo arroja al mar. Luego mira su reloj de bolsillo).* ... pero, como científico, advierto que una segunda quemadura por ausencia de potasio, será la extinción de la especie. ¡Cúbrase el rostro, Ema! Señor, ¡haga lo mismo, de inmediato...!

ANTOINE ¿Cómo dijo que se llama la señorita?

CHARLES La señorita se llama...

EMA Ema

9

ANTOINE ¿Ema?

EMA Krankheit.

ANTOINE Permítame que revise mi correspondencia, por que yo creo que... Lo que ocurre es que con el accidente se desordenó un

poquito. Veamos, sí me parece que... Ema Krankheit, yo creo que... hay una, tal vez, veamos un poco... el Perito Moreno, lago Nahuel Huapi, ésta no... Juan Benigar, Aluminé, tampoco, ésta no, ésta no... Sayhueque, Junín de los Andes, tampoco... Martín Bressler, Unidad Penitenciaria Neuquén, no: general Julio Argentino Roca, Fortín y tercera retreta, no, ésa tampoco... ah, sí, no me equivocaba... ¿Berlín, señorita?... *Fräulein* Ema Krankheit... ¿ja?, señorita, por favor, firme aquí... reciba la carta, por favor...

Ema permanece inmóvil.

ANTOINE ... se lo ruego... es mi trabajo. Usted tiene una carta. Bueno, ¿qué hago?

¿La dejo aquí? ¿Sí? ¿Me permite, doctor?

Darwin no contesta absorbido por su trabajo. Apenas se corre un poco y Antoine apoya el sobre en un lugar bien visible.

ANTOINE Bien, allí está. Luego me firmará la planilla, ¿de acuerdo?

Llega Hugo a toda velocidad con su maletín de vendedor.

HUGO ¡Ema! Ema tengo algo para usted. ¡Mire lo que rescaté! (*Toma un libro de su maletín. Está agotado, ha llegado a toda velocidad como nunca antes.*)

¡Mire, Ema! *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, de Sigmund Freud.

Tome. La catástrofe ha hecho que la cubierta esté algo quemada, pero el interior está intacto. Es suyo. Tome. Tómelo, Ema.

Hugo consigue que Ema reciba el libro. De inmediato ella lo tira. Nuevamente llaman a Hugo.

VOZ Vendedor 17. A escuela 489: 5 enciclopedias, tres tomos suplementarios, ningún diccionario, segundo tomo de La Odisea, versión resumida.

Hugo parte de inmediato.

ANTOINE Señorita Ema. Allí tiene su carta. Léala.

EMA ¡No!

ANTOINE Léala y después me firma la planilla, ¿sí?

EMA ¡No! Yo no espero carta. ¡No es una carta la que ha de venir a buscarme!

Antoine ha encontrado una carpeta. La abre, se acomoda y comienza a escribir:

EMA Papeles metidos en un sobre que al ir de un lugar a otro cambian el lugar de las letras, porque el movimiento que las sacude es constante, una abre una carta y las letras se resbalan, van del recuerdo al olvido. Y cada letra busca la palabra “invierno” para que el viento te abra la camisa cuando el sueño no te deja respirar.

Ema no sabe si buscar su cartera o no, tomarla o dejarla donde está.

EMA Una carta para Ema. Como si Ema fuese una niña a punto de abrir una cajita de música. “¿Eres tú, Sigmund? ¿Me sonríes o no me sonríes? ¿Volverías a escribir la misma carta si supieras en qué momento exacto voy a abrirla?”.

10

Ema guarda la carta entre sus ropas.

Llega Hugo, a la carrera. Con su maletín y una pieza mecánica.

HUGO ¿Señor Saint-Exupéry? Tome.

Antoine estaba abstraído, escribiendo.

ANTOINE ¿Cómo, qué me trae?

HUGO Una parte de su avión, señor. Las piezas... puede reconocerlas en una playa cercana, rodeadas de algún arbusto.

Entre su trabajo de laboratorio, sin interrumpirse, Darwin comenta:

CHARLES Un nido, como lo suponía.

ANTOINE ¿De qué habla? ¿Qué nido?

HUGO Es un gran investigador.

ANTOINE Sí, por supuesto: el gran naturalista que recorrió las costas de la América del Sur, por el Atlántico y el Pacífico; que, de las islas Galápagos llegó a Australia, hacia 1830, cruzando luego el cabo de Buena Esperanza... sí, claro, pero lo que no logro entender es...

HUGO Lo que usted no comprende yo se lo explico. En realidad, cuando Darwin llegó a la región de Tierra del Fuego, los marineros de *Beagle*, el barco en el que hacía su gran travesía de estudio alrededor del mundo, se rebelaron: estaban hartos ya de no poder andar en cubierta calentándose un poquito. El profesor había llenado todo de huesos, plantas, arbustos, huevos de avestruz, carpetones de clasificación, amuletos, boleadoras, lomos de carpinchos, pedazos de *Negalongyx* dispersos a babor y estribor. Entonces lo tiraron, lo echaron del barco con todas

sus pertenencias. Quedó solo en el mundo. No tan solo. Porque lo recogió una familia de pingüinos. Buena gente, los pingüinos. Le dieron de comer. Le enseñaron a ponerse aceite para protegerse del frío. Le enseñaron a zambullirse en el mar para cazar y las canciones para enamorar cuando llega la estación para aparearse. En realidad, el profesor Darwin no cree que el hombre descienda del mono. Él sostiene otra cosa, pero no la dice mucho, porque nadie le creería.

ANTOINE Ah... ¿Usted conoce de aviones?

HUGO ¡Sí, cómo no!, yo conocí a un sobrino de Jorge Chávez a quien Jorge Newbery lo invitó a ir a dar una vuelta para ver el Río de la Plata desde arriba, pero cuando iba a subir al avión se asustó y no quiso.

ANTOINE Sí... pero...

HUGO Con el tiempo fue encargado del galpón en el aeródromo de Salsipuedes...

ANTOINE Ah. Sí, comprendo. Porque voy a necesitar que alguien me ayude a rearmar el avión.

HUGO Para lo que guste mandar, mi amigo. Aquí estamos para ayudarlo. Eso que tiene ahí, ¿es el plano del aparato?

ANTOINE No exactamente. Es el borrador de mi último libro. Todavía no terminé...

11

HUGO Su último libro, claro. Yo tengo varios títulos suyos en mi catálogo. Los piden bastante. ¿Y cómo se va a llamar su último libro?

ANTOINE No tiene título, todavía. No sé. Estoy pensando. Precisamente, estaba trabajando alrededor de una frase. Creo que será una buena síntesis para mi obra: "Lo esencial es invisible a los ojos".

HUGO ¿Cómo dice la frase?

ANTOINE "Lo esencial es invisible a los ojos".

HUGO Eso es una barbaridad. ¡Una frase atroz, una frase llena de terror! ¡Todo aquello que es esencial se ve bien clarito! Los continentes, las selvas, los valles, las montañas, el desierto, la estepa. ¡Todo está quemado por el sol que les extrae el potasio! La vida se extingue y entonces los sobrevivientes buscan la Patagonia, ¡el

último rincón del planeta! Pero no es así. La Patagonia ha comenzado a desmembrarse, a partirse en islas donde se reúnen los que hasta el momento van salvándose, todos bajo el sol de la muerte, sin otra suerte que la espera de un nuevo hundimiento...

Se oye, otra vez, el sonido lento y devastador que paraliza la atmósfera.

HUGO ¿Oye? pues allí está lo esencial, que es absolutamente visible. El estrago colectivo, mensurable, regular, constante, creciente. ¡La naturaleza canibal que gime ante su completa desaparición! No, Saint-Exupéry, quite esa frase de su libro. Aquello que es esencial, por su misma razón, por su propia ley, es íntegramente visible. Mire el sol, comienza ya a inclinarse sobre el horizonte: es el costillar de un animal decapitado, rodeado de moscas. ¡Y el horizonte, como una guillotina, se tiñe de sangre porque no hay verdugo que limpie su acero todavía húmedo, todavía caliente!

ANTOINE ¡En mi vuelo, allá, sobrevolando el corazón de la miseria, *monsieur*, cruzando las nubes que se deshacen entre el potasio, formando una superficie gris azulada con el que el sol abandona la tierra, veo a hombres y mujeres luchar en sus islas rodeadas de abismos en ignición, buscando que sus criaturas no caigan en los precipicios que se abren uno detrás de otro! Y esa fuerza arrancada del horror, esa fuerza por no abandonarse, ¿qué es? ¡Díganmelo! ¿De dónde sacan esos seres la voluntad de hacer de su agonía y el estrago un puñado de tenacidad?

HUGO ¡La toman de sí, de lo que reconocen con sus propios ojos: en condiciones extremas, en los límites de la vida, el corazón genera un tejido de protección y sobre él se forma otra capa y otra, y el corazón se transforma en una estrella que sólo vive en la estación del silencio, cuando su luz tenue se dispersa como el frío!

Un gran silencio, entre las olas del mar.

ANTOINE Voy a decirle algo. Este vuelo de correo me llevaba a Viedma, pero Viedma ya no existe, aprisionada entre los cristales del océano. Entonces mi avión cayó allí, usted ya sabe dónde...

HUGO Continúe, lo escucho.

ANTOINE Es que no sé...

HUGO Vamos, dígame.

Charles presta atención a las palabras de Antoine.

12

ANTOINE Cuando los aparatos de mi aeroplano, los de navegación, digo, se detuvieron por completo y yo ya no tenía el curso de navegación... allá, hacia el poniente, vi un pequeño planeta, suspendido en el horizonte.

HUGO Claro, sí, perfectamente comprensible. Tranquilícese: pronto llegará la noche. La noche, sabe, y podremos descansar, salir, dar unos pasos y...

ANTOINE ¡No, no!, ése era un planeta y en él habitaba un hombrecito pequeño, ¿oye?
Por eso, luego del accidente, lo primero que hice fue tratar de escribir en mi libro el lugar preciso, la ubicación... Habrá que volar hacia allá. Arreglar el avión, primero.

Ema toma la carta que recibió.

HUGO Arreglar el avión...

ANTOINE Para que todos nos vayamos al planeta.

Ema parece estar decidida a romper el sobre y leer la carta.

HUGO Habrá que reunir las piezas y el instrumental que quedó en la playa.

ANTOINE Naturalmente. Y entonces sí, luego, ¡todos a volar...!

Desde el teléfono inalámbrico se oye:

VOZ ¡Vendedor 17! ¡A escuela 278!: segundo tomo repetido de diccionario, ninguna enciclopedia, ninguna *summa artis*, anulado el pedido de Cervantes, un extracto de la Comedia de Dante. Luego, fin de sus servicios. Repito: ¡fin de sus servicios!

HUGO ¿Qué? ¿Que mi trabajo se terminó?! Eso es imposible. Algo muy raro está pasando: mi trabajo es fundamental. ¡¡Los niños necesitan los libros!!

ANTOINE Hugo, venga, iremos a la playa a buscar las piezas y después, usted conmigo, poco a poco, iremos...

HUGO No. ¡No puedo...!

ANTOINE ¡Sí que puede! Y en el avión, antes de ir hacia el planeta, iremos más rápido a esa escuela...

HUGO En avión... ¿En avión, me dice? No. Pero no puedo. Dígale al profesor Darwin que lo ayude. Pídale a Ema: están por quitar los libros a los niños. ¡No puedo permitirlo, no! (*Sale a la carrera*).

ANTOINE No entiendo. En mi avión ya estaríamos allá.
¿Profesor Darwin?

Darwin está abstraído en su laboratorio.

ANTOINE ¡¿Profesor Darwin?!

CHARLES No necesita gritar. Un laboratorio precisa de silencio. Es el hogar de la ciencia. Aquí nadie eleva la voz, sólo así podrá escucharse el mundo de lo que aprendemos cada día.

ANTOINE Disculpeme. Necesito su ayuda.

CHARLES Dígame.

13

ANTOINE Se trata de mi avión: tenemos que arreglarlo. De esa manera todos podremos ir a un planeta que descubrí, donde vive un hombre chiquitito y...

CHARLES ¿Un avión? Nunca escuché esta palabra. ¿De qué me está hablando?

Le ruego que comprenda, jovencito: la noche está llegando, y en el actual estado de las cosas, en medio de este desastre de proporciones planetarias, ¡no es el momento de importunar a un investigador en su estudio!

ANTOINE Un avión es... un avión, ¿cómo le explico? ¡Un avión es una máquina que vuela!

CHARLES ¡Joven, ay, joven! Descanse. Y tome esta medicina. A ver, espere un poco. Por aquí yo tenía, sí, arbustos patagónicos. Son excelentes para los estados de demencia pasajera. Tome: chupe esto.

Antoine chupa la hierba y, a causa de su sabor asqueroso, escupe acto seguido.

ANTOINE ¿Pero qué estoy haciendo, yo? Señorita Ema, necesito su ayuda.

EMA ¿Qué?

ANTOINE Tenemos que armar el avión, señorita y...

EMA ¿Ah, sí?

ANTOINE Tiene que ayudarme, por favor. Tenemos que ir hacia aquella playa e ir trayendo una a una las piezas y los instrumentos...

EMA ¿Quiere un consejo? Llame a los mecánicos.

Antoine, resignado, se va.

Ema, entonces, abre el sobre. Lee la carta. Luego va hacia el sillón

*hamaca y se sienta.
Mira el horizonte infinito en absoluto silencio.
Darwin está abstraído en su laboratorio.
Una emanación de potasio, en forma de humo que se difunde con
lentitud, aparece en la superficie. Ema ha comenzado a hamacarse.
Llega Adela, elegante con su gran sombrero de plumas grises y
blancas.*

ADELA ¡Esto el colmo!

CHARLES ¡Ya lo creo!

ADELA ¡Nadie ha venido a recibirme! Me invitan, me telegrafían y me ofrecen un contrato. Yo llego y no hay nadie esperándome en el puerto. Días en el muelle, a merced de espías y contrabandistas, sin que el empresario se haga presente...

Antoine regresa trayendo un pedazo de ala y algunas herramientas.

ANTOINE *Bonjour, madame.*

ADELA *Ah, c'est vous, finalement!*

ANTOINE *¿Moi?*

ADELA ¡Sí, usted! *(Canta a modo de presentación).*

14

...partir, a partir...

En el sur la montaña se viste de novia cuando llega el invierno y la luna del verano se desnuda cuando los marineros sueñan con un país lejano... (Interrumpe su canción y pregunta).

*¿Es que nadie va a enviar a buscar mis maletas al muelle?!
¿Exijo que venga mi empresario!*

Antoine ya se ha puesto a trabajar en su avión.

ADELA *¿Es que alguien va a recibirme? ¡Sonno Adela Antonia Campi!
Sonno stata invitata per inaugurare un grande teatro in Patagonia.*

Antoine interrumpe su trabajo, la saluda y continúa el rearmado de su aeroplano.

ANTOINE *Enchanté. Antoine de Saint-Exupéry.*

Llega Hugo a la carrera, ya no trae su maletín. Cruzado al pecho lleva un cinturón de balas y en su cintura, un largo revólver y no un teléfono inalámbrico. Deja junto al avión otro pedazo y se acerca a Ema con una flor.

HUGO *Ema. Tenga. Permítame. La encontré. Es para usted. Estaba próxima a ser consumida; pero, mírela, conseguí salvarla. Es*

suya, Ema. ¿Qué le pasa? ¿Me está oyendo? Contésteme, por favor. Es una flor, ¿la ve?, la última; aguarda un poco de humedad. Déme la mano, tome. Observe sus pétalos.

ADELA ¿Una flor? ¡Entonces mi empresario es usted! Aquí estoy, soy Adela Campi, la cantante. Y, ¿qué está esperando? ¿Me va a hacer el recibimiento o no? (*Quita la flor de las manos de Hugo*). Muy bien, dígame dónde están mis habitaciones. Y luego que me acomode iremos al teatro con la orquesta para un ensayo. Teatro Italiano de Trelew, ¿no?

HUGO Ya no existe, señora. Se hundió. Cayó con gran estruendo y sin que nunca se haya escuchado en él una sola nota musical. Su derrumbe sonó como una sinfonía al potasio...

ADELA *¡Ma, comme...! (Se prepara para cantar).*
...partir, partir al sur...
Pero Hugo la interrumpe.

HUGO Potasio. ¡Potasio...! ¡Profesor, ahí! (*Ha reconocido la emanación*).
¡Ema, Antoine, hay que salir de aquí!
Se oye otro gran derrumbe.

HUGO ¿Me oyen? ¡Ema!
Adela comienza su canción. Charles y Antoine escuchan, entusiastas.

ADELA ...partir, partir al sur.
La travesía abre un surco en el mar
para que el cielo se fecunde de horizonte y azul
el viaje abre un surco en el corazón de los marineros

15

para que olviden el nombre del enamorado
que las redes tejen al mediodía...

HUGO ¿Pero es que no lo entienden? Hay que dejar este lugar. No es posible esperar un segundo más. ¡Ema, usted comprende perfectamente lo que estoy pidiéndole!!

ANTOINE Muy bien, sublime. ¡Usted canta maravillosamente!

HUGO ¡Pronto quedaremos atrapados!

ANTOINE Muy bien, Hugo. Tendremos el avión si usted se decide a ayudarme. Hay que volver a reunir las piezas, ajustar las tuerquitas, calibrar el motor, limpiar el instrumental...

Adela, canturreando, ha llegado a orillas del mar. Encuentra una botella. Hugo se la arrebató.

HUGO ¡La botella! ¡Profesor Darwin, mire!

Darwin mira su reloj de bolsillo, va en busca de la botella, pasa apurado al lado de Adela cuya presencia, sencillamente, lo ha conmovido.

ANTOINE ¡Otra vez con lo mismo!

Charles abre la botella. En su interior encuentra un tubito de laboratorio con la sustancia solicitada y una nota.

HUGO ¡Lea, profesor! ¡Lea!

ANTOINE ¡¿Pero cómo?! ¡Entonces, resultó! Si usted quiere, profesor, como se trata de una carta...

HUGO Bueno, profesor, ¿qué dice?

Charles lee la carta: durante su lectura se demora y mira de reojo, con vergüenza a Adela.

CHARLES Sociedad Científica de Londres.

Profesor Dr. Charles Darwin, su despacho.

Distinguido y querido colega:

Mucho apreciamos recibir noticias tuyas. Esperamos que al recibo de la presente se encuentren todos bien. Aquí va su pedido según detalle: 10 gramos de triabosis en solución al tres por mil. Adjuntamos factura correspondiente por el importe de su pedido.

Post-data: nos sentimos honrados de que nos haya distinguido con su preferencia. Su labor científica en mucho contribuye al bienestar de los pueblos, la paz mundial y el equilibrio de las naciones del orbe. Hacemos propicia la oportunidad para hacerle presente a usted las expresiones de nuestra altísima consideración. Firma: Adam Stevens Wedgwood.

HUGO ¡Muy bien!

ANTOINE ¿Dice algo más?

CHARLES Es personal.

16

ANTOINE ¡Diga, diga!

Charles está turbado ante la presencia de Adela. Lee en voz baja a Antoine.

CHARLES Muchos saludos y recuerdos de *miss* Clementine.

HUGO ¿Dr. Darwin, recibió lo necesario?

CHARLES Así es... veamos. (*Va a su laboratorio. Consulta sus anotaciones. Busca algún instrumental, lo selecciona*). Muy bien, muy bien. (*Prueba alguna muestra de triabosis en alguna probeta*). ¡Perfecto! ¡Excelente!

Se vuelve a oír un nuevo desprendimiento. Hugo, inquieto, preocupado, comienza otear el horizonte. Adela, siempre elegante, se pasea cantando algún fragmento de una canción predilecta.

HUGO Han recommenzado, otra vez.

CHARLES Hagan silencio, señores. No señorita, no lo decía por usted... Debo trabajar. Trataré de probar con mi fórmula que es posible interrumpir la cadena de extinción del potasio, por efecto de los factores que conforman los elementos naturales de la Tierra... (*Se inclina en el suelo. Toma un palito, lo frota, como si quisiera hacer fuego. Mezcla el contenido de la probeta con algunas hojitas en una pequeña vasija. Cuando la mezcla está lista se incorpora y comienza a dispersarla por todas partes*).

Ya está. Ahora hay que esperar unos instantes. (*Lleno de vergüenza contempla a Adela. Va a esconderse*).

Hugo sigue interrogando el horizonte.

HUGO Van a volver. ¡No fue suficiente con la lección que les di!

CHARLES Shhh... no hable.

El humo casi ha desaparecido. Charles vuelve a inclinarse sobre la tierra. Toma una muestra. Va a su laboratorio y hace una inspección con su gran lupa.

ANTOINE ¿Qué está haciendo ahora, profesor?

CHARLES Un momento, por favor. Tenga la amabilidad de no interrumpir el curso de las investigaciones.

ANTOINE Pero, ¿qué es?

CHARLES Los resultados estarán con mayor celeridad si nadie interrumpe el proceso de experimentación.

ANTOINE Pero es que yo quiero saber.

CHARLES Todos queremos lo mismo. ¡Pero nadie sabrá absolutamente nada si no me deja tranquilo!

17

ANTOINE Mírelo, Hugo, el profesor no me deja...

HUGO ¡No hable! ¡¡Creo que ya vienen, de nuevo!!

CHARLES ¡¡Eureka!!

ANTOINE ¿Qué pasa?

CHARLES La ciencia ha dado un paso adelante. Hemos encontrado la fórmula de restablecimiento del sistema en los elementos de la tierra! La solución es ésta. (*Muestra un pergamino lleno de fórmulas*). Aquí.

ANTOINE ¡Extraordinario!

Hugo, que no deja de mirar el horizonte, pregunta al profesor:

HUGO ¿Halló la solución, profesor Darwin?

CHARLES Así es. La ciencia ha triunfado.

ANTOINE ¡Estamos salvados!

ADELA ¿Mi teatro?

ANTOINE Le haremos uno nuevo. Grande, inmenso. Con una acústica excepcional, mejor que ninguno ¡y usted, Adela, lo va a inaugurar! ¿A quién va a dedicar su primera interpretación?

Adela mira a todo el mundo. Charles se esconde.

ADELA Ya lo pensaré.

ANTOINE Pero, ¿por qué? Usted dijo que había encontrado una respuesta. Que de ahora en adelante la Tierra tendrá potasio... ¿No? ¿No es así?

CHARLES Será así, sí, mientras cuente con más triabosis en solución alcalina al tres por mil. La Sociedad Científica de Londres sólo me envió 10 gramos. ¿Qué espera que haga con sólo 10 gramos? ¿Encontrar la solución para la falta de potasio para el planeta entero?

HUGO Se necesitan más insumos. Sin demora, profesor, sin perder un solo instante, ¡escriba!

ANTOINE ¿Pero cómo va a llegar el pedido?

HUGO ¡El profesor sabe cómo!

Charles escribe una nota. La mete en la botella. La tira al mar. Luego mira su reloj de bolsillo.

ANTOINE Ah, claro, ¡cómo no lo imaginé antes!
Hugo, ahora tendrá que ayudarme con el avión, ¿eh? Tenemos que terminar de armarlo.

HUGO No puedo. La noche ya está aquí.

18

ANTOINE ¿Por qué no puede? Cuando el profesor tenga la fórmula preparada iremos hasta el planeta donde vive el hombrecito y desde allí dispersaremos la sustancias, bien de lo alto, y no habrá rincón de la Patagonia ni del mundo entero que no reciba una parte...

HUGO Tengo que irme, ya no puedo demorarme. Con la catástrofe hay quienes entran en las escuelas y quitan los libros a los niños. Yo no puedo permitir eso. ¡Les quitan los libros, se los arrancan de las manos! Llegan y arrasan y dicen y amenazan: “En el estado de emergencia, en la catástrofe, hay una sola y única historia: una, igual para todos y que todos deben aprenderla; que ése es el camino de la salvación, ¡¡la única salvación!!”.

ANTOINE ¿Qué hacen, después con los libros?

HUGO ¡Los usan para tapar los precipicios, las grietas del potasio!

ANTOINE ¿Quiénes son?

Hugo parte a la carrera.

HUGO ¡¡¡Todos saben quiénes son...!!! ¡Adiós, Ema!

ANTOINE Y yo solo, nunca voy a terminar con el avión.

Antoine se va en busca de otros pedazos del aeroplano. Adela canta; Charles, la escucha embelesado.

ADELA ...partir, es el tiempo de partir.

Los puertos son nubes

y las nubes en el cielo tienen el color del deseo.

Que el que desea coma el fruto del goce marineros,

que el que goza coma el fruto del olvido...

Charles quiere tocar el sombrero de Adela, cautivado por sus plumas.

ADELA ¡Salga de aquí! ¿Qué hace?

CHARLES ...en los terrenos calcáreos se originan a veces grutas, debido a la acción disolvente del dióxido de carbono y el agua, que forman la sal soluble, el carbonato ácido de calcio...

- ADELA ¿Qué hace?! ¡Atrás, no dé un paso más!
- CHARLES ... el monóxido de carbono y el ácido oxálico son dos gases que se producen conjuntamente, por eso... ¡por eso hay que separar el ácido oxálico haciendo burbujear la mezcla a través de una solución de hidróxido de sodio...! (*Con su verbo inflamado, expresa su amor*).
- ADELA ¡¡Sáquenme este bicho de aquí!! ¡¡Ayuda!!
- CHARLES ... las rocas que forman la corteza terrestre, con excepción de las rocas calizas y dolomíticas, tienen silicio en su estructura...
- ADELA Señora, usted, ayúdeme.
- Pero Ema no responde.*

19

- ADELA ¿Qué hace? ¿Qué quiere de mí? ¿Mi sombrero? ¿Le doy mi sombrero, pero aléjese!
- CHARLES Cuando el carbonato ácido llega a una caverna o una gruta abierta dentro de la corteza terrestre, por disminución de la presión, se produce una reacción de derecha a izquierda con la separación de carbonato normal insoluble...
- ADELA Sí, sí. Creo entenderlo. Pero no puedo amarlo, no...
- CHARLES ¡El carbonato normal insoluble forma estalactitas, caen del techo de la gruta, en el suelo se denominan estalacmitas!
- ADELA No. El amor es otra cosa, señor profesor. Compréndame. Yo estoy entregada al arte. El canto es mi vida. Viajar. Entregar lo mejor de mí al público. Navegar en el vapor, con la compañía, de una capital a otra. ¿Me comprende? Mi existencia está entregada a la soledad de la inspiración. Y cuando el recital concluye y las luces del gran teatro se apagan una a una, hay otra voz que habla en mí, que no surge de mi garganta: es mi sueño que está hecho de nieve, porque cuando nieva los pájaros buscan refugio en el hueco de un árbol, y yo quisiera estar allí, hasta que el último copo se disuelva en una canción menos triste...
- CHARLES ¡En la playa un ave del paleolítico ha hecho su nido!
- ADELA Lo siento, no puedo corresponderle.
- Regresa Antoine con otro pedazo de aeroplano.*
- ANTOINE ¿Qué le pasa?

- ADELA Sáqueme esta cosa de encima. ¡Es horrible! Le di mi sombrero.
¡Le encantan las plumas, parece!
- ANTOINE ¿Plumas de pingüinera? Tal vez esas plumas le traigan recuerdos,
madame...
- ADELA ¡Este salvaje quiso arrastrarme a su nido!
- ANTOINE ¿El profesor Darwin? ¿Profesor?
- CHARLES Eh... yo...
- ANTOINE Debería usted saber, señora que el profesor Darwin, con su descubrimiento, se ha convertido en el sabio más importante que existe en todo el mundo: su fama no conocerá fronteras, será recibido por los altos dignatarios y reyes y recibirá honores en los grandes centros de estudios de las más antiguas universidades...
- ADELA Bueno, yo, claro, por supuesto, siempre supe que el profesor, tan atento...
- ANTOINE Un insigne estudioso. Gracias a su descubrimiento la Humanidad será salvada de...
- Pero Antoine se interrumpe. Otra vez regresa al lento ruido de un desplazamiento de tierras gigantesco. Pero, esta vez, entre el sonido devastador, se escuchan voces que piden auxilio.*

ADELA Eso es... ¡un llamado! ¡¿De dónde viene?!

20

- ANTOINE ¿De dónde viene?, de aquí, de ahí, en las dunas, del confín del océano. De todas partes.
- De nuevo el ruido; más cercano: se oyen voces de auxilio todavía más nítidas.*
- ANTOINE La noche es clara. ¡Muy útil para encontrar cilindros de avión dispersos en la playa! *(Se va)*.
- Adela se adelanta, preparándose a cantar. Darwin ha vuelto a su laboratorio.*
- ADELA Profesor, ¿quiere venir un momento? Profesor... *(Se dirige al público)*.
Querido público: Esta noche inolvidable en que inauguramos este hermoso teatro, quiero dedicar una canción a alguien que... a alguien que... bueno, me han emocionado los aplausos. Un recibimiento como el que he tenido esta noche lo llevaré aquí, para siempre; no los olvidaré. No olvidaré estos palcos anchos,

generosos, cubiertos de ramilletes, ni un bullicio alegre en las graderías.

Un artista cree que cuando la luna aparece en el cielo, la noche se transforma en caracola para que los niños hagan una promesa.

Por eso, ahora, si son tan amables, escuchen mi canción:

...que la sonrisa de esos pequeños

madure como un fruto sin luz

en el corazón de la luna

que la luna mienta a las barcas

y nadie encuentre el sueño en el mar

que el mar te traiga a mí

viajero

dame tus ojos para dibujar el horizonte

una estrella con mi soledad

dame tu boca para dibujar en el último amanecer

la palabra amor

que el amor te traiga a mí

viajero

que las barcas unan sal y olas donde reflejar

un solo instante tu rostro...

Darwin se esconde, emocionado. Adela se inclina ante Ema.

ADELA ¡Señora... muchas gracias... gracias, de nuevo...!

Regresa Antoine con más pedazos de su avión. Su trabajo ya va demostrando algún resultado: parte de la hélice sobresaliendo de lo que ha quedado de las alas, entre las ruedas destrozadas del tren de aterrizaje; dan la imagen, muy precaria, del perfil de un viejo avión.

ANTOINE ¡Es un milagro! ¡Lo encontré intacto! (*Llega con un tanque a cuestas*).

¡Profesor! ¡Ema! ¡La bencina: la carga de combustible, miren, está intacta!

Llega Hugo, cansado.

HUGO Buenas noches, Ema. Tengo algo para usted. (*Desenvuelve un paquete. Le ofrece a Ema una cajita de música*).

21

HUGO Mire. Ábrala. La tapita, ¿ve? Es suya, alguien la olvidó en la cordillera, en un valle, donde antes el eco traía la voz del cóndor.

Antoine ha vuelto al trabajo. Adela se pasea cantando bajito alguna canción.

HUGO ¿Quiere escuchar, sí?
¿No es cierto que sí? (*Abre la cajita y se oye entonces su música de miniatura*).

¿Le gusta, eh?

Ema, yo quería decirle que... ¿por qué no viene conmigo? No, por favor, no vaya a pensar que yo... digo, trabajar conmigo... comienzo a recuperar libros.

Algunos. Otros se han perdido para siempre. Pero cuando llega la noche alguien tendría que abrir las ventanas de las escuelas para que el rocío, lo que resta, dibuje una sonrisa en la pupila de las criaturas. Y yo pensé que tal vez usted...

Una vez más un desprendimiento ahogado y devastador.

HUGO ... por vez primera, en la historia de la civilización, a causa de esta catástrofe, podemos afirmar, con alguna precisión “tengo este tiempo para vivir”. Es un tiempo construido con la seguridad del plan que amasan las hecatombes: la harina es la diferencia; la sal, la estupidez, y el agua que une esos elementos, el poder que despoja. Pero el agua, ya lo ve por todas partes, el agua se ha transformado en cristales derramados en la cavidad del corazón. Ema... Ema, yo... ¿el amor es una larva? ¿Qué es? ¿Es una forma de vida o es un fantasma? ¿Qué es, Ema? ¿Está escrito en los libros? Yo sé que usted puede decírmelo, basta con que me mire. Basta con que nos miremos a los ojos, una sola vez. Nada más, Ema. Será suficiente, ¿me oye? Los ojos están limitados por tres membranas. Estas membranas son cosidas en el taller de los ciegos. Ellos quitan el hilo necesario de una estrella fugitiva, extraviada en las huellas de las palmas de las manos...

ANTOINE Hugo, venga. Necesito que me ayude. Es una operación muy delicada. Tengo que unir la carga de bencina, al compartimento de la caja de explosión en el motor y sólo encontré cable achicharrado. Tengo miedo de que si no logramos rearmar el sistema de combustión no nos será posible remontar vuelo...

Hugo le ofrece un trozo de cable.

HUGO Aquí tiene. ¿Es lo que necesita? Lo encontré donde termina la playa.

ANTOINE ¡Tenemos suerte! Está casi entero. Venga.

HUGO Ahora me voy. Se ha cumplido el giro de la media noche. Me espera una gran lucha. No sé qué hago aquí, todavía.

ANTOINE ¡Quédese!

HUGO Adela, ¿usted podría ir con Antoine!

Pero Adela canta uno de sus fragmentos musicales preferidos.

HUGO ¡Ema!

Yo no puedo quedarme más tiempo. ¡Usted puede ayudarlo! Sé que me está escuchando: es la oportunidad para todos, aquí viajar a ese territorio, un planeta donde vive ¿quién, Antoine?

22

ANTOINE Bueno, no lo había dicho hasta ahora, pero quiero expresarles que se trata de un principito...

Adela interrumpe la canción.

ADELA ¡Un pequeño príncipe! ¿De qué corte? Tal vez ya nos conocamos. Es muy posible que, en alguna de mis giras estuviese escuchándome, en un pequeño salón, íntimo, entre cortinas que la brisa transforma en ahogado suspiro...

HUGO Profesor Darwin, ¿cuándo llega ese cargamento?

Charles no responde.

HUGO Profesor, contésteme. ¿Qué pasa? Ese cargamento ¿no tendría ya que estar aquí, con la triabosis? ¡Conteste!

Charles mira su reloj de bolsillo. De hecho, lo ha estado mirando de tiempo en tiempo.

CHARLES Ya tendría que estar aquí.

ANTOINE Y bueno, también... ir a pedir insumos esenciales para recuperar el potasio en la tierra, para salvar a la especie humana y confiar en una botella tirada al mar, francamente, qué quiere que le diga...

ADELA ¡Cómo se atreve a importunar al profesor Darwin, señor! ¡Qué coraje, qué insolencia! ¿Acaso no sabe que el profesor será condecorado con la más alta distinción que otorga el gobierno de Su Majestad? ¡Habrás visto tamaña insolencia! Para la ocasión ya ofreceré un recital con las canciones preferidas de Charles, para que sepan! ¡Y no sé si a usted le va a llegar la invitación...!

Mientras Adela habla, Hugo se va, extenuado. Ema lo sigue con la mirada, tal vez haya dicho alguna palabra que nadie oye.

ADELA Y este otro señor se fue. Qué desconsiderado. Una gran lucha, ¿dijo? ¿Y contra quién es esa batalla? ¿Nadie me contesta?

El gas potasio vuelve a surgir de la corteza terrestre.

ADELA ¿Charles?

Charles se refugia en su laboratorio.

ADELA Está bien querido. Sigue con tu trabajo. Yo cuidaré que nadie te importune, ni siquiera los aviadores de línea, ¿sabes?

ANTOINE ¡Hay que ver un poco la ocurrencia! Una botella tirada al mar con un pedido de insumos a Londres, nada menos. ¿Por qué me habré dedicado a la aviación, yo? ¿Otros colegas escriben libros y hacen periodismo, otros, cuidan recién nacidos; otros, van a los Alpes para curarse la tuberculosis! (*Toma una pieza, trata de darle una ubicación adecuada*). Y esto, ¿dónde iba? No me acuerdo, ahora. Era por este lado. No, parece que no. ¿Era en el tablero? No, tampoco. ¿Entonces? A ver... parece que aquí podría encajar, podría ser...

Charles mira su reloj constantemente. Está muy abatido.

ADELA Vamos, Charles. Ya va a llegar. ¿Algún problemita en las remesas o en el tráfico o alguna demora.

Charles se esconde, avergonzado, triste.

23

CHARLES No. No había posibilidad de error. Se trata de otra cosa: es mi fracaso.

ADELA ¿Su fracaso? ¡Usted, el científico más célebre que existe! ¿A quién le dice eso, a su Adelita?

CHARLES El fin de mi carrera. ¿De qué han servido tantos años de estudio?

ADELA ¡Su descubrimiento es el comienzo de una carrera de éxitos en el gran escenario de la ciencia!

CHARLES No. Es el fin. He trabajado solo. ¿Soy un salvaje por eso? ¿Soy un primitivo? ¿A qué tribu pertenezco, en definitiva? ¿No provengo de la división catirrina o de los semiadeos? Un pez, un mamífero, un ave, un anfibio, un reptil, ¿qué soy? Todo partidario de la evolución admitirá que descendemos del mismo prototipo, ya que estas clases de vertebrados tienen entre sí, sobre todo durante el estado embrionario, gran número de caracteres comunes...

ADELA Cómo habla, ¡qué encanto!

CHARLES ... a los que no han seguido los recientes progresos de la Historia Natural, les parecerá monstruosa la opinión de que, animales tan distintos entre sí como un mono, un pingüino, un elefante, un colibrí, una serpiente, una rana, una trucha, hayan podido, todos, descender de unos mismos antecesores. Esta opinión implica la existencia anterior de eslabones intermedios, encadenando estrechamente entre sí todas esas formas; en la actualidad, tan distintas. Encadenando todas, menos a un fracasado como yo. ¡No hay lugar para un fracasado en el reino de la naturaleza...!

ANTOINE ¡Emanaciones de potasio otra vez, profesor! ¡Por todas partes! Habrá que apurarse, ya no hay nada que esperar. *(Toma una palanca, la sujeta al nudo de la hélice y la hace girar lentamente)*. Veamos si funciona. A ver. No. Otra vez.

Se oye por unos instantes al motorcito del aeroplano que resopla, hace esfuerzo y se apaga, extenuado.

ADELA ¡Lo está consiguiendo!

ANTOINE No. Así no va. ¿Cuánto tiempo nos quedará? ¡Los desmoronamientos llegarán aquí cuando menos nos demos cuenta! *(Trata desesperadamente de hacer funcionar su nave, mientras llega el sonido terrible de un desmoronamiento cercano. Saca un pedazo de motor; busca, enchufa y desenchufa cables, pega martillazos)*.

¿Charles? ¿No tendrá por casualidad en su laboratorio un lubricante para poner un poquito aquí, fijese, entre el pistón? Porque sabe, lo que creo es que es este cilindro, ve, el que no llega a darme la rotación, ¿me explico? Digo, profesor, algún lubricante, de esos industriales o para la casa, que se utilizan a diario...

CHARLES Sí, sí, espere. Tengo, ¿pero dónde?, ésa es la cuestión, porque con este trabajo, de un tiempo a esa parte, no sé, déjeme ver...

ANTOINE Un poquito que le sobre, aunque más no sea, para este cilindro...

24

CHARLES Usted querrá decir una vértebra.

ANTOINE No, profesor, un cilindro para que dé la rotación y podamos salir lo antes posible. ¡¡No sabemos cuánto nos queda para que venga el desmoronamiento!!

Se escuchan ahora explosiones siniestras entre un griterío agónico. Adela, asustada, vuelve a cantar.

ADELA ...escuchen los que navegan
el porvenir es un precipicio abierto como el dolor
y los tiempos que vendrán dibujarán en el cielo
el reposo de los enamorados entre una tormenta perdida en la
razón...

ANTOINE ¡Apure, profesor!

CHARLES ¡Creo que algo encontré!

ANTOINE ¡Menos mal, dígame!

CHARLES Sí, a ver: esto es... llantén, que usted debe conocer como
plántago mayor, bueno para el dolor de riñón y entumecimiento
de la musculatura; y acá, además, le traigo una hojitas de matico,
que usted debe conocer como *angustifolium*, que da muy buen
resultado para el dolor de nuca, la ciática y la artritis en los pies...

ANTOINE ¡Por favor, sáquenmelo!

CHARLES Ahora, si combinamos el llantén con el matico, vamos a tener
lo que usted anda necesitando.

ANTOINE ¡Fuera! Déjeme trabajar. ¡¿Qué cree que me está trayendo ahí?!

CHARLES Lo que usted me pidió, Antoine. Para curar el patagoniopetecus,
si las complejidades hipotalámicas de su encéfalo lo dejan, con
esta mezcla que preparé yo mismo vamos a andar bien con la
lipogénesis, ya va a ver: déle, déle que tome, que en un ratito
ya se va a sentir mejor y ya se va a levantar, va a salir y se va a
refrescar en el aire que nos va quedando, ¿me entiende?

ANTOINE ¡No puede ser! ¿Por qué a mí? ¡¿Por qué no me dieron el avión
correo para ir a la Martinica?!

*Las emanaciones crecen. Ema se mueve, mira a su alrededor,
inquieta... Antoine tira el preparado que Darwin le alcanzaba.*

ANTOINE Ya no hay nada que hacer.

ADELA ¡Cuide sus palabras cuando se dirija a mi Charles! ¡Más respeto!

ANTOINE Discúlpeme, profesor. Estoy agotado. Le agradezco su inten-
ción, pero me temo que usted no tiene la clase de lubricante que
necesita mi pájaro, eh, quiero decir eso que tengo ahí. Déjeme
que le ayude: vamos a juntar una por una las hojitas del llantén
y matico. Total, ya no podemos hacer nada. El tiempo se acabó.
Es el fin... (*Recoge las hojitas. Entona una de las canciones de Adela.*)
Cuénteme, señorita Adela, ¿cuál fue su último recital antes de
ser contratada por el empresario patagónico? ¿Por qué no me

habla, también, de sus giras, de sus éxitos? ¿Conoció a Toscanini? ¿Sabe por qué lo pregunto?, porque el maestro Toscanini, en una ocasión, por una emisora, creo que de Nueva York, hizo un homenaje sinfónico a la bahía de Nápoles y si mal no recuerdo usted era la solista, ¿puede ser? ¿Eh?

25

Y había sido, nomás, Adela. Así que, en homenaje al recuerdo de Saint-Exupéry, comienza a cantar una típica canción napolitana. Unos instantes después, Charles la interrumpe.

CHARLES ¿Qué hora es?

ANTOINE No sé... será, tal vez... cerca de las cuatro de la madrugada ya...

ADELA ¡Oh, me asustaste! No uso reloj, querido. Es mi empresario que me dice siempre a qué hora comienza el espectáculo.

Llega Hugo, malherido. Trae un bulto de papeles teñido de sangre.

HUGO Faltan catorce minutos para la cinco de la mañana. Es el último amanecer.

CHARLES Ya me parecía. Ya me parecía. No podía esperarse una informalidad semejante, ¡por supuesto!

ANTOINE ¿Y ahora, qué le pasa?

CHARLES ¿Saben qué hora es en este momento en Londres? ¡Las cero horas cuarenta y seis minutos exactos!

ANTOINE ¿Y con eso, qué?

CHARLES ¡Qué había olvidado la diferencia horaria y que desde hace tres minutos debemos tener noticias! *(Va a orillas del mar y toma la botella que llega de Inglaterra vía marítima).*

¡Aquí está!

ANTOINE Increíble. *¡C' est superbe!*

Adela y Antoine se arremolinan alrededor del profesor. Hugo apenas si se mueve. Charles abre la botella. La botella contiene una carta.

ADELA Lee, Charles. ¿Qué dice?

ANTOINE ¡Cuenta!

CHARLES Sociedad Científica de Londres
Profesor Dr. Charles Darwin. Su despacho.
De nuestra mayor consideración:
Hemos recibido su atenta nota por la que se nos solicita el

urgente envío de una entrega de triabosis en solución alcalina al tres por mil. Lamentablemente no podemos dar curso a su pedido por cuanto no se ha recibido hasta el presente el importe de la factura de la remesa anterior. Cuando se haga efectivo el pago procederemos, de acuerdo a las existencias del momento, a cumplimentar la solicitud. Atentamente.
Firma: Adam Stevens Wedgwood.

ANTOINE ¿Dice algo más?

CHARLES Es personal.

26

CHARLES Post-data: muchos saludos de *miss* Clementine.

ANTOINE Esto es intolerable. ¡Miserables!

CHARLES No comprendo. La Sociedad Científica de Londres fue destinataria de mis mejores esfuerzos dedicados al estudio, la investigación...

Hugo, en el límite de sus esfuerzos, se acerca a Ema.

HUGO Ema. Le he traído algo. Algo que usted, sólo usted puede conservar. Leningrado ya no existe. Entre sus ruinas, en el sótano de la gran Biblioteca, cuando luchaba contra los saqueadores, encontré esto. Podría perderse, hasta que en un futuro, quizás, se reconstruya la ciudad. Quizás. Ema, escúcheme. Por favor, guárdelo. Es la obra inédita de Sigmund Freud. Por favor. He venido a dejársela. ¿Me escucha? Me voy...

CHARLES No, no se va, Hugo. Yo voy a curarlo. Venga, permítame.

ANTOINE Déjeme, doctor Darwin. Vamos a acomodarlo aquí. Así. Eso es.

ADELA ¿Qué quiere que le cante?

HUGO No puedo. Tengo que seguir. ¡No puedo abandonar ahora!

CHARLES Mire, tome un poco de esto. Tiene rico gusto, ya va a ver. Es el mejor lubricante que se consigue. No hay otro mejor, es para el cilindro y el pistón. Así la rotación va a andar mejor: sí, con confianza, es un preparado del llantén y matico, ¡no hay mejor lubricante!

Hugo bebe.

CHARLES Adela, usted, con su hermosa voz, cante algo, una canción sencilla, para que Hugo se reponga.

ADELA ...el tiempo, escuchen los que navegan
no es ni piel ni fiebre, ni la vergüenza de los delatores
el tiempo es un timón de náufragos
y una voz en el cielo deshecho
atrapada con cada amanecer en el rocío...

CHARLES ¿Ya está bien? ¿No es cierto que sí?

ANTOINE ¿Rico el tecito?

Hugo se levanta y, con nuevas fuerzas, sale a la carrera.

HUGO ¡Adiós, Ema! ¡Hasta siempre! ¡La llevo en mi corazón! ¡¡¡Ahí
voy, se acabaron los verdugos...!!!

Una claridad extraña invade la atmósfera.

CHARLES Miren...

ANTOINE ¡Allá!

Darwin, Saint-Exupéry y Adela, fascinados, contemplan el firmamento.

ADELA ¿Qué es?

CHARLES ¡Es el cometa del fin del siglo...!

27

Ema ya no se hamaca y casi va con los demás para ver el paso del cometa.

EMA Si la mujer que vive a orillas del mar se golpea el pecho, el corazón de noche suena como una campana que llama al pescador cuando la tormenta se aproxima. Si la mujer mira en el fondo de las olas cómo se deshace la luna llena, su vientre crecerá como la curva de una almeja. Pero el pescador, todavía en alta mar, tira su red, una y otra vez, para hacer con los huesitos de un pez un sonajero que el sueño agitará en una cuna.

Antoine hace girar la hélice de su avión.

ANTOINE ¡¡¡Suban!!! ¡¡Partimos!!

Charles y Adela se ubican detrás de Antoine, ya en el avión.

ADELA Pero el aeroplano no funciona. ¡No anda, señor! ¡¿Qué quiere que hagamos aquí arriba?!

ANTOINE Ya sé, Adela. Ya sé.

CHARLES Entonces, ¿dónde vamos? ¿No es este modo de tratar a las aves!

ANTOINE No me responde. No sé. Parecía que...

CHARLES Usted nos había hablado de un planeta donde vive un pequeño hombre. Un principito. Y bueno, entonces, ¡vayamos allá! Cuando llegemos le pediré un préstamo para enviar a la Sociedad Científica de Londres.

ANTOINE Es que...

ADELA ¿Qué pasa? Usted dijo que...

ANTOINE ¡Sí, yo dije, sí! Pero el principito y su planeta están en mi libro y el libro todavía no está terminado y entonces no sé cuál es el camino. ¿Era para allá? ¿Para allá...? O, no, me parece que era...

Se escucha ahora, con toda potencia, el sonido del avioncito: el vuelo va a comenzar. Y, enseguida, entre el ruido del último desprendimiento, se oye:

VOZ ¡Atención! ¡Todos listos! ¡Nuevo pedido para las escuelas! Enciclopedias, diccionarios, *summa artis*, novelas de caballería, cuentos de hadas, cuentos de la buena pipa, historias de amor, historias de terror, leyendas y mitos, cuentos de nunca acabar. Repito: enciclopedias, diccionarios, *summa artis*, novelas de caballería, cuentos de hadas, cuentos de la buena pipa, historias de amor, historias de terror, leyendas y mitos, cuentos de nunca acabar.

Oscuridad.

FIN

> La isla del fin del siglo

Fin de siècle sur l'île,

en la traducción de Denise Delprat.

Fue presentada el 5 de noviembre de 2000,
en el teatro L'Épée du bois, París, Francia,
en el marco del Festival IBERAL.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY	Olivier Breitman
HUGO	Bruno Debrant
ADÈLE	Catherine Ferri
CHARLES DARWIN	Enrique Fiestas
EMA	Rosa Ruiz
ASISTENTE	Yane Agius
PRODUCCIÓN	Théâtre du Hibou
DIRECCIÓN GENERAL	Luis Jaime-Cortez

Bairoletto y Germinal

*a los dos paisanos, camino a Junín de los Andes
a Jeanne Pigeon*

> Bairoletto y Germinal

Deber de aritmética

Un alienado cuesta cotidianamente al Estado 4 marcos, un inválido 5,5 marcos, un criminal 3,5 marcos, un aprendiz 2 marcos.

1º. Haga un gráfico con estas cifras.

2º. A partir de prudentes estimaciones hay en Alemania 300.000 alienados y epilépticos en los asilos. ¿Cuántos préstamos a jóvenes matrimonios a razón de 1.000 marcos cada uno podrían hacerse, si ese dinero fuera economizado?

*De un manual escolar alemán
en la época del Tercer Reich.*

PERSONAJES

JUAN BAUTISTA BAIROLETTO

GERMINAL, el último chacarero

DOBLE FAZ

SANTA DOLORES DE LA PATAGONIA, virgencita de los tristes

SANTA FE, el caballo de Bairoletto

GREGORIO ALEGORÍA, el imprentero (*su voz*)

Indicaciones para una puesta en escena

Debe prestarse particular atención al decorado sonoro indicado a lo largo de la obra.

PEQUEÑO PRÓLOGO PARA UN AMANECEER TRISTE

GERMINAL, EL ÚLTIMO CHACARERO, DETIENE SU MARCHA. CANSADO, CON UNA LARGA JORNADA DETRÁS SUYO, NO SE DARÁ TIEMPO PARA OTRA COSA QUE PARA ACOMODAR SUS SENCILLAS PERTENENCIAS, ENTRE ELLAS, UNA PALA Y UNA GUITARRA CRUZADAS A LA ESPALDA.

EL VIAJERO RETOMA SU CAMINO, APURADO Y ASUSTADO. ACABA DE CONSTATAR QUE YA NO TIENE AGUA EN LA VEJIGA DE SU MORRAL, SÓLO LE QUEDA LA SED Y UN HORIZONTE INCIERTO.

PARTIENDO, CASI SE CRUZA CON DOBLE FAZ.

DOBLE FAZ Son éstos. Están en todas partes, con el mono al hombro. Sucios. Duermen en cualquier lugar. Arrastran sus familias. Se alimentan de basura. Estafan y no tienen principios, ni educación. No trabajan y no les importa buscar trabajo. Viven de los demás. Y si no trabajan, es porque no quieren. Cuando

tienen un peso, se lo chupan. Van al hospital para que los atiendan gratis. Rompen todo. Comen con las manos. No se lavan, no se bañan. Tienen una cáscara de mugre. Son dejados. Viven rodeados de animales, son animales. *(Toca su campanita)*. ¡Las doce han dado y sereno...!

Son éstos, los crotos, los desocupados. Prometen, piden, mienten. ¿Qué se hace con gente así? Por mis hijos, lo digo. ¿Qué hago? Pasan, les doy algo, un pedazo de pan, cualquier cosa; pero, a todos no se puede. Lo que hay que hacer es encontrar una solución, de una vez y para siempre.

Cuando vea uno, no se acerque. Denúncielo, simplemente eso. Y nosotros nos ocupamos. *(Toca la campanita y desaparece)*.

Se va el día a orillas del río. Juan Bautista Bairoletto termina de enterrar su caballo.

BAIROLETTO La vida es injusta, Santa Fe. Dejarme, así, a orillas del río Colorado. Y que la mitad del corazón te la lleve un piche y la otra, yo no sé; para que el atardecer no se vaya, será; se tienda a lo largo, y entonces rumbear para Villa Regina. Y al llegar nos amarren a los dos a un trapiche, porque el existir es eso. Ya está.

Llega Germinal, pero ya, unos segundos antes, Bairoletto estaba sobre alerta.

GERMINAL Mire lo que ha hecho, don.

BAIROLETTO ¿Qué?

GERMINAL Así no se entierra un caballo.

BAIROLETTO Ah...

GERMINAL No. Si no el viento, después, hace lo suyo. Y el despojo, al descampado, el resto. *(En un santiamén, ya tiene su pala entre las manos)*. Permítame.

BAIROLETTO ¡No!, ¿qué va a hacer?

GERMINAL Germinal, a su servicio, por una módica suma entierra su animal. Atención de primera.

Y ya está el chacarero poniendo manos a la obra, tratando de dar una apariencia menos desastrosa a la última morada del noble equino.

BAIROLETTO Capaz, tenga razón. Yo digo, a las bestias las sepulta el camino. Mezcla viento y escarcha y con eso hace un poncho para el más allá. ¿Y a nosotros, eh, ese día, quién es que nos entierra?

- GERMINAL Si se corre un poquito y deja que el operario continúe...
- BAIROLETTO La tristeza, debe ser. Le voy a contar. Vea: con Santa Fe veníamos, en el 29, de Toay...
- GERMINAL ¡Toay! Ahora tenga la amabilidad de permitirme continuar. Córrase. Eso es. Muy bien. Ya estamos. Toay... *(Pero, inesperadamente, deja de trabajar. Arma rápido sus bártulos y se marcha).*
- BAIROLETTO Eh, amigo. ¿Adónde va?
- Se oye el viento, que parece traer, dentro suyo, voces y lamentos.*
- BAIROLETTO ¡Vuelva!
- Bairoletto corre tras él, pero Germinal ya desapareció, tragado por el desierto. Juan Bautista, con sus manos, termina la tumba de Santa Fe.*
- BAIROLETTO «Atención de primera», ¡Ja! *(Concluida la tarea, levanta sus armas y pertenencias y se va).*
- Germinal, a las corridas, busca un refugio donde guarecerse; sobre sus talones llega Doble Faz.*
- DOBLE FAZ Salga, chacarero, salga.
No me impaciente, ¿quiere?
- Asustado, casi sin voz por la disparada, se aproxima Germinal.*
- ¿No ve? ¿ Adónde cree que va?
- GERMINAL Iba...
- DOBLE FAZ A ninguna parte. Ustedes, no van a ningún lado. Ni la vergüenza les queda.
- GERMINAL Se equivoca. ¡No insulte! Estoy juntando la plata y...
- DOBLE FAZ Mire cómo me conmueve. ¿Qué plata, dónde está? ¡Lo que hay es un pagaré vencido hace exactamente veinticuatro horas! Así que, lamentándolo mucho, hay que ejecutar. La Ley se llama paciencia. Le da un plazo. Le da otro. ¿Y usted? Quiere escaparse, desatender sus obligaciones. Resultado: se evade. No. Así no va.
- ¿Cuánto juntó?
- La Ley hermana a todos los habitantes del país, ¿me comprende? No puedo hacer nada. Si por mí fuera...
- ¿Cuánto?
- Germinal busca en sus bolsillos. Encuentra un papel, lo extiende.*

- DOBLE FAZ ¿Qué me da? ¡¿Una cuenta del almacén de ramos generales?!
Y el chacarero, avergonzado, sigue buscando en sus bolsillos.
- DOBLE FAZ ¡Compra comida, pero después no paga! Aquí está el postre.
(Le entrega el papel).
 ¡Trague! ¡Trague, le digo! ¡Y después dicen que no hay alimento para todos, en este país!
 Menos mal que tenemos igualdad ante la Ley, ¿no es cierto?
 Hacemos un trato de bueno que soy: le doy veinticuatro horas más y ¡venga la pala!
- GERMINAL ¡No, mi pala nunca!
Germinal escapa. Regresa el viento con su vocerío oscuro. Doble Faz pareciera reconocer algo que lo llena de contento entre esas voces. Se aleja muy lentamente.
- DOBLE FAZ Vamos a inspeccionar las obras.
Bairoletto camina cargando su montura y sus pocos bienes. Como un refucilo cruza Germinal.
- BAIROLETTO ¡Eh, amigo, espere! ¿Qué le pasa?
 Venga, venga. Se va, me deja con el entierro del animal. Me parece que no son maneras. ¿Y adónde cree que va a llegar, de ese modo? El desierto, sabe, no se anda apurado, no. El desierto se hace a ojo: de distancia a desolación y de desolación a trote corto. Como le digo, tranquilícese.
- GERMINAL Ahora quiere mi pala. ¡Mi pala!
- BAIROLETTO Linda, alemana debe ser. Mango pampeano, para lo que mande...
- GERMINAL Acero Krüger, fíjese. Darle la pala, ah, sí. Nada menos. Esa pala, para que sepa, se la compré a Ialev, un croata que había perdido media nuca y tres dedos en la guerra contra los húngaros en el 86. Y como le había quedado plomo en la cabeza sólo se acordaba de la mitad de las palabras.
- BAIROLETTO Está bien, cálmese. Serénese. Anda con suerte: nadie le va a quitar su pala porque yo lo voy a ayudar. Yo mismo, ¿sabe?
- GERMINAL Sí, Ialev también desvariaba cuando en el cerebro la bala se le movía. Era siempre de noche, de derecha a izquierda y él, figúrese, llamaba a la mamá, él quería decir «piedad», pero ella, en el cielo, no lo entendía, miraba para otro lado. ¿Cómo iba a escucharlo?, si él la llamaba por la mitad; no pudo ser. Cosas de la vida. Así es que amigo, siga nomás su camino. No hay nada que hacer, ya...

BAIROLETTO Perdóneme pero, ¿por qué dice...?

GERMINAL No. Está bien, no se aflija; lo que es a mí, ¡la pala nadie me la quita!

BAIROLETTO Así se habla. Y yo mismo, ¡yo le voy a ayudar!
Este... Usted sabe quién soy, ¿no?

GERMINAL ¿La verdad? No.

BAIROLETTO ¿De perfil, tampoco?

GERMINAL No. Me va a tener que disculpar...

BAIROLETTO ¡No puede ser!

GERMINAL ¿Hermano de Ialev? ¿No? ¿Primo? ¿Eh? ¿Para qué le voy a mentir? No, no se ponga así...

BAIROLETTO Pero, ¡cómo! ¿De noviembre del 19 que se me conoce! La Pampa, Buenos Aires... Me acusaron de una muerte, por Castex. Un cabo, ladrón, marcador de vientres ajenos. Desde entonces voy con mi gente, que me acompaña... ¿Y?

GERMINAL La verdad...

BAIROLETTO Ah, sí. Usted debe haber oído hablar del turco Peidón. A ése, en el 29, comerciante tramposo, le arrancamos pagarés y libretas de fiado de los paisanos, todo adulterado, y ahí es que me endilgan un siniestro mortuorio más... y, me reconoce, ¿no?

GERMINAL Me va a disculpar, pero...

BAIROLETTO Entonces habrá oído hablar de Mendrile, el hacendado. Le abrimos la caja fuerte y repartimos la plata entre los hacheros; es justicia. Ya se dio cuenta ¿no es cierto?

GERMINAL Sobrino de Ialev, ¿capaz? ¿No? Discúlpeme, pero usted, sea quien fuere, ¡con Doble Faz, no va a poder!

BAIROLETTO ¿Con quién es que no va poder Juan Bautista Bairoletto?, ¿se puede saber?

GERMINAL ¡Bairoletto, el gran bailarín! *(No cabe en su asombro)*.

BAIROLETTO Y, sí, entre otras cosas. Un poco músico, si la ocasión cuadra...

GERMINAL ¡Discúlpeme, maestro! ¿Cómo no iba yo a reconocer al dueño del compás de los patios traseros? ¿Y qué le pasa que anda así, solo...?

BAIROLETTO Iba de paso para Villa Regina, rumbo al sur, a Chos Malal...

GERMINAL ¿Por reivindicaciones, por libretas de almacén trampeadas?

BAIROLETTO No, iba al biógrafo. Dan muy buenas cintas en Chos Malal. Pero no importa. ¿Usted me hablaba de un tal...?

GERMINAL ¡Doble Faz!

BAIROLETTO ¿Y quién es ése?

GERMINAL Doble Faz me hizo el campo papeles, señor. A las dos concesiones me las hizo boleta y pagarés. No había cómo levantar la cosecha del año 23. ¿Se acuerda? La sequía trae el empréstito, el empréstito la enfermedad; la enfermedad te come el arado y hay que vender; y así cada año va uno sembrando deuda, deuda por quintal, porque para levantar un documento hay más obligaciones. Y así el tiempo fue pasando urgente y me quedé solo, dándole pienso mezclado con deuda a unos pocos animales. Ya no se puede aguantar más una madrugada amarga: para no quedarme sin la pala, entonces, me voy al sur. Hace dos meses que estoy andando, ¿sabe? Dicen que hay un valle, el País de las Manzanas, y que hay mucho trabajo. Voy a juntar la plata y ¡al campo me lo van a tener que devolver! *(Se dispone a reanudar la marcha).*

En ese momento aparece Doble Faz mientras vuelve a escucharse el rumor creciente que traduce el vocerío irreconocible.

DOBLE FAZ Muy, pero muy buenas tardes. ¿Qué tal, Germinal, cómo andan las cosas, esas actividades de hombre emprendedor...? ¿Se encuentra bien?

¡La pala!

Justo había salido a dar un paseíto campestre y, ¡oh, a quién veo! Y entonces me digo:

¡La pala o la vida!

Voy a saludar a un laborioso labriego. Siempre es bueno platicar, unos instantes y al atardecer, cuando el magno efebo va aplacando su sed sobre el dubitativo horizonte...

Bairoletto, adelantándose, desenfunda.

BAIROLETTO ¡Acá, me parece, hay unas cuentas pendientes!

DOBLE FAZ Me parece que al señor lo conozco, aunque no tenga el honor.

BAIROLETTO ¡Ya me oyó!

DOBLE FAZ Haya paz. Sobre todo, nada de ofuscaciones. ¿Todo bien, Germinal? ¿Me tiene presente siempre, verdad? Ya sabe, cuando algo le haga falta... entre usted y yo, recuérdelo, y yo sé que lo recuerda muy bien, hay mutua confianza. Estoy a sus órdenes. Bien. Si no se le ofrece nada... *(Se marcha ya).*

¡Evadidos, a hundirse en la fragua!

Lindo el atardecer, ¿no?

Doble Faz se ha ido.

GERMINAL ¡Mi campo, quiero! ¡Devuélvame!

BAIROLETTO Tranquilo, amigo. Conmigo aquí lo suyo se soluciona...

GERMINAL Es que usted no sabe...

BAIROLETTO Discúlpeme. Ya le he dicho: éstos son menesteres de Juan Bautista Bairoletto.

GERMINAL Doble Faz construye, ¿sabe?, dicen, un gran horno...

BAIROLETTO Usted quédese tranquilo que aquí me tiene. Por ahora, amigo Germinal, habrá que ir haciendo el fueguito... y usted me va a hacer escuchar un poco esa guitarra; ¿qué le parece...?

Germinal, avergonzado, medio que se esconde.

BAIROLETTO ... la guitarra, digo, unas zambas, unas milongas para acompañarse, lindas las milongas escritas con la cuerda del corazón, Germinal, y usted sabrá eso, ¿cómo no?, y ya va, en sus dedos, a hacerme conocer su historia, escrita en un melodioso pentagrama, ¿verdad...?

Bairoletto y Germinal van preparándose para pasar la noche.

BAIROLETTO ... Porque, sabe, siempre fui de la idea que un buen intérprete de guitarra es, cómo decirle, no soy de muchas palabras, no sabría como expresarme: alguien que tiene el milagro en sus manos de hacer cantar una guitarra sabe de qué están hechos los ojos de una mujer. Porque yo, alguna vez, allá en mi pueblo... en fin, dejemos los recuerdos de lado. ¿De qué sirven, no es cierto? Lo que sí, una guitarra, tocarla, hacer susurrar sus cuerdas con la voz de los que uno dejó, me comprende, uno recupera esa voz, esa respiración, ese adiós. Qué bonita guitarra la suya, Germinal y lo bien que le hará a esta existencia mía escucharlo, toda vez que ese íntimo privilegio que es interpretar un instrumento, lleva a su cultor a dibujar un pechito de ave, nota a nota, una tras otra, como si no hubiese espacio para un solitario, Germinal, un solitario acompañado de pensamientos...

Mientras nuestro héroe pronuncia estas últimas y sentidas palabras, sin ser visto, Doble Faz busca la pala. Germinal salta sobre él; pero Doble Faz le da un mal golpe con la misma herramienta y deja dolorido al chacarero.

- DOBLE FAZ ¡Veinticuatro horas han dado y sereno! ¡Venció el pagaré y un remate! ¡Trabaje, Germinal! ¡Venga a buscarla al horno!
- BAIROLETTO Abra el paso, mi amigo, que estoy yendo a recuperar el noble instrumento de sus faenas. Y estése tranquilo que ya estoy de regreso! (*Sale en persecución de Doble Faz, pero éste regresa.*)
- DOBLE FAZ Mañana, a esta misma hora, por la Cadena Nacional de Radio-difusión escuche ¡*El trabajo es salud!*
- Doble Faz se va y, con él, el griterío de agonía y dolor. Germinal se recupera, mientras tanto, como puede.*
- GERMINAL ¿Quién lo iba a decir? Nada menos que Bairoletto. Va a traer mi pala. Ayuda a los chacareros. ¿Qué haríamos sin él, qué? Nadie como Bairoletto en cosas de puntería. Supe de una vez que pasó por la colonia: ponía una botella acostada y titubeante y, desde treinta metros, bacía pasar el proyectil limpito por el pico: rompía el fondo tan pulcro, que el clarete llegaba contento al vaso. No, si el hombre sabe. Es el único. Y la gente que liberó de la estaqueada...
- Por momentos, a lo lejos, vuelve a escucharse, esa voz de desolación.*
- GERMINAL ... y los milicos que metió al cepo, en su lugar. Él solo, contra una partida entera. No, si siempre fue el dueño de la planicie. Y es que nadie le puede. Por eso, cuando me entregue mi pala, voy a llegar a ese valle. Desde el primer día voy a juntar peso sobre peso. De sol a sol, como debe ser. Y a nadie más van a joder con el campo. Y si se me permite, yo recomiendo palas como la mía. Por mi experiencia, nada más. Mi conocimiento en la chacra; para todo tipo de suelo; por eso, en cuantito Bairoletto regrese...
- Bairoletto está regresando, nomás: afligido, maltratado, agotado y, como si todo esto fuera poco, sin la pala.*
- GERMINAL ¡Muchas gracias, Juan!
- BAIROLETTO No me agradezca tanto. Estuve a un tris, Germinal. Se lo juro. Pero, qué quiere, no lo tengo a Santa Fe. Se me había olvidado. Corrí a aquel monte, de ahí les disparé: a dos les di en el hombro, a otro le di en un tendón y ése quedó ladeando y anduvo tratando de liberarse de un avestruz viudo enamorado de sus botones. Y ahí nomás estaba por dispararle al tal Doble Faz, ¡pero él manda a los milicios y se esconde!
- GERMINAL Bueno, no lo tome así...

BAIROLETTO ¿Y cómo quiere que lo tome? ¡Juan Bautista Bairoletto, de a pie! ¿Dónde se ha visto? ¿Cómo quiere que haga yo justicia andando a patas? Y después, con semejante corrida, cuando estaba dejando el monte, ¿qué veo?

GERMINAL ¡Mi pala!

BAIROLETTO No Germinal, ¡ya le expliqué! ¡A Gregorio Alegoría, el imprentero!

GERMINAL No tengo el placer...

BAIROLETTO Gregorio Alegoría, el imprentero de Castex. Lo llevaba maniatado la partida. A la rastra, con los tobillos encadenados. Con él, miles y miles, desheredados y sin trabajo, arrojados sólo de buena fe...

GERMINAL ¡Al horno!

BAIROLETTO Don Gregorio Alegoría, prisionero. Por el camino de la infamia: de Toay a Neuquén. De encierro en encierro. ¡Y con él, viejito, enfermo y testarudo, Juan Chiappa!

GERMINAL ¡Otro de la misma profesión!

BAIROLETTO El gran carpintero, Germinal. Estuve al lado suyo combatiendo testaferreros y mandamases para ayudar a los paisanos... pero hace tantos años, ya... ésa era la agrupación anarquista Tierra y Libertad.

GERMINAL ¡Un equipo de balompié!

BAIROLETTO No Germinal. Venga. Escuche lo que el viejo Chiappa predicaba y Gregorio Alegoría publicaba en su imprenta llamada El Quijote de la Mancha: «...el anarquismo reivindica mediante la acción y la capacitación libertaria popular los postulados siguientes: 1º) abolición de la propiedad privada de la tierra, de las primeras materias, a fin de que nadie pueda tener modo de vivir explotando el trabajo ajeno...

Y ahora vuelve a escucharse el murmullo indescifrable hecho de voces y lamentos de auxilio.

BAIROLETTO ... 2º) abolición del gobierno y de todo poder que haga la Ley y la imponga a los demás...

GERMINAL ¡Tercero!

BAIROLETTO Tercero era... este... abolición de la propiedad, abolición del gobierno, eh, no me acuerdo pero...

El murmullo se deshace en el silencio.

BAIROLETTO ... venga, mejor, Germinal, vamos a pasar, nomás, la noche. Es que yo siempre andaba con Santa Fe. Mi caballo, sí señor. Juntos íbamos, por los puestos, hablando con los peones del ideario: «Hay que repartir las tierras. Abajo con los patronos». Pero acomódese. Tendrá hambre. Precisamente por aquí, hay algo. *(Y ofrece a Germinal el postrer testimonio de lo que hace varias jornadas constituyó una comida reparadora: galleta, cebolla y aroma de piolín de chorizo).*

Va a tener que disculpar la frugalidad del plato. Pero ya va a ver, en el sur, son maestros en el arte de preparar el chivito a la brasa.

GERMINAL Ah...

BAIROLETTO Por Chos Malal, fíjese: destacada localidad, chivito y biógrafo, las dos cosas. Lo asan a punto, ¿vivo?

GERMINAL Me imagino... sí, debe ser, porque en el sur hay trabajo, yo lo sé bien, hay trabajo y la gente también come y ahora con lo que usted me refiere...

Ya casi Germinal está por atacar un soberano trozo de salchichón, cuando Juan Bautista con sentido espartano piensa en las jornadas por venir.

BAIROLETTO Sí, justamente, por eso permítame que pensemos en la vianda de mañana. Vamos a conservar las fuerzas, qué le parece. Le comentaba yo lo del chivito a la brasa, adobadito, ¿vivo? Y le diré que supe andar por el Nahuel Huapi...

GERMINAL ¿El cuál?

BAIROLETTO El gran lago patagónico, Germinal. El Nahuel Huapi, ahí, hacia fines de los 20, navegando en el vapor *El Cóndor*. Vaporcito heroico, porque va surcando la extensa geografía lacustre y atendiendo los colonos. El Nahuel Huapi es como un mar, tan grande es. Y el vaporcito arremete, resoplando su máquina, alimentada a carbón negro como la agonía, y cuando usted va llegando, del Correntoso al Tromen, por ahí la familia le está ofreciendo ese chivito, pero con especias, cómo le digo, mientras se descarga unos metros de tela para la patrona, cuadernos para las criaturas, carta de Lucerna, unguento para la ciática...

Palabra va, palabra viene, los amigos se preparan a dormir.

BAIROLETTO ... tabaco, una garrafito para después de un día de desmonte, y usted ve que suben cueros, pasta de trucha para el exterior, muy apreciada en la corte del rey de Eslovaquia; y la familia,

toda reunida alrededor del amarradero dice «adiós, adiós...!» y las manitas se van haciendo plumitas blancas y berrugonas mientras *El Cóndor* le hace pecho al oleaje...

GERMINAL ¿Y a cuántos le han quitado la chacra, por ahí...?

BAIROLETTO A nadie. Lo que ocurre es que... yo le voy a explicar: si los cuatreros vienen para el otoño, el arrayán se pone colorado y así el ganado, entretenido en amores, va por la orilla del lago y nadie se ahoga, no sé si me explico; ahora que si van retardados y están llegando por junio, ahí los contrabandistas esconden lo habido en la cascada que mira a La Angostura. La cascada reparte el botín: un poquito se hace nieve, lo otro, escama de pez, ¿me sigue?

Germinal aferrado a su guitarra ya se ha dormido.

BAIROLETTO Un campito por el sur, ¿qué da? Trigo frío y calabazas, un puñado de semilla y otro de esperanza, ¿qué más, para qué más?

Unos instantes después el sueño profundo cae sobre los dos viajeros. Sueño cansado y melódico, hecho de ronquido y suspiro intranquilo, del que va naciendo el silencio del desierto.

De pronto, ocurre el milagro: entre las sombras nocturnas aparece santa Dolores, la virgencita de los tristes. Está casi inmóvil, como una estatua de yeso.

SANTA DOLORES Juan. Juan Bautista. Juan...

Pero sólo le responde algún resoplido destemplado.

SANTA DOLORES ¡Juan!

Ahora sí, Juan Bautista busca instintivamente su arma pero de inmediato la deja caer, fascinado ante semejante aparición.

SANTA DOLORES Juan...

Estás cansado, ¿eh?

BAIROLETTO Este... ¡ah!, ¿yo?... no, cansado, no. Me mataron el animal, eso es todo.

SANTA DOLORES Santa Fe, caballito bueno.

BAIROLETTO ¿Estoy soñando, yo? ¿Lo conoció?

Santa Dolores sólo sonríe.

SANTA DOLORES Traigo una carta para ti.

BAIROLETTO ¿Una carta? ¿Para mí? ¿Pero, y usted, quién es?

SANTA DOLORES Juan... ¿pero, cómo...? soy Dolores, refugio de los tristes y de los desesperados...

BAIROLETTO ¿Quién?

SANTA DOLORES ¿No me recuerdas, Juan Bautista? Soy la virgencita de yeso de las casas de tolerancia dispersas por la vida: de Toay al fortín General Roca, de Neuquén a Comodoro Rivadavia. Al lado de cada pupila, junto a su camita de penas. El amor, para ellas, es una tarde de lluvia, que cae lenta y muy lejos...

BAIROLETTO Pero...

SANTA DOLORES ... Y entonces ayudan a los hombres que las visitan, porque hay niños que se han fugado para enterrar la luna en los estanques.

BAIROLETTO Sí.

SANTA DOLORES Entonces por eso vine, Juan. A traerte una carta de Dora. Antes de irse la escribió. Y la dejó en su mesita de luz. A mis pies.

BAIROLETTO ¿Dora? ¿Irse?

SANTA DOLORES A buscar un barco, en Buenos Aires. Un barco que tenga el nombre de una canción de cuna, Juan. Entonces, yo hago estos pequeños encargos y por eso, bueno, aquí estoy. Ten.

Bairoletto lee la carta.

SANTA DOLORES Adiós.

BAIROLETTO ¡No! No, digo, no se vaya, todavía.

SANTA DOLORES Tengo mucha tarea, lo siento. Ya he cumplido contigo.

BAIROLETTO ¡Espere!
¡Germinal! Venga un minuto, hágame el favor.

Germinal se despierta. Maravillado y tímido se acerca.

BAIROLETTO Hágame el favor, tráigase la guitarra.

GERMINAL ¿La guitarra...?

BAIROLETTO ¡Sí, lo que oye! ¡Apúrese, hombre! Este... señora... eh, señorita Dolores, santa Dolores, si usted me permitiera... como usted sabe...

SANTA DOLORES Buenas noches, Germinal. No quería que despiertes, hijo. Dime, Juan. Habla. Apúrate, te escucho. Algo grave ha de ser si crees que necesitas un testigo para comunicármelo...

BAIROLETTO No, testigo ninguno, acompañante; es que Germinal es un gran intérprete y yo...

Germinal no puede creer lo que está oyendo

BAIROLETTO ... si usted...

SANTA DOLORES ¿Si yo qué, hijo mío?

- BAIROLETTO No, yo decía, que baile conmigo.
- SANTA DOLORES Tú sueñas, hijo.
- BAIROLETTO Con Dora, sabe, con Dora lo que he bailado, allá... entonces si usted... déle... baile conmigo... Germinal, por favor...
Avergonzado Germinal querría salir corriendo.
- BAIROLETTO Germinal, adelante, si es tan amable. Permítame, señora, señorita...
- SANTA DOLORES ¡Juan, por favor!
En ese momento, desde lo alto de los cielos, se escucha un valsecito triston. Santa Dolores, tanto ella como Germinal, que no ha tocado una nota, se extraña de esta melodía que ciega el desierto. Bairoletto parece muy entusiasmado.
- BAIROLETTO ¿Y? Déle. Mire. Si usted me permite, ¿sí? Un poquito...
- SANTA DOLORES Pero, no, Juan. No debo. Soy Dolores, virgencita de los tristes. Escucho a los que sufren, a los sin consuelo, a los desesperados. ¿A ti te parece, entonces? oye, oye, no, escúchame; yo estoy aquí para consolar a los patagónicos, a aquellos desperdigados por esta tierra de Dios y tú sabes, Juan; ¿qué haces, Juan...?
Pero ya Bairoletto la tomó en brazos y ella con timidez y rubor da unos pasitos de baile conducida por la maestría del bandolero. Germinal, conmovido, no puede creer lo que está viendo. Súbitamente, el valsecito deja de oírse, en ese mismo instante irrumpe el griterío lúgubre que crece, incontenible. Santa Dolores ha desaparecido. Doble Faz avanza, con lentitud, dando órdenes hacia ese mundo de sombras de donde provienen los lamentos.
- DOBLE FAZ Allá, ésos, que no se pierdan, empúñenlos; los que caen, a la fosa; le borran el número y se lo atan a los destetados. ¿Qué me están haciendo? Aquéllos, a las columnas de los preparados para operar; más consideración: un cucharón para cada uno, ¡ineptos! ¿qué están distribuyendo, sopa o alambre?!
Instintivamente, Juan hace señas a Germinal para que lo siga. Toma sus armas y los dos desaparecen recogiendo sus pertenencias.
- DOBLE FAZ ... A la fosa sí, pero sin los dientes; detengan el furgón carnicero, ¡deténganlo!
Descansen: un instante de recogimiento.
¡Extraño, muy extraño!
¿Podríamos ver esos informes? (*Gira y despliega un gran mapa. Coteja lo que observa con el lugar.*)

Estos dos, ah. O tres, o cuántos, ¡qué importa! Cuadrúpedos, inteligentes. Pero la inteligencia vale lo que la estupidez, cuando se huye: es la ley de la deuda, la sacrosanta ley de la existencia. No importa, que esperen. Hoy no es mi día de cacería. (*Gira*).
¡Dos evadidos a la vista! (*Gira*).
¡Ay, basta por hoy, te digo! (*Gira*).
¡Dos evadidos armados! (*Gira*).
¡Suficiente!
Tengo mi programa de radio hoy, grandes anuncios. (*Se dispone a hablar ante un micrófono radial*).
¡Al aire!
¡Probando! cinco, cuatro, tres...
¡Compatriotas, familia! Con ustedes: *El trabajo es salud*.
Para que cada vez haya menos desocupados. Para que desaparezcan. Para darles la solución final, hoy anunciamos: Primer Plan Nacional de Empleo.
Programas al alcance de todos. ¡¡Sortea por Lotería Nacional!!
¡Primero!
17 horas, un solo turno: como amansador de perros enfermos de rabia, con treinta minutos de utilización de guante protector. Retribución: dos rabanitos, al plato.
¡Segundo!
24 horas, sin turno: respirador para cloacas, con inhalador prestado y en desuso, con una retribución acorde: albóndiga de gato.
¡La siguiente oportunidad!
24 horas y una madrugada: cartonero; moscas incluidas más lombriz. Sueldo: lo que encuentre, ¡a convenir!
¡Cuarto programa y nos estamos regalando!
3 días: esperador de cola, más lluvia y frío con pared de apoyo, retribución...
retribución...
¡Allá... irregulares!
Interrumpimos nuestra...
¡Le están disparando a la guardia del imprentero!
¡Manden refuerzos!
Y así lleven refuerzos, traigan seguridad... veamos crecer a nuestros hijos.
¡Se escapan!
De aquí nadie se escapa, imbécil. ¡Nadie!
¡Un discurso!

Santa Fe cruza al trocico sin ser advertido. Doble Faz vuelve a girar.

DOBLE FAZ Conectamos con la Cadena Nacional de Radiodifusión para escuchar la palabra y el mensaje... *(Canta con voz de caramelo un bolero chillón. En realidad, es la voz guardada en una vieja grabación. Unos instantes después el disco se rayó. Doble Faz repite varias veces idéntico verso, entre el mismo gesto arrebatado del cantor atrapado entre la púa y el olvido).*

A partir de este momento las emisoras intervinientes continúan... *(Pero la voz de Doble Faz es ahogada por el griterío creciente. Doble Faz gira).*

¡Es ése, Germinal, que ha liberado a Chiappa, el carpintero anarquista! Las unidades, para el sur, ¡avancen! ¡Son dos irregulares!

Doble Faz se aleja, mientras el griterío se difunde por el desierto. Reaparece Bairoletto reconociendo el terreno. Unos instantes después le hace señas a Germinal.

BAIROLETTO ¡Venga!

Llega Germinal repitiendo exactamente la misma táctica de reconocimiento que su amigo. Los dos vuelven a desaparecer. Llega Doble Faz. El griterío todavía se oye, a lo lejos.

DOBLE FAZ ¿Germinal? Acérquese. Venció el plazo. Y bien. ¿Qué he de hacer? No se ha hecho presente... ¿Paga o no paga? Ésa es la cuestión. ¿Qué es más conveniente para el ánimo de un recaudador: soportar las trampas de los evasores o incautar los bienes y acabar con los insolventes? ¡Despedazarlos y después irse a dormir, no más! ¡Y pensar que durmiendo damos fin a estos problemitas y a los mil naturales conflictos que provocan los morosos! ¡He aquí algo que querría hacer: denunciar! Despedazarlos y después irse a dormir! ¡Dormir y tal vez soñar! ¡Sí, allí está el obstáculo! Se acumulan los plazos y entonces vienen y piden prórroga a la vez: ¡denme el metal para el horno, que mi gran fundición debe latir! ¿Quién querría llevar tan duras cargas, gemir y sudar bajo el peso de una misión como la mía? Pagar o no pagar, Germinal; venció el plazo y tengo que ocuparme de mi misión: ¡la solución final!

Doble Faz se aleja llevándose el lamento distante. Agotados, llegan Bairoletto y Germinal, Bairoletto reconoce el terreno y Germinal lo imita. Van a preparar su campamento.

BAIROLETTO Tendrá que ser por aquí. Es un lugar seguro. Estuvo muy bien, Germinal, liberando al carpintero.

- GERMINAL Una maniobra audaz, sólo eso.
- BAIROLETTO Lo felicito, no creía que fuera así, a encarar usted, a los guardias.
- GERMINAL Y no ha visto nada, todavía.
- BAIROLETTO Vamos a seguir con la segunda parte de la estrategia.
- GERMINAL ¿Usted y yo?
- BAIROLETTO Por ahora, sí, somos dos. Chiappa tiene razón: ¡dos son dos mil!
- GERMINAL ¿No exagerará un poco?
- BAIROLETTO El viejito tiene razón. ¡¡Nosotros tenemos que liberar a Gregorio Alegoría, mientras él cruza el Río Negro y, en Colonia Centenario, organiza la destrucción de la fundición!
- GERMINAL ¿Y usted y yo vamos haciendo lo otro?
- BAIROLETTO Así es, amigo: el noble trabajo de don Gregorio Alegoría.
- GERMINAL Pero mire que va a ir lenta la cosa...

Bairoletto busca su triste cena, quita la hoja que la envuelve, deja su comida a un lado y luego de pensar un poco cómo proceder con un papel en estado tan lamentable, lo corta en cuidadosas partes iguales. Germinal, entonces, busca entre sus pertenencias y lo que halla es un lápiz casi tan corto como un pulgar.

- BAIROLETTO Lento o no lento, no es ésta la medida de la justicia, Germinal. Deje esa lentitud para los que de la justicia no esperan otra cosa que el soborno. Porque, y escúcheme bien lo que le voy a decir, el derecho de cada cual, el suyo: el de recuperar su tierra robada con un empréstito hecho con su propio dinero, porque lo que le prestan es su propia plata; el derecho de cada cual al trabajo, el de los desocupados que Doble Faz arrastra al sur desde el país a la desesperación; ese derecho no está hecho ni de tiempo, ni de necesidades. No, amigo mío: ese derecho no se hace de lentitud sino de la dignidad de cada uno, y ésa es la cuestión. Así que comencemos a escribir, que en la Patagonia todos han de saber qué es la fundición de Doble Faz. Permítame...
- GERMINAL ¿Un lápiz muy pequeñito? ¡Un lápiz tan pequeñito tiene lugar para dos puntas!
- Efectivamente, para la mayor sorpresa de Bairoletto, el lápiz cortito de Germinal, ante sus propios ojos, acaba convirtiéndose en dos. De inmediato los amigos se ponen a escribir volantes.*
- BAIROLETTO ¿Y cómo hizo?
- GERMINAL Ah...

BAIROLETTO ¿Pero, cómo es?

GERMINAL Cosa del derecho, Juan Bautista.

BAIROLETTO No sea así, cuente.

GERMINAL Es un misterio.

BAIROLETTO Está bien, lo que usted diga. Mire, le voy a explicar: vamos a ir escribiendo con letra muy clara, grande y generosa, como la letra de primero inferior...

GERMINAL Entiendo; lo que la señorita Aurelia nos decía: letra clara como fuerte es el hilo para remendar guardapolvos.

BAIROLETTO Eso. Y más vale ir apurándose porque por el poniente ya se viene la nochecita y ¡después uno tiene cada sueño!

GERMINAL Tiene razón, Juan.

BAIROLETTO Voy dictando: «Manifiesto a los trabajadores del campo».

GERMINAL Espere, espere:... fies... to...

BAIROLETTO «Estamos plenamente convencidos de que sin trabajo, no hay vida posible!». Bueno. «El llamado de Libertad, pan y trabajo se extiende cual vocación». Así está bien, también: «¡Hagámonos oír! ¡Los obreros ruedan en masa por campos y ciudades sin lograr hacer un miserable jornal!».

GERMINAL Escúcheme, don...

BAIROLETTO «Sí, compañeros del campo y de la ciudad, hagámonos oír y sentir a la vez!».

GERMINAL ¡Lo estoy oyendo y sintiendo, Bairoletto!

BAIROLETTO «¡Hay que volcarse en la lucha a defender nuestra vida contra los que prefieren nuestra muerte!».

¿Eh? ¿Me hablaba? Siga, usted siga....

GERMINAL «¿Manifiesto a los...?».

BAIROLETTO No lo entiendo...

GERMINAL ¡Va muy rápido, Juan!

BAIROLETTO Ah. Debe tener razón. Espérese. Voy a terminar el primero, se lo paso, y así vamos a ir un poco más rápido, ¿qué le parece?

GERMINAL Si usted lo dice.

BAIROLETTO «¡Queremos trabajo, queremos ser libres; disponer de, nuestra voluntad y del fruto íntegro de nuestro esfuerzo! ¡Seamos heroicos, valientes y no cobardes y suicidas!». Agrupación

Anarquista Tierra y Libertad. Acá tiene, Germinal. (*Le extiende el primer volante*).

GERMINAL Muchas gracias. Ahora sí. Con un poquito de esmero...

BAIROLETTO Por supuesto.

Pero Germinal parece tener alguna dificultad.

GERMINAL Este... Juan Bautista, acá no se lee. ¿Qué puso? ¿Qué letra es ésta? Si a usted lo agarra la señorita Aurelia, ¡le quedan cortos los pizarrones de la escuela para corregir la caligrafía!

BAIROLETTO ¿No se entiende?

GERMINAL No, ni jota. La verdad, ni jota, ni equis, ni be larga, ni ve corta, ¡no nada! Haga todo de nuevo. Usted siga solo que yo me encargo de descifrar este jeroglífico.

«Mani... fies... to... a... los... trabaja... dores...»

Germinal finalmente acaba por comprender, palabra por palabra, lo que expresa el manifiesto. Mientras Juan Bautista se aplica, como un buen alumno, a mejorar su caligrafía, él, con solvencia y presteza, va llenando cada una de las hojas, de modo tal que cuando termina con la última, en ese mismo instante, su amigo termina la suya.

GERMINAL ¡Listo! ¡Mire qué bonito que me quedó! ¡A ver, sigamos, déme otra!

Ya está terminado, Juan. Aquí tiene.

BAIROLETTO ¿Todo?

GERMINAL Efectivamente.

BAIROLETTO Ah... y mire qué bien, qué clarita la letra. Pero, dígame, Germinal, ¿cómo hizo lo de los lápices?

GERMINAL Ya le dije: misterio. Y permítame que le pregunte ¿no tiene hambre, usted?

BAIROLETTO ¡Vamos a revisar la despensa!

Y las sobras que nuestro héroe encuentra son el vivo testimonio del desconsuelo. Ese mendrugo sabrá compartirse, sin embargo, con equidad.

BAIROLETTO Muy bueno el salchichón, ¿no le parece?

GERMINAL ¡Altro che...! ¿Sabe? Allá, los chacareros en una época, una vez al año, preparamos morcillas, chorizos, bondiolas, jamones...

BAIROLETTO Ah...

GERMINAL Hace mucho, la prehistoria, salame del grueso, del fino, para

la colonia; se deja estacionar, ahora, que si usted prefiere también va en grasa o ahumando.

BAIROLETTO Ah...

Doble Faz los observa por un instante. Gira, vuelve a girar y desaparece.

BAIROLETTO ¿Sabe qué? Anoche tuve un sueño. Un sueño hermoso y raro.

GERMINAL ¡Cuenta, cuenta!

BAIROLETTO No, mejor, no. Si se lo cuento no me lo creería. Pero, por eso mismo nada me gustaría más, para concluir la cena, que usted interprete un momento melódico con su instrumento.

Del susto Germinal pega un brinco.

GERMINAL ¿Le parece?

Vuelve Doble Faz. Se adelanta, sin ser visto, para tomar la guitarra, pero Bairoletto, al mismo tiempo, hace lo mismo. Doble Faz da un giro y se marcha.

BAIROLETTO ¡Y cómo, no! Espérese. Aquí está, tenga.

GERMINAL Este...

BAIROLETTO Temple ese encordado, amigo. Deje que las notas permitan hablar al silencio...

GERMINAL Lo que pasa... el catarro...

BAIROLETTO Nos encuentra aquí la noche, con la fatiga por delante, y usted, que domina el arte de hacer oír las distancias, deje que estas lejanías expresen la memoria, pues; porque, sabe, yo no tuve esa fortuna que se teje sólo de canto, pero siempre me ha gustado escuchar, fíjese, de chiquito prendado a los poetas que en sus versos regalan la alegría compartida siempre pocos instantes. Ésa debe ser, por corta, la única alegría que hay, ¿no? Una nota, después la que sigue y luego van viniendo apuradas, tanto que a uno se lo llevan sin preguntar, por los caminos que va anudando el alma, y ésa es la música, que va relatando lo que la torpeza de uno no es capaz de traducir...

así es, nomás...

Bueno, lo escucho...

Silencio

BAIROLETTO Lo escucho, Germinal.

Silencio

BAIROLETTO Bueno, ¿y?

Germinal, entonces, deja oír su saber musical. Un verdadero desastre, una auténtica calamidad telúrica. Apenitas un rasguído maltrecho acompañado de un puñado de versos desafinados con verdadero esmero.

GERMINAL «En mi chacra vivía un ganso
ganso manso y familiar
como se apura, lo alcanzo
y lo mando a estudiar...
En mi chacra vivía un cerdo
buen lector, pero algo terco
mi perrito dice 'lo muerdo'
y...»

BAIROLETTO Germinal.

GERMINAL «... mi perrito dice 'lo muerdo'
y el cerdito... y el cerdito... se va a pasear...»

BAIROLETTO ¡Basta!
La verdad, le agradezco de todo corazón.

GERMINAL ¡Tengo otra cuarteta, todavía!

BAIROLETTO ¡No! No, le aprecio el gesto...

GERMINAL Lo que pasa es que no pude terminar el curso...

BAIROLETTO ¿Curso de qué?

GERMINAL «Curso superior de interpretación de guitarra clásica». Por correspondencia. Llegué a la tercera lección. Le había enviado un giro por el telégrafo del pueblo, pero justo una familia de palomas se fue a vivir al poste para protestar y no sé si llegó o no. No me mandaron nunca más. Y la paloma sigue ahí pero tampoco canta, así es que no sé.

BAIROLETTO Y así es como se malogran talentos.

GERMINAL ¡Ahora que, los versos, son de cosecha propia!

BAIROLETTO No me diga, mire usted. Mañana, Germinal, será la gran jornada: vamos a liberar a Gregorio Alegoría. Y a estas horas el carpintero Chiappa debe estar bordeando el Río Negro y reuniéndose con los suyos...

Los dos compañeros se disponen a dormir

BAIROLETTO ... mientras que nosotros llevaremos los volantes, metiéndonos entre la milicada y la guardia...

GERMINAL ¿Y mi pala?

BAIROLETTO La vamos a recuperar. Y la de cada trabajador, y la de cada obrero, también. Mire esas estrellas, Germinal. Obsérvelas. Vea cómo brillan, en lo alto. ¿Sabe? Nadie, en su sano juicio, puede perderse en la Patagonia. Y es porque allá, ¿ve?, están dibujados los caminos del Sur. Cómo será de grande la Patagonia, fíjese, que cabe en un puñadito de estrellas. Si titilan fuerte, hay niebla en la precordillera; si titilan de a una, cae nevada liviana en la meseta, cerca del Collón Curá; si titilan tres y una se hace la sorda, habrá viento hasta las siete de la tarde; y entonces, usted va ladeando hacia el este por el camino de los despojos...

Germinal contesta a puro ronquido.

BAIROLETTO ... la cosa es, le confieso, Germinal, créamelo, quién tiene el juicio sano; pocos, en el Sur, muy pocos. Los mineros, ellos sí, que llevan la luna medio guardada en el esternón, porque abajo el oxígeno escribe el murallón con nombres de muchacha y entonces, qué; el turno no es tan largo como para encerrarlo en una fotografía, la luz no viene y la jornada pinta incierta, igual que para nosotros dos. ¿Germinal?

Bairoletto se prepara para tirarse un sueño: en unos instantes un «duetto armonioso» se difunde por el desierto infinito. Llega Doble Faz y, subrepticamente lleva consigo la guitarra. El descanso ha ganado por completo a los dos amigos. El milagro patagónico nace una vez más rodeado de ese silencio distante: santa Dolores ya está allí.

SANTA DOLORES Juan.

Lento molto espressivo del «duetto armonioso».

SANTA DOLORES ¡Juan Bautista!

Continuazione.

SANTA DOLORES ¡El errante justiciero Juan Bautista Bairoletto!

BAIROLETTO ¿Eh...? Ah... Señora... señorita Dolores, usted...

SANTA DOLORES Sí, Juan... (*Se adelanta hacia Juan Bautista*).

Juan...

BAIROLETTO ¿Otra carta de Dora, señora, señorita...?

SANTA DOLORES No, Juan, yo...

BAIROLETTO Sí, dígame...

SANTA DOLORES ... yo...

- BAIROLETTO ¿Algún mensaje de mi gente? ¿Mis compañeros que se están reuniendo y me esperan en algún monte?
- SANTA DOLORES No... más bien... yo... lo que quería pedir... porque sabe... pero, no, ¡no puedo, no puedo!
- BAIROLETTO ¿Qué es lo que no puede? Al que le haga algo a usted, mire, yo, ¡no lo dude ni un instante!... ¡quién ha sido, dónde, dígame!
- SANTA DOLORES No, calle... no... lo que yo... pero, no, no puedo, soy la virgencita, la virgencita de todos los tristes, de todos los desamparados...!
- BAIROLETTO Sí, Dolores, lo sé, y por eso aquí me tiene, ¡a sus órdenes!
- SANTA DOLORES Lo que yo quería pedirle señor Bairoletto, señor Juan Bautista, como usted, la otra vez, cuando traje la carta, no sé si me comprende...
- BAIROLETTO Ni media palabra, señorita Dolores...
- SANTA DOLORES Digo, si usted podría, ¿no?, darme otra lección de baile... pero un poquito, nada más, no quiero abusar, yo, si usted supiera...
- Y el milagro campero vuelve a producirse y desde el cielo estrellado que Bairoletto tanto conoce desciende música de valsecito zumbón, Bairoletto toma por la cintura a su pareja y el desierto sureño es testigo de una danza que, sin querer, sabe enlazar corazones. Se despierta ahora Germinal y manoteando, medio dormido, no encuentra su guitarra.*
- GERMINAL ¡Juan, la guitarra!
- Pero Juan, claro, no le presta atención. Su nuevo papel de profesor de danzas nativas, lo absorbe por completo.*
- GERMINAL ¡¡La guitarra, Juan!!
- BAIROLETTO ¿Qué quiere, Germinal, eh? ¡Y por favor, la guitarra no! A ver, Dolores, un pasito más, y otro, así... sí, señora.
- SANTA DOLORES ¿Así?
- GERMINAL ¡La guitarra no está, Juan!
- BAIROLETTO ¡Qué milagro!
- SANTA DOLORES ¡No blasfeme, Juan Bautista! ¿Y, ahora, cómo era...?
- BAIROLETTO Permítame. Déjeme que la conduzca. Un medio giro por aquí...
- SANTA DOLORES No me sale bien. ¿Cómo es...?
- BAIROLETTO Dolores. ¿Sabe? Si yo tuviese a Santa Fe, con gusto la llevaría a dar una vuelta por las bardas, para que vea sus flores sencillas de primavera...

Regresa, ahora, feroz, sin piedad, el griterío agónico y, con él, Doble Faz. En ese mismo instante santa Dolores desaparece como por encanto.

DOBLE FAZ ¡Quietos! ¡Están rodeados!

GERMINAL ¡Le dije, Juan!

BAIROLETTO ¿Me dijo qué? ¡Yo estaba dormido: soñaba!

DOBLE FAZ Quietos, ahí. ¡Ni un solo movimiento! ¡Están detenidos!

BAIROLETTO ¿Quién lo dice?

GERMINAL Devuelvan mi guitarra. ¡Me la robó!

DOBLE FAZ ¡Incautada, la deuda ya es peligro! ¡Y ahora van a tener que explicar qué son estos panfletos revolucionarios! ¡Los tenemos identificados! ¡Ustedes son los mismos que liberaron al anarquista Chiappa!

GERMINAL ¡Mi instrumento! ¡Entréguelo, ladrón!

Doble Faz gira

DOBLE FAZ Ésa es materia opinable. Estamos construyendo, en sus tramos finales, la fundición, faltan detalles. Hay prioridades. Hay que terminar con el desempleo, ¿o no? Que no haya ningún desocupado. Y para ello utilizamos libros, instrumentos musicales, calzones de payaso, óleos y pinceles para fumigar: lo fundimos con clorhidrato de chantaje a trescientos grados y, de esta manera, producimos un ligero barniz de censura que, a los pocos días, produce una tenue capa de autocensura. Y así, sin que nadie se dé cuenta, el miedo canta la canción de la obediencia. La fundición está por encima de los intereses sectoriales, sépanlo, vela por el interés general. ¿Y cuál es, si no ésta, la misma concepción de hacer política: el «interés» y el «general»?... *(Abstraído en su discurso, no se ha percatado que Juan y Germinal han logrado escabullirse llevándose los volantes).*

... ¡son éstos, sí señores, los dos parámetros de mi acción de gobierno, una vez que acabemos de raíz con este verdadero flagelo nacional!

¡Guardias! ¿Qué hacen, estúpidos? ¿no ven que se escapan? ¡Quedan magnetizados por la calidad de mi palabra oratoria y olvidan su obligación! ¡Al ataque, quiero a esos criminales!

Doble Faz se va. Vuelven los dos amigos, sigilosamente, lanzan al aire algunos volantes. Desaparecen. Regresa Doble Faz.

DOBLE FAZ Atención: dos insurgentes quieren liberar a Gregorio Alegoría. ¡La partida, guardia! ¡¡Tomar posiciones!!

Doble Faz se aleja. Regresan Germinal y Juan Bautista. Germinal, con una enorme cantidad de panfletos. Le entrega una parte a su compañero y los dos los lanzan al aire. Se van. Regresan al instante.

BAIROLETTO Escúcheme, Germinal, ¿quería preguntarle: cómo hizo para multiplicar así los volantes, dígame?!

GERMINAL Ah, es un misterio.

Entre papелitos que caen en todas direcciones los dos amigos desaparecen nuevamente. Llega Doble Faz, va dando un giro tras otro.

DOBLE FAZ ¡Buenas noticias! ¡Atrapamos al anarquista Chiappa cruzando el Río Negro! ¡Éstos ahora, ya están muertos!
¡¡Listos, preparados, apunten!!

*Doble Faz desaparece. Llega Santa Fe, al trotecito. Toma con una de sus patas uno de los volantes. Lo lee y se va como vino, no sin antes dar un relincho que vaya a saber qué quiere decir, tan complicado es el lenguaje equino.
Regresa ahora Doble Faz.*

DOBLE FAZ Interrumpimos la transmisión para integrar la Cadena de Radiodifusión. A continuación hará uso de la palabra Doble Faz. ¡Segundo Plan Nacional de Empleo, al alcance de todos!

¡Primer programa!

¡Tres días de trabajo en hilandería, con provisión de mameluco y gorrito con identificación, siete horas diarias, más mate cocido y una galletita dulce santiagueña!

¡Usted tan sólo entrega un riñón y, como siempre, se lo extirpamos gratis!

¡Va el segundo programa!

¡Cinco días de trabajo en oficinas públicas, con provisión de expedientes, permiso para uso de dos sellos y una firma autorizada, tarjeta para marcar entrada y salida, más té con dos rebanadas de pan y treinta y cinco horas en total!

Y usted está entregando su riñón nada más que una córnea: ¿qué me dice? ¡Y como atención de la fundición le estamos dando un plan en quince plazos para pagar su anestesia local!

Y sí, ¡seguimos con el tercer programa!

¡Una semana completa en campo del sur cordobés, como peón de tambo, con vaca incluida, balde, banquito copetón de cuatro

patas, nata de leche autenticada por bromatología de la fundición, reloj despertador y alpargatas, más servicio completo de rodaja de pan casero más tres papitas, con sesenta horitas para disfrutar de los mosquitos!

¡Por nada más, garantizado, que su riñón, dos córneas y páncreas, y después me lo cuenta!

¿Y quién quiere perderse en este plan, el cuarto programa, pensado, en primer lugar para la mujer? ¡Programa para elegidos! ¡De lujo!

Un mes de trabajo completo: siete horas diarias, de lunes a viernes, cuatro horas por la mañana los días sábados y descanso dominical pago, sí, oyó bien, pago desde las cero horas hasta las 24 inclusive, como dependiente de tienda elegante, con caja registradora, papelitos brillantes para hacer paquetitos de regalo, banquito tapizado de tres patas, delantal rosado y moño floral, con diez minutos para merienda, limonada o naranjina a elección, con tres galletitas semidulces. ¡Todo, con su correspondiente recibo de sueldo con las más modernas conquistas: descuentos para jubilación, mutual, presentismo y premio estímulo más refrigerio! ¿Eh, qué me cuenta?

¡Y usted está entregando nada más que su hijo, aceptamos hasta tres añitos y bebé recién nacido va con una semana suplementaria! Porque el país sigue exportando...

Doble Faz desaparece.

Se oye ahora la voz de Gregorio Alegoría.

G. ALEGORIA “No hay proa que ataje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados...”

Llegan Bairoletto y Germinal, rodeando sigilosos el encierro del imprentero.

BAIROLETTO ¡Ahí está!

G. ALEGORIA “... los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos...”

BAIROLETTO ¡Eh, Gregorio!

G. ALEGORIA “... los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, si no quieren que los llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano...”

BAIROLETTO ¡Vigile aquí, Germinal: yo voy a liberarlo! (*Armas en mano, Bairoletto desaparece*).

G. ALEGORIA "... los árboles se han de poner de pie..."

Germinal reconoce esas palabras y las repite.

GERMINAL ¡Eso me lo enseñaba en la escuela la señorita Aurelia! Lo escribió José Martí: «...de pie, para que no pase el gigante de las siete leguas. Es la hora del recuento y de la marcha unida y hemos de andar en cuatro apretado, como la plata en las raíces de los Andes...»

Se oye en este instante el vocerío que precede la llegada de Doble Faz.

DOBLE FAZ Las doce han dado y sereno... (*Llegando, hace sonar su beatífica campanita*).

GERMINAL ¡Entrégueme mi pala!

Doble Faz muestra ahora una guadaña.

DOBLE FAZ ¡Aquí está! ¡La fundición todo lo puede, Germinal!

GERMINAL ¡Ésa no es, no!

Germinal se avalanza sobre Doble Faz que trastabilla, pero inmediatamente hace un doble giro. Germinal cae, herido de muerte. Su grito es atrapado por el eco del vocerío. Doble Faz se acerca, gira, y vuelve a hacer sonar la campanita..

DOBLE FAZ ¡Qué pérdida, eh! ¿Cómo pueden suceder cosas así? Una vida por delante, una deuda por detrás. (*Hace sonar la campanita y gira*).

¡Vamos a ordenar una investigación! (*Gira*).

¡Todo lo que esté a nuestro alcance!

Llega Bairoletto disparado por la alegría. Antes de desaparecer, Doble Faz le dice:

DOBLE FAZ ¡Mis condolencias! ¡No queda gente como él, ya!

Pero Juan no lo puede escuchar, ya está al lado de su amigo.

BAIROLETTO ¡Gregorio Alegoría está libre! ¡Germinal, Gregorio está reparando su imprenta!

Germinal...

En un hilo de voz Germinal le responde:

GERMINAL Hágame un favor, Juan.

BAIROLETTO Lo que me pida.

GERMINAL Cuando Gregorio Alegoría haya terminado de arreglar la imprenta...

- BAIROLETTO Sí, dígame...
- GERMINAL Entréguele mis poemas, ¿quiere? En una de éstas los publica, ¿no es cierto?
Otra cosa.
- BAIROLETTO Sí.
- GERMINAL Cuando llegue al valle del País de las Manzanas...
- BAIROLETTO Tranquilo, no se agite... lo que usted me diga...
- GERMINAL Mándele un kilo a la señorita Aurelia para el recreo.
Otra cosa más.
Usted quería saber cómo hice del lapicito dos lápices; del envoltorio de papel un montón de volantes, ¿eh?
- BAIROLETTO Sí, la verdad, porque...
- GERMINAL Venga, venga... *(Le hace señas para que se acerque y algo le dice al oído).*
Bairoletto se sonríe maravillado luego de conocer semejante secreto.
- BAIROLETTO ¿Quién lo iba a decir?, pero, fíjese un poco...
Germinal acaba de morir.
- BAIROLETTO ¿Germinal? ¿Germinal? ¿Y el camino para tu chacra, qué? Ni tiempo me has dado para contarte cómo es ese biógrafo, en Chos Malal. Quería ir, pero ya no se puede. Me queda el tiempo para recuperar tu tierra, tus instrumentos de labranza. Y enterrarte. Y no dejar, eso sí, que sean las lágrimas, las que te lleven para el Sur. *(Comienza a abrir una tumba).*
Así están las cosas. A la pena hay que hacerla sueño y a la desdicha, pelea. Y entonces, ¿la vida qué es, me querés decir? Siempre les desconfié a los sermones del púlpito y la tribuna, vos ya me conocés. Porque no es el viento lo que se lleva las palabras. Ésa es una gran mentira. No hay palabras vanas, no. Y los que sostienen que por un lado hay hechos y por el otro palabras, no lo dicen todo. Lo que hay, es la razón y el miedo. Y la vida no es otra cosa que esa elección: el miedo por perder, sea lo que fuere, es el poder o el negocio; la razón, es darte lo que tengo, porque la soledad es tan grande que alcanza para todos.
Llega Doble Faz.
- DOBLE FAZ ¡Está rodeado, Bairoletto!
Bairoletto, con infinita paciencia, deja su tarea.

BAIROLETTO ¡Otra vez...!

DOBLE FAZ ¡La última, antes del fusilamiento, pistolero apátrida!
Pero, mirá, soy generoso: voy a dejarte asistir a la inauguración oficial de la fundición. Mirá, ¿ves, ese humo, allá? Humo, nada más. Ya nadie se queja, basta de lamentos. Se hace ingresar a los desocupados, se les promete una rebanada de pan con manteca y mientras la esperan se expande el gas, lindo gas con olor a apetito. Ya no quedan desocupados, Bairoletto. El último sos vos: grandes soluciones para grandes obras.

Bairoletto busca sus armas, pero no las encuentra.

DOBLE FAZ ¿Qué busca, delincuente? ¿Su máuser, su winchester? Por favor, dialoguemos, mejor: con el diálogo es como la gente civilizada se entiende, ¿verdad?

Gira y, cuando lo hace, ya Doble Faz está apuntando a Juan con sus propias armas.

DOBLE FAZ ¡Paz en la tierra y entre los hombres de buena voluntad!

Veloz, Bairoletto saca su facón.

BAIROLETTO ¡No pregunto cuántos son, sino que vayan saliendo!

Antes de que Doble Faz pueda reaccionar, Juan Bautista está sobre él y le clava el puñal. Doble Faz gira como un trompo enloquecido y así va alejándose.

DOBLE FAZ Por aquí, por favor, vayan acomodándose, que el acto va a comenzar...
(*Gira*).

... representantes de negociados importados, síndicos, senadores vitalicios... (*Gira*).

... directores de emporios y garitos, soplones y entregadores...
(*Gira*).

... hoy, ciudadanos, dejamos inaugurada esta obra, fruto y culminación de nuestra gestión de gobierno... (*Gira*).

... ¿quién corta las cintas? (*Gira*).

¡¿Las cintas, quién las corta?! (*Gira*).

¡¡¿Las corta quién a las cintas?!!

Doble Faz ha desaparecido.

BAIROLETTO Gregorio y ustedes, los paisanos del carpintero Chiappa: a la fundición, esta misma noche, le metemos dinamita.

Bairoletto, cosa rara en él, se acicala un poco: ahí lo vemos peinándose, atándose un pañuelito pintón al cuello y hasta

queriendo sacar lustre a las botas. Y si se oye bien, casi uno diría, que algo silba, el hombre. Y no es para menos, créanme, porque la que aparece ahí hecha una novia no es otra que santa Dolores.

SANTA DOLORES Juan...

BAIROLETTO Dolores..

SANTA DOLORES Juan, yo...

BAIROLETTO Sshh... no diga nada, mi reina. Nunca se lo manifesté, pero usted es muy linda, Dolores.

SANTA DOLORES Cállese, adulator..

BAIROLETTO Este... ¿no tenemos música, hoy?

También la virgencita mira hacia el cielo, pero del cielo música no viene.

BAIROLETTO ¿Y?

SANTA DOLORES No sé. No sé qué pasa, es inexplicable.

BAIROLETTO La verdad que sí, porque las otras veces...

Quien llega ahora, dándose un porrazo formidable, es un ángel, que es, nadie más ni nadie menos que Germinal empuñando su guitarra...

GERMINAL Con permiso. Cuando quieran...

Y así, Germinal temple las cuerdas de su guitarra y la pareja, feliz y enamorada, comienza a bailar.

Una explosión descomunal, momentos después, seguida del más profundo silencio y oscuridad se prolonga unos segundos, luego de escuchar muy lejos algunos gritos y sirenas. Santa Dolores y Germinal han desaparecido. Sólo se oye ahora el sonido producido por una pala, con la que se trabaja vigorosamente.

BAIROLETTO Recuperé su campo, Germinal. Y su pala. Mire, vea el surco. Tierra buena, la suya. Bien regada y generosa. Claro que, ¿cómo explico yo esta cosecha que tuve? Haciendo eso que usted me enseñó, ¿eh? ¿Y qué quiere que le diga al vecindario? «¿Cómo logró semejante tamaño?» ¿Eh? ¿Qué tengo que decir? ¿Lo que usted me contestaba a mí? «Ah, es un misterio». Mire, fíjese un poco... *(Y muestra un zapallo gigante y tubérculos de proporciones francamente milagrosas).*

¿De tan grandes, ni un premio de exposición les cabe! *(Retoma el trabajo).*

Llega Doble Faz.

DOBLE FAZ Espacio. Eso. Que no se escape, ¿y es que no va a escapar?

BAIROLETTO ¿Quién anda ahí?

Algún pajarraco distraído buscando semilla, debe ser... (*Retoma su labor. Se detiene nuevamente, con precaución busca su arma.*)

¿Será?

DOBLE FAZ ¿Así es, asesino, soy yo! (*Gira.*)

¡Hierba mala nunca muere!

Y una balacera cruel termina con la vida de Juan Bautista Bairoletto. Doble Faz ha desaparecido. Llega momentos después Santa Fe, dejando caer un relincho manso. Se acerca al cadáver y lo hociquea con afecto.

Bairoletto se levanta, desde la muerte, y se va con su amigo. Un instante después se oye un galope y el relincho de Santa Fe.

Llega santa Dolores. Trae en sus brazos un niño recién nacido que llora que es un contento. Y podría jurarse que si alguien lo viera de cerca lo encontraría parecido a Juan Bautista.

SANTA DOLORES Ni un milagro hace que esté un rato tranquilo en casa. Llega, le hace unas morisquetas al nene, se toma unos mates y de nuevo al camino, a perseguir políticos estafadores. Él y Gregorio. Dos locos. Y yo, por supuesto, sin poder moverme: santa Dolores de cintura me llamo, de tanto lavar pañales. Bueno, hijo, ¡ya le di el pecho hace cinco minutos! ¿Quiere más? ¡¿Y tu padre, decíme, no se puede encargar un rato?! Todos iguales, los hombres. Y eso que una vez me hizo una promesa: que me iba a sacar a dar una vuelta en Santa Fe. Ah, las promesas. Pero es que tiene mucho trabajo: ahora andan yo no sé, abriendo más imprentas. El otro día editaron el libro de Germinal, pero parece que mucho no se vende, así que deben aprenderlo de memoria los políticos, presos por mentirosos: están en prisión, obligados a levantar con los escombros de la fundición una escuela de Bellas Artes. Ya va, nene, ya te doy de comer, ya... Es insaciable este chico, no sé a quien saldrá, yo... y cuando venga grande y alto, ¿eh? Bueno, ya va, ya va, glotón; sos un glotón, hijo. Mi hijo.

Vuelve a escucharse el galope temerario de Bairoletto que dispara su máuser contra los forajidos de siempre.

FIN

*Juanchaco, Praga, Bruselas, Neuquén.
1994 - 95*

> **Bairoletto y Germinal**

Estrenada el 25 de mayo de 1996,
en el Teatro Municipal de Chos Malal,
Neuquén, Argentina.

BAIROLETTO	Gabriel Urweider
GERMINAL	Javier Santanera
DOBLE FAZ	Pablo Donato
SANTA DOLORES	Marcela Cánepa
GREGORIO ALEGORÍA (<i>en off</i>)	Daniel Vitulich
ESCENOGRAFÍA Y UTILERÍA	Fernando Genoud
MÚSICA ORIGINAL	José Luis Martínez
INTERPRETACIÓN MUSICAL	José Luis Martínez y Andrés Finzi
INGENIERO DE SONIDO	Jorge Enei
CARTELISTA	Eduardo Carnero
FOTOGRAFÍA	Laura Vega
ASISTENTE TÉCNICO	Andrés Finzi
GRÁFICA DE PROGRAMAS	David Zampini
ASISTENTE DE DIRECCIÓN	Pablo Donato
PRODUCCIÓN	Grupo de Teatro Patagónico Río Vivo teatro Las Dos Lunas
DIRECCIÓN GENERAL	José Luis Valenzuela

La piel o la vía alterna del complemento

a la mujer del libro en el subterráneo de Bruselas

> La piel o la vía alterna del complemento

“Y ustedes cortarán mi cuerpo con sus espadas y despedazarán esta carne y esos huesos en trozos pequeños como la arena. A pesar de eso, en un minuto, mi espíritu habrá regresado. Y yo habré respirado como el hombre liberado del mal.”

CHRISTOPHER MARLOWE

Acto IV, Escena III, de la «Trágica Historia del Dr. Fausto»

PERSONAJES

ANA

WALTER

Indicaciones para una puesta en escena

Debe prestarse particular atención al decorado sonoro indicado a lo largo de la obra. La hora que, en su momento, Ana indica, debe coincidir, aproximadamente, con la del transcurso de la representación.

TAL VEZ, ESA LUZ QUE SE DIFUNDE POR LA VENTANA SEMICERRADA DE ESTA HABITACIÓN SEA DEL OTOÑO.

PERO LO QUE EN VERDAD ILUMINA LAS DOS CAMAS Y EL ORDEN INHUMANO, PULCRO Y ASÉPTICO QUE LAS RODEA ES EL SONIDO REGULAR, CONSTANTE, DE LAS VOCES, LOS PASOS, LOS CHIRRIDOS, LOS TIMBRES QUE PRODUCE LA VIDA DE ESTE HOSPITAL Y QUE IMPREGNA LA ATMÓSFERA.

LLEGAN WALTER Y ANA. WALTER SE DESPLAZA CON ENORME LENTITUD. LLEVA UNOS BINOCULARES COLGADOS AL CUELLO. ANA TRAE ALGÚN ABRIGO.

EN UNA INSTITUCIÓN SEMEJANTE EXISTE LA EXPRESA RECOMENDACIÓN DE HACER SILENCIO. ¿PERO DE QUÉ ESTÁ HECHO ESE SILENCIO? ANA Y WALTER LO SABEN, ESE ÁMBITO LES ES ABSOLUTAMENTE FAMILIAR. LO RECORREN, LO RECONOCEN: WALTER, ENTONCES, VA HACIA LA VENTANA.

ANA No, No. Quedáte donde estás.

WALTER Voy a abrir.

ANA Ahora, no.

WALTER Ahora.

ANA Esperás.

WALTER No espero. Abro.

ANA Dejá.
Así. Un poquito.

WALTER Toda.

ANA Toda no.
Y te sentás ah.

WALTER Toda, dije.

ANA En la silla esa. Ésa, sin el respaldo.

WALTER Vos no querés abrimme la ventana. (*Quiere avanzar*).

ANA Te quedás ahí.
¿Así, te gusta?

WALTER Abierta hasta arriba. (*Se sienta*).
Es cómodo.

ANA Bueno. Ya te lo dijeron. Así sí podés.
Vení que te ayudo. Ahora sacamos la ropa y te ponemos esa chaqueta que te dejaron preparada aquí. Después, a la cama y esperemos al doctor.

WALTER ¡Salí del medio! Me tapás. ¡¡La ventana!! (*Intenta levantarse, quitar a Ana del medio: casi se cae*).

ANA ¡Walter! (*Pero inmediatamente se da cuenta que no puede gritar en el lugar donde está*).

ANA ¿Qué hacés? ¿No ves que vos no podés?

WALTER Quiero la ventana bien abierta, frente a mí. Está por llegar el otoño.
Quiero ver mis bandadas cruzar el cielo hacia el río.

ANA Ya vas a tener tiempo, Walter.

WALTER ¡Creo que alguna vez ya me dijiste eso!

ANA Yo abro la ventana pero después sacamos la ropa y te metés en la cama.
Una vez más Walter busca levantarse. Lo logra.

WALTER Te digo que puedo yo solo. Salí. (*Llega a la ventana. La abre*).
Salí. Qué creés. Puedo, sí. Claro que puedo.
Ah, la persiana, sí. Pero nada más. Fijáte. Es un vidrio doble.
No se corre. Está soldado. También eso.

ANA Volvé.

WALTER Va a llover. Mirá esas nubes. Aquí adentro lo aprendí, Ana: antes de llover las nubes tienen el mismo color que la luz artificial del hospital; es así..

- ANA Ahora te acostás.
- WALTER La lluvia. (*Utiliza sus binoculares*).
¿Qué será de mis patos en el río? ¿Cómo estarán? Ah, los imagino, estiran el cuello: “Las nubes por aquí, la tormenta por allá”. Ésos son mis patos: “¿Dónde es que está Walter?”
¿Aquí estoy, aquí estoy! “¿Otra vez te llevaron, Walter?”.
- ANA Walter... va a llegar el médico.
- WALTER Ah el médico. ¿Quién es esta vez?
- ANA Vos ya sabés que no es un médico: son varios.
- WALTER Eso es un pelotón, entonces. El médico jefe, el principal, ¿quién es?
- ANA Sabes quién es.
Vamos, vení.
El Dr. Demorgongón.
- WALTER Aceptó. El gran cirujano austriaco aceptó.
- ANA Sí, y por eso ahora dejamos la ventana.
- WALTER Tenía que venir no bien llegó. Tengo que explicarle todo.
- ANA Llegó al país anoche. Nadie cría que aceptaría operarte.
- WALTER Tengo que hablar con él de inmediato. Que venga. (*Recién ahora se deja conducir por Ana*).
Antes tengo que explicarle. Que se entere por mí. ¿Dónde está?
- ANA Vi cuando llegaba al hospital. Me acerqué, sabían quién era yo, pero nadie me lo presentó. Fue cuando te llevaron al laboratorio terminando los análisis. Además, no se entiende lo que dice. Así que vos, para agradecer que vino a curarte, ya mismo dejás que te desvista y te metés en la cama.
- WALTER ¡No! ¡El saco, no!
¿Cómo es?
- ANA Quieto...
- WALTER ¿Qué le dijeron, para que venga?
¿Estaba, tal vez, una tarde, el Dr. Demorgongón, mirando por la ventana de su clínica en Viena...?
- ANA Sí Walter, pero cuidado con los brazos...
- WALTER ¿La Clínica San Sulspicio de Bremonte...?
- ANA Sí, Walter, el Dr. Demorgongón es uno de los más grandes especialistas del mundo.
Walter ahoga un quejido.

- WALTER Imaginemos por un instante la escena:
 Viena, el Dr. Demorgongón se pasea nerviosamente tratando de serenarse mirando un recodo del Danubio...
- ANA Ese brazo. ¡Walter!
- WALTER –¿Dr. Demorgongón?
 –¿Ja?
 –Dr. Demorgongón, un mensaje de tierras lejanas: Sudamérica.
 –*Geben sie mir... (El Dr. Demorgongón abre el sobre con el antiquísimo cortapapeles de hoja tan fina que al abrir el papel se retuerce como una flor...)* ¡*Get to the point...!* (Cuando los especialistas internacionales se entusiasman ¡hablan en inglés!).
- ANA ¡Quieto!
- WALTER –¿Quién es el paciente?
 –Walter. *Herr Doktor.*
 –Walter. ¿Walter ha dicho? (El sirviente contesta que sí con la cabeza).
 ¡Ese hombre sabe algo que nadie sabe...!
- ANA ¡Dejá de moverte!
- WALTER Y aquí estoy.
 Déjame. Por favor. No quiero ayuda. Yo puedo solo. No, te digo: déjame. Ana: quiero estar solo. Tengo que seguir mis estudios. Mis investigaciones. La tormenta vendrá. Cómo presiente la bandada la lluvia. ¿Te preguntaste eso alguna vez? La bandada está ahí, hace un dibujo en el río esperando la lluvia, cada pato es una línea de ese dibujo.
 ¿Pero, y el dibujo, cuál es? Es el mismo, tal vez, que uno imagina cuando ve el abrazo de las nubes en el cielo. ¿Lo sabés? (*Intenta quitarse el saco por sus propios medios. Sus dificultades son enormes.*)
- ANA Vos no podés solo. El médico dijo...
- WALTER ¿Cuál? ¿Cuál de ellos? Ya ni me acuerdo de sus nombres. Ni me acuerdo el del que me operó la primera vez.
- ANA Dr. Sebastián. (*Ayuda a Walter*).
- WALTER ¿Quién? ¿Ése quién era?
- ANA Dr. Sebastián. ¿Cómo no te vas a acordar? El oncólogo. Ahora, si te quedás un momento quieto, yo voy a poder ayudarte.
- WALTER ¿El oncólogo?
- ANA Tus hijos y yo. Esperando. Quién no respeta al Dr. Sebastián.

Nunca se olvidó de vos. Te tiene cariño. Mucho cariño:
“Señora, confíe”. No hace mucho lo encontré en la calle: “¿Qué
está comiendo su marido? Tenga fe. Ana. Tenga fe”. Es bueno
el Dr. Sebastián.

Walter vuelve a quejarse.

ANA ¿Vas, así?

WALTER ¿Cuántas horas de operación fueron? Y, después, conclusión:
“No. Esto no es cáncer”. “Pero, ustedes dijeron.” “Nosotros,
dijimos”. “¿Los estudios neurovegetativos? ¿Qué harán con eso?”
¿Una nueva operación...?”
¿Cuánto tiempo pasó?
¡¿Ana?!

ANA ¿Para qué querés saberlo?

WALTER ¡Ana, mirá! (*Sigue su descubrimiento con los binoculares.*)
¡Mirá, es extraordinario! ¿Lo ves?
Fijáte, casi lloviendo: son los patos de pechito cruzado que van
a llegar y yo aquí... allá van, allá, allá... otra vez, son ellos, el
pecho cruzado con tintas oscuras y una sonrisa en el pico,
mirálos... (*Un terrible ataque de tos.*)
Dame el libro. Ana.
¡Ana! ¡El libro!

ANA ¿El libro?

WALTER Sí. Tengo que hacer una anotación enseguida. Dámelo. ¿Dónde
está?

ANA Eh... El libro. Ahí, del otro lado, Walter. De la otra parte de la
cama. Entre mi cartera y el abrigo.

WALTER ¡Lo necesito de inmediato!

ANA Sí, por supuesto. Esperá un poquito. No te agites.

WALTER ¿Los viste?

ANA Por supuesto que los vi. Ésta va ser la última operación, Walter.
El Dr. Demorgongón es el más grande especialista en la materia.
Entonces tendrás todo el tiempo para seguir con los patos.
Un nuevo ataque de tos.

WALTER Los pechitos cruzados en el momento de tocar la superficie
inclinan la pata izquierda en ángulo de 17 grados en relación a
la pata derecha.
Lo que me falta verificar es el ángulo de los de pechito nublado.

Ana termina de sacarle el saco.

WALTER Los de pecho caramelo tienen un índice de rotación de...

La tos vuelve con un ataque terrible. Ana corre, encuentra un pañuelo. Walter lo toma con desesperación y se lo lleva a la boca.

ANA Dame.

WALTER No Dejá. Está manchado otra vez. Yo lo tiro.

ANA No importa. Estoy acostumbrada, ya. Dame. *(Se deshace del pañuelo)*. A acostarse.

WALTER Te pedí una cosa. Me lo das y después me dejás solo.

ANA Te oí. Vos te acostás. Te doy el libro, entonces.

WALTER El libro me lo das ya.

ANA En la cama. Acostado.

¿Te das cuenta? Tenés que cuidar la posición. Vos no podés estar así. Tus desplazamientos tienen que seguir regulados, no como se te antoja.

WALTER Eso te lo enseñó, quién. ¿Fue el quinto que me operó? Sí, me acuerdo, el Dr. Soudrón. ¿Soudrón, se llamaba?

—Señor Walter, la operación que vamos a realizarle es un avance enorme con respecto a las anteriores. De usted, lo que yo necesito, es su confianza. Usted también ha comprendido que el suyo es un caso extraño, desconocido. Pero estamos ahora un paso más allá en esta cirugía: hay esperanzas.

—¿Esperanzas?

—Muchas. Aunque estemos frente a un proceso de enfermedad del cual se desconoce el origen...

—¿El origen, doctor? ¿Cómo puede decir usted, cómo pueden decir los que operaron antes que usted, que desconocen el origen si yo ya les conté cómo empezó...?

¿Por qué no quieren escucharme?

ANA Los análisis dan repuestas desconocidas, Walter.

WALTER —Distinguidos colegas: los he convocado para tratar un caso inédito en los anales de la medicina. Observen estos análisis.

No puede ser. Sí, claro: el paciente está allí. Preventivamente aislado y siendo trasladado al hospital. Sí, por ahora, su mujer puede acompañarlo pero sólo por ahora. ¿Una miastenia gravis fosilizante? Es una posibilidad, pero no hay absolutamente ningún antecedente. Ninguna forma detectada hasta el presente. *(Tos, pustulencia)*.

—...Dr. Soudrón, señores médicos, déjenme que les explique, si es simple; yo sé cómo empezó. Ustedes, todos los que me llevaron de un quirófano al otro. ¡Cuántas enfermedades han desechado y no quieren entenderme!

—Sr. Walter, sería conveniente que su esposa no lo acompañe más. Aislamiento total.

¿Ana?

ANA Estoy aquí. A tu lado.

Y quedáte quieto. No hablé, que vuelve la saliva.

Walter vuelve a descubrir algo en la ventana. Toma sus binoculares.

WALTER Una bandadita de patos del torrente. No puede ser. Sí puede ser: dejan detrás la tormenta. Ana, es maravilloso. ¿Te das cuenta lo que significa? Vos leíste lo que yo tengo anotado: los patos del torrente o patos tortuga o patos correntinos, en vías de extinción. Y mirálos, en sus ojos que casi se cierran tienen guardada la forma de una laguna.

ANA ¡No te muevas!

WALTER ¡Enseguida, el libro! ¡Todavía tengo que anotar!

ANA El libro después. Primero, los zapatos.

WALTER Que me cambien de habitación, no es posible seguir aquí. Necesito una con ventana que pueda abrirse.

ANA Eso no se puede. Vos lo sabés. Separación, aislamiento. Contacto mínimo.

WALTER Patos del torrente... ¿por qué en vías de extinción? Ellos no pueden saber dónde está esa laguna. Cuando la especie se reduce, las defensas se limitan. Poco a poco. La orientación forma un agujerito negro en la trama córnea y las celdillas de aire hacen drum, drum... ¿oís?

Otro ataque de tos. Otro pañuelo que Ana alcanza a Walter y que se convierte, otra vez, también, en un trapo repugnante.

ANA Tenés que hacer caso.

WALTER —¿Dr. Soudrón cuándo se va a terminar todo esto? Por qué no quieren decirme qué tengo?

—Hasta el momento, no hay respuestas.

—¿Qué va a ser de mí?

ANA Va a ser mejor que te metás en la cama. ¡Y que te calles!

WALTER —Dr. Soudrón: no me contestó.

–Vea. En el caso que sea detectada la etiología de la enfermedad...

¿La etiología? ¡Pero por qué no quieren escucharme?! ¡Si yo les dije cómo me empezó!

¿Por ahora, dice?...

¿Cuántas operaciones he pasado, ya? Perdí la cuenta, olvidé cuántas fueron, no las olvidé, tampoco: ya no soporto el dolor. Este dolor no tiene la forma ni del calmante, ni de los somníferos. ¡Por qué creen que el dolor es una moneda?! ¡Por qué no me ayudan?!

ANA Todos te están ayudando. Todos estamos enfrentando esto, Walter.

WALTER ¡No es cierto! El Dr. Demorgongón: ¡quiero hablar con él!

ANA Sí gritás viene el ataque. El Dr. Demorgongón está en una reunión previa.

Se está dejando todo preparado...

WALTER Si va a escucharme. ¡Él va a entender! Dame el libro, Ana. Lo necesito. Además, debo agregar unas notas sobre lo del pechito en tornasol en los patos gargantillas...

ANA Primero te quedás quieto, así, para poder quitar los pantalones.

WALTER O me lo das o te vas. ¡No te necesito!

ANA Antes, los pantalones.

WALTER ¿Cuánto falta?

ANA Poco.

Por el pasillo, cuando te traían, vos no te diste cuenta, pasaba el Dr. Ponfil.

WALTER ¿Qué quería? ¿Ése, qué número de operación era: once?

ANA Me saludó.

WALTER Muy amable. ¿Qué más? ¿Qué dijo?

ANA Estaba apurado.

WALTER Todo lo que alcancé a decirle, me acuerdo, antes de entrar al quirófano fue: ¿Dr. Ponfil, me deja explicarle cómo me empezó? Y él sonrió.

Nunca he podido olvidar su sonrisa. Era como si te dijeran: “No sea energúmeno, ¿qué me puede explicar usted?”. Y quise decirle, pero la anestesia vino de golpe. “¿Ésta será la última operación, doctor?”. Creo que me entendió, porque con esa sonrisa colgada del labio inferior, como un aviso de venta, estaba

diciendo: “Hemos descubierto lo que tiene. ¡La ciencia gana otra vez la batalla!”.

Y miráme.

ANA Pero se ha seguido estudiando, Walter. Tu caso es único. Los investigadores no dejaron un solo día de trabajar para vos.

WALTER No. No trabajan para mí.

Ana casi termina de quitarle los pantalones.

ANA Ya está.

WALTER Ahora dame el libro.

ANA La camisa.

WALTER Yo solo.

ANA Sí, sí, vos podrás solo; pero soy tu esposa, estoy aquí. Te ayudo.

Un nuevo ataque de tos. La pustulencia mancha a Ana.

WALTER ¿Te han dicho si ya estás contagiada, eh?

ANA Yo estoy bien. No importa. ¿Podés escucharme? Yo estoy bien, normal.

No tengo nada.

Walter de un paso hacia Ana, busca su espalda, tratando de reconocer algo.

Al instante Ana se separa de él.

ANA No tengo nada, te digo. Estoy como siempre.

WALTER ¿Quién puede saberlo? ¿Quién? Nadie.

ANA Walter. Yo también pasé por los laboratorios, las interconsultas, los tribunales médicos. Tampoco me acuerdo desde hace cuánto que me hacen pruebas de todo tipo. Estoy bien. No tengo absolutamente nada.

WALTER ¿Qué saben ellos? ¿Cuándo vienen?

ANA Ya. Casi están llegando.

WALTER ¿Y el Dr. Demorgongón?

ANA Está llegando. Está saliendo del área quirúrgica. Los preparativos terminaron. Viene para aquí.

WALTER ¿Oís?

ANA ¿Eh?

WALTER ¡Mirá! (*Retoma sus binoculares*).

No me equivocaba. El llamado del pato gargantilla. ¿Escuchás? Es la advertencia ante la tormenta. Nadie puede comprenderlo

y, sin embargo, los patos buscan su orientación atravesando la canción de los truenos.

¿Qué pasaría si yo te dijera que el pato gargantilla tiene una variedad no anotada de cuello a puntitos color sandía?

ANA Te creería, pero dejé de caminar, porque si no no puedo con los pantalones.

WALTER El libro.

ANA El libro, sí. Tus pantalones los pongo por acá. Sigamos: la camisa. Te dije la camisa.

Ana busca quitarle la camisa pero le es imposible; cuando mueve los brazos emite quejidos, su dolor aumenta.

ANA Despacio. Despacio.

WALTER No puedo, Ana.

ANA La cortamos, mejor.

WALTER No. Cortarla, no.

ANA Pido ayuda. Walter, ¿me estás escuchando, por favor? ¿Cuánto más voy a estar siguiéndote con la ropa? Quiero que me escuches bien. Que me prestes mucha atención. No estamos jugando. Yo no estoy jugando. Estoy aquí, peleando por vos cada segundo. Tampoco yo sé hace cuánto. Vos no colaborarás, entonces todo es más lento. ¿Me estás escuchando?

WALTER Pemanentemente. ¿Estás cansada? ¿Eh? ¿Ves? ¿Comprendés ahora? Es un silencio parecido al tuyo. El tipo de comunicación con el que la bandada pequeñita de los patos del torrente se preguntan unos a otros por qué van perdiendo la necesidad del aliento.

ANA ¿Pido ayuda, entonces?

WALTER ¿A cuál de los doctores?

No. Dejá. Me acuesto así.

ANA Ellos dijeron: “La chaqueta”.

WALTER Y yo digo: “Mi camisa”. Ya sé lo que te dijeron. En cada operación se repite la misma cosa. También lo sé.

Dejáme la camisa. Esto ya no lo resisto, Ana.

ANA Es la última operación, vas a ver. ¡El Dr. Demorgongón vino, finalmente! Él y no otro, Walter. ¿Entendés lo que eso significa? La más grande autoridad aceptó operarte. Dicen que es el más grande, el más importante renovador de la ciencia médica y lo

más grande que hay en cirugía. Y llega de Viena, Walter. Cruza el océano.

WALTER ¡Dejáme! ¡No! ¡Mis binoculares conmigo! Mirá.

ANA ¿Qué? No veo nada.

WALTER Ana. Por favor. Todos estos años enseñándote y vos no ves nada. Ahí, digo, en ese claro de la tormenta que desaparece en la lejanía: un ánade, una tropillita de ánades con las puntas de sus alas ennegrecidas...

ANA ¿Dónde?

Walter le señala que mire por los binoculares.

ANA No veo nada.

WALTER Mirá que me he preocupado. Todos son testigos. Pero cuando no hay interés, cuando no se pone un poco de voluntad, ¡cómo llegar así a conocer un solo pato, mujer!

ANA No. Te vas a agitar. A mí me gustan los patos.

WALTER ¡No! *(Está por meterse en la cama).*

Ahora, hacéme el favor, alcanzáme el libro.

ANA Walter, ¡mirá!: la ventana, esa bandada. ¡Cuántos patos, Walter...! ¡Qué hermoso!

WALTER ¿Qué estás diciendo? Ésos no son patos: éstos son bobolinks. ¡Por favor, que ni siquiera aprendiste la diferencia entre un pato y un bobolink!

ANA Yo no sabía...

WALTER El libro. *(Un nuevo ataque de tos).*

¡El libro! ¿Qué pasa? ¡Dámelo! ¡Dámelo!

ANA Walter, por favor..

WALTER ¿Y?

ANA ¡No lo tengo!

La tos continúa y se agrava. Walter, ya sin pañuelos, se limpia con las manos.

WALTER ¿Cómo?

ANA No lo tengo. No está aquí: ¿Me estás oyendo?

WALTER Sí. Todavía puedo oír, sí... sí, te escucho.

ANA Quedó en el laboratorio, creo. Estoy segura. Eso es. Está en el laboratorio. Fue cuando dejaste la sala de observación, pasamos a la primera sala de atención intensiva. Y ya me acuerdo, Walter,

me acuerdo que cuando te trasladaban vos lo llevabas en la falda, así, y cuando los camilleros dejaron el ascensor todavía estaba allí y luego comenzaron con los estudios, esas siete horas de análisis y muestreos y después, otra vez los camilleros, el ascensor, primera sala de atención intensiva; ahí ya no tenías el libro, pero estabas adormecido por las drogas; en la sala de observación, fue ahí, yo me di cuenta, justamente. Lo has debido olvidar en el laboratorio. Y después aquí, Walter. Pero yo estoy segura, segura, que el libro está en el laboratorio...

WALTER Andáte.

ANA Walter...

WALTER Andáte, dije.

ANA Recién pensaba ir después. Enseguida. Cuando llegue el Dr. Demorgongón, aprovechar justo ese momento...

WALTER ¡No quiero verte! Te estoy hablando. ¿De qué hablamos vos y yo, de qué?! ¿Cómo nos comunicamos? ¿Cómo?
¿Para qué? ¡Fuera...!! No te necesito, ya. Nunca te necesité.
¡Fuera! Ya no puedo más. ¡No te quiero ver nunca más...!!

ANA No es nada, Walter, escucháme: el libro está en el laboratorio.

WALTER Te vas.

Ana busca su abrigo, su cartera. Comienza a irse, toma el picaporte, va a abrir la puerta:

WALTER No te vayas. Ana. Vení. No me dejes. Ana.

Ana retrocede, retoma su marcha para regresar. Ya va a dejar sus pertenencias donde estaban.

WALTER ¿Ana? Quiero coger.

Ana retoma su abrigo y su cartera con rapidez. Nuevamente va a irse pero un nuevo y feroz ataque de tos, terrible y prolongado, la detiene, la hace desistir.

WALTER Ya pasó. Estoy bien. ¿Ana? Quiero coger.

Ana.

ANA Walter, no.

WALTER ¿Cuántas operaciones me han hecho, ya?

ANA Pero el Dr. Demorgongón vino...

WALTER ¿Entonces? ¿Perderé también la capacidad de hacer el amor?
¿Cuándo dejaré de moverme para siempre? No quiero que me operen, Ana. Ana.

- ANA Tengo miedo. Yo también tengo miedo.
¿Quiénes somos? ¿En qué nos hemos convertido?
- WALTER Yo, ¿en qué me he convertido?
- ANA Vos y yo.
¿Cuándo, en nuestra vida, podíamos imaginar esto? ¿Quién es capaz de imaginar esto? ¿Por qué, yo?
- WALTER ¿Por qué vos? ¿Por qué yo?
- ANA Porque nadie sabe nada, ningún médico.
Ahora, este Demorgongón y sus mapas genéticos.
Y en un momento te miran a vos, pero me miran a mí, con piedad. Y este lugar, los hospitales, el encierro, el aislamiento, son míos también: lo que se estudia, lo que ellos razonan, buscan, se convierte en un gusano, lento, que deja su baba, pegajosa, vos la tocás, vos la ves, pero ya no te podés mover, tampoco; te quedan los ojos, los míos.
El Dr. Demorgongón tiene ojos, pero son otros. Tienen vetas de acero; le vi las manos: finas, precisas.
¿Por qué no se empezó con él? ¿Por qué no se lo buscó primero a él, el que más sabe, el que ha estudiado más, el mejor? Movés los ojos, mirás a tu alrededor...
- WALTER Ana.
- ANA ¿El tiempo que pasó? Qué se yo.
Me acerqué, pero nadie me lo presentó. En ese momento me acordé de las tres palabras en alemán que aprendí de aquel enamorado del trabajo; me acerqué muy despacio; entonces las preparé, las preparé como un idioma, para hablarle; tres palabras dichas en una combinación tal que dijese: “Dr. Demorgongón, Dr. Demorgongón, no los escuche a ellos; ellos lo operaron y les fue mal. Escúcheme a mí, soy Ana, esposa de Walter. Necesito una palabra suya, deje esos médicos, déjelos y míreme...”
- WALTER Ana, el Dr. Demorgongón va a venir...
- ANA ... ¿por qué?... ¿qué es esta enfermedad, qué va a ser de nosotros? Usted, que llega de tan lejos, que ha aceptado curar a mi esposo, sepa que Walter debe estar bien, ponerse bien, debe sanar, debe volver a casa...”
Tres palabras para hacer un idioma, tres palabras que me sirvan para que me escuche... *ich liebe dich*.
- WALTER ¿*Ich liebe dich*?

ANA Y yo me acerqué, miraba a los médicos, ellos querían ignorarme. Se esforzaron en llevárselo a otra parte del laboratorio. Fui detrás y, antes de entrar en la zona de aislamiento de radiactividad, me acerqué muy cerca... pude decir...

WALTER *Ich liebe dich.*

ANA ¿Me escuchó? Walter. Yo quería que me prestara atención. Que con ese sonido se diese cuenta que allí había alguien que tenía algo urgente que decirle. Pero, no lo sé; giró la cabeza, una fracción de segundo: sus ojos de metal sólo un segundo vieron quién les hablaba: “¡Doctor...!”.

WALTER Ana, Ana. Pero, ¿cómo? ¿*Ich liebe dich*? *Ich liebe dich* quiere decir, pato blanco siberiano...

ANA Y la ventanita de la puerta de vaivén quedó así, tiritando, con el vidrio de humo.

—¿Puedo hablar con el Dr. Demorgongón?

—Por favor, retírese. ¡No se puede estar aquí!

WALTER ¿Quién te dijo eso?

ANA No sé. Una mujer de blanco, que entraba o salía. No sé.

WALTER Ana. Vení. Tu pelo. Salpicado.

ANA ¿Mi pelo? Es como si siempre hubiésemos vivido aquí, ¿no? Todo se hace nada: los meses, o los días. Es como la tormenta que viene, escuchá: las lluvias del otoño, acompañarse el uno al otro, igual que se forma esa tormenta que nunca va a desatarse; una espera. Espera. El pelo crece, las uñas de los pies se te deforman, los nudos de la artritis, y la mañana te cambia cada día el corazón por una canción triste. ¿Dónde estoy?

WALTER Ana. Vamos. Vení.

ANA Después que esto termine quisiera viajar. Quisiera que hiciéramos un viaje. Un lugar por donde salir. Dejar esto. Dejar y salir.

WALTER Ana. ¿Te acordás? Las dunas.

ANA ¿Cuántos años, ya? ¿Veintiocho? Veintiocho años que estamos casados. ¿Cuántas veces volvimos ahí? Las dunas. Tres. Tres, en veintiocho años. El amor se hace por ciclos y los ciclos son largos según llegue el viento.

Nunca se sabe cuándo llega. Creés que mientras dura aprendés que tenés a alguien, que tenés tus hijos, que tenés una miserable cosa. Pero una mañana te encontrás con tus hijos escapándose porque la luna llena es una mentira ahí colgada mientras vos

les cuidás el sueño. ¿Y qué te ha quedado? Quisiera hacer un viaje. Un viaje largo, donde nadie me conozca y alguien venga y me diga: “Ana, ¿qué día es ese que empezaste a vivir?”. Y yo me mire las manos y las muestre y entreabra la boca y sin decir palabra pueda mostrar todos mis dientes.

¿Cómo se aprende a respirar? ¿Alguna vez te preguntaste cómo se aprende a respirar? Los patos te lo dijeron. A mí, nadie. Lo supe con los sueños. Lo supe viendo cuando dormís porque tu ceja derecha contra la almohada en la oscuridad se parece a una araña estirándose las patas.

Siempre pensé eso. Pero, no. Cuando vos caminás, salís y vas al trabajo es como si estuvieras en el fondo del mar. Respirás, respirás siempre porque así podés ir escondiéndote, porque nadie habla, sólo se respira; lo único que hay para cambiar con el otro es la respiración; las palabras, eso que se dice, es la manera en que se interrumpe la conversación; respiro, vos respirás, así te escucho. Yo le quise hablar al Dr. Demorgongón; tenía esas tres palabras. ¿Habrá escuchado cómo respiro, Walter?

WALTER Acercáte.

ANA ¿Qué encontraron ahora los análisis?

WALTER Dale.

ANA Van a venir.

WALTER Sí. Y mientras...

ANA No. Mientras, no.

Me voy a quedar acá. (*Va hacia la ventana*).

Te espero acá. Después nos vamos. Después salimos. ¿Quiénes son aquéllos? ¿Los conocés? No. ¿Te fijaste bien? No sé. Tal vez. ¿Cómo se llaman? ¿Cuándo se conocieron? Parece que recién. No puede ser. Una coincidencia, tal vez? “¿Adónde van... ustedes... ahí?”.

Pronto va a llover. Una viaja y llueve; una viaja y llueve y tiene delante suyo un cristal en el que se hacen dibujos, los dibujos cambian el perfil de tu cara, los pómulos, las cejas, las curvas de la frente; y detrás de ese cristal todo pasa rápidamente, casi enseguida, de modo que para que las cosas, las cosas pequeñas con las que convivimos, alguien, eso, se detenga, una tiene que olvidarse de qué nombre tienen.

—¿De dónde venís, Ana?

—¿Yo? No sé.

—¡Venis del trabajo! ¿Y quién te espera! ¡¿Quién te espera cuando llegás, entrás, quién está adentro?!

—No sé.

—¿Cómo que no sabés?

WALTER Soy yo.

ANA —... ¿Cómo que no sabés?

—¿Qué es lo que tiene, Walter?

—Walter no está aquí.

—¿No está?

—No.

WALTER ¡Ana!

ANA Una camina, va por la playa. Lejos, separados el uno del otro.

—¡No vayas tan rápido, me hundo!

—¡Dame la mano, Ana!

—¡No puedo seguirte!

Las luces, ésas, se alargan en la arena, las luces están húmedas y en la lengua te quedan unos granitos de arena.

...Y los labios cambian de sabor. Un sabor distinto cada vez que te busco.

¿Dónde ir, primero? ¿Dónde ir primero hasta que el agua llegue?, el agua helada que va tomando la forma de un lugar tan chico para que quepan dos, sólo dos...

Walter va incorporándose en la cama. Intenta nuevamente quitarse la camisa.

ANA ... hasta que esa forma, ¿qué es? Es un punto cálido, ¿está en vos, en mí?, un punto cálido que está por irse pero se queda, que está por irse pero permanece, pero se va, va, y me lleva, ¿quién sos? Ni lo sé, la piel te toca porque las olas muerden la playa, yo no soy una almeja, no, no soy una almeja, dejo un huequito que me deja, el huequito grita para no saber que tiene sed, los que tienen sed nunca se ahogan. Nunca.

Ana ya no dice palabra. Walter se saca la camisa y muestra su malformación, entre un quejido subhumano.

Ana y Walter se acercan, buscan encontrarse, tocarse, reconocerse sexualmente. Esa búsqueda mutua conserva, todavía, su rubor y una vergüenza mutilada por la dificultad física que en ese instante se aprende a compartir. Lentitud amorosa que se ofrecen dos viejos amigos, dos viejos conocidos.

Momentos después, aún abrazados, Ana lanza un grito de horror: una herida se ha producido en la espalda de Walter.

Ana sale de la habitación.

ANA ¡Ayúdenme! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Walter reacciona con tranquilidad, acostumbrado a curar sus heridas. Vuelve a colgarse los binoculares, reconoce el desorden a su alrededor.

WALTER Buenas noches. *(Se dirige al público).*

En toda esta cuestión, insisto, es necesario comprender cómo empezó esta historia: pareciera una pretensión excesiva de mi parte ser escuchado por los facultativos que han intervenido en mi caso. No hace mucho que me jubilé: con la jubilación llegaron épocas de mayor disponibilidad de tiempo. Es estúpido que esta posibilidad de ocio llegue a una edad como la mía, pero al parecer, y en opinión de ese santo hombre que fue Giordano Bruno, el mundo cambia para que estas cosas continúen precisamente así. *Se escuchan truenos, ante la tormenta; la lluvia está próxima.*

WALTER ¿Oyen lo que yo oigo? La lluvia. Va a llover. *(Se cerciora, desde la ventana).*

La lluvia, es. Con esta disponibilidad horaria delante mío, volví a descubrir, paseándome sin sentido por la orilla del río, del río que todos conocemos, un viejo interés por los patos. Viejo interés, digo, porque de niño, mi padre, que era cartero, me hablaba de los grandes viajes que hacían estas aves, viajes llenos de peligros, todavía más: mi padre nunca había viajado y cuando me llevaba con él a hacer el reparto me mostraba las estampillas de las cartas que iba entregando y cuando pasábamos cerca del río me explicaba su teoría. Curiosa teoría, en realidad: él sostenía que los colores que embellecían las estampillas de los países distantes estaban pegados en las alas de los patos.

Pues bien.

Llueve, ¿ya? ¿Eh?

Al jubilarme me di cuenta de que esa afición de mi padre cartero que muy probablemente él también había heredado, había sido conservada por mí, sin que yo mismo lo advirtiera. No deja de ser curioso ese recuerdo: ver los patos en las márgenes, que con un solo movimiento simétrico de sus alas y patas conseguían que en el agua se reflejase, inmóvil, la vida a su alrededor. Vuelvo a verlos después de tantos, tantos años ¿y qué descubro?: que luego de ese movimiento simétrico, los patos con un ademán casi imperceptible, enturbian el agua; todo lo que en torno se reflejaba, se mueve, también imperceptiblemente. ¿Qué había yo descubierto entre un movimiento y el otro? Es simple: había descubierto el tiempo.

Escuchen, es la lluvia.

Los patos estaban allí, en el río. Yo comencé a observarlos de nuevo, entre el agua gris del atardecer. Este pertinaz ejercicio de la observación comenzó a dar forma a un libro: *La guía de patos de la República*, grueso volumen del cual soy autor y en el que he dejado constancia de un descubrimiento que va a conmocionar a la comunidad científica internacional.

El sonido de un trueno sacude la atmósfera. Enseguida se oye la lluvia que cae, primero lentamente.

WALTER ¡Eh!

Cada tarde, sentado en el largo banco frente al río... (*Comienza a cambiar los muebles de lugar. Con ellos irá armando su banco junto al río*) ...fui componiendo una obra —es una lástima que en este momento, por esas cosas que pasan no la tenga aquí— que, juzgo aporta algunos elementos nuevos sobre el vuelo de los pájaros. (*Adquiere una imprevista agilidad en sus movimientos y desplazamientos*).

En líneas generales puede decirse que un pato es propulsado por principios idénticos a los de un aeroplano. Se largó a llover, pero no importa. (*Buscará protegerse de la lluvia que cae, cada vez con mayor intensidad; ha encontrado unas sábanas con las que cubrirse*). Otra cosa es el momento del año en el que los patos cambian de plumaje.

En mi libro encontrarán ustedes algunas anotaciones en ese sentido. Llueve con ganas, ¿eh?

Ni un solo médico, ni uno, entre los que me operaron, quisieron comprender el simple comienzo de esto. Quiero creer que la fina sensibilidad del Dr. Demorgongón, su probado criterio, su alto profesionalismo, podrán escucharme.

Estando sentado en mi banco una tarde, no era con lluvia, no, tomando mis notas, me lastimé aquí. Algún diminuto desprendimiento oxidado que sobresalía, en un banco hace mucho abandonado por los enamorados y sometido a la intemperie de la soledad, atravesó mi camisa.

Y así se hizo una pequeña herida tan pequeña que apenas unos días le habrían permitido cicatrizar por sí sola pero, no.

Miren, miren esas gotitas de lluvia en la orillita: una gota de lluvia dibuja la cuenca de cada ojo durante las travesías, aunque yo, Walter, yo, no hice travesías: voy de un hospital a otro y cada vez que dicen curar aquel dibujo que un hilo de sangre

dejó en mi espalda, esto crece.

Entonces yo me digo que todos esos instrumentos con los que me operan no sirven para nada, tienen óxido, también, óxido que los cirujanos guardan en sus guantes de goma, porque con ellos es muy difícil limpiarse las orejas.

Cuando salga de aquí y vea mi libro publicado lo primero que haré será mandar una carta al estudioso Joao Mendez Perdinho, de Manaus, autor de un memorable estudio sobre el ritual del galanteo y el despliegue del plumaje en la especie del pato avicinias. Adviertan ustedes que no he medido la repercusión que tendrá mi descubrimiento en las cátedras del mundo entero; por eso, no nos adelantemos, dejemos que sea la historia de la historia de la ornitología contemporánea quien señale quién es quien. Sepan que se trata de un descubrimiento extraordinario. (*Busca algo más que protegerse de la lluvia*).

Con esta lluvia, Ana no vuelve.

La lluvia sobre el río, ¿ven?, es como un telégrafo en tiempos de paz: escribe letras que la distancia ordena en una sola palabra, la palabra que cada uno necesita oír. (*Se protege como puede*).

Sí. Efectivamente. Es mi descubrimiento, Dr. Demorgongón. Pero no me pregunte en qué consiste: lea mi libro.

Lo que voy a decir a continuación ustedes no lo han escuchado, ustedes lo han encontrado en las páginas de un libro. El libro que yo he escrito. No quiero más testigos para mi descubrimiento. La ciencia ornitológica sostiene...

El sonido de la lluvia cesa por completo, pero Walter se interrumpe: acaba de ingresar a la habitación Ana, vestida como una enfermera.

WALTER ¡Ana!

ANA ¿Cómo dice?

WALTER Ana, ¡volviste! Mirá, yo solo pude...

ANA ¡Qué está diciendo! Yo soy la enfermera, Ana. Enfermera Ana. No, Ana.

WALTER Pero...

ANA ¡¿Qué hace usted de pie, con ese atuendo, en medio de semejante desorden...?!

WALTER Es que...

ANA ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué es todo esto?, ¡mire un poco!
¡Vamos, salga de ahí: estoy apurada!

WALTER ¿Cómo? ¿Ana? ¿Qué te pasa, Ana?

ANA ¡Enfermera, Ana! Y basta de ceremonias, ¡sáquese toda esa inmundicia y ya mismo se me pone la camisola esta!

WALTER ...Pero... es que... si yo... tengo que ir...

ANA ¿Adónde se cree que tiene que ir, dígame?! ¡Pero, por favor! ¡Usted murió en la sala de operaciones a las 22 horas, 17 minutos, 59 segundos!

WALTER ¿Yo estoy muerto?

ANA Por supuesto: usted está muerto.
Y ahora, hágame el favor, sáquese todo eso que se metió encima, rápido.

WALTER Pero. ¿Y el Dr. Demorgongón?

ANA ¡Ja, el Dr. Demorgongón! Ahí lo tiene al Dr. Demorgongón. Vaya, venga conmigo. Mire por la ventana. Venga, venga. ¿Ve? ¿Ve ese avión, allá? Allí va su doctor. Tomó el avión de incógnito, para que nadie sepa que la operación fue un fracaso. Ahí va, ahí se va el gran especialista, el gran médico cirujano de fama internacional. Él, el más grande, nada pudo hacer y después de las nueve horas de quirófano, fracasó estrepitosamente. Un papelón, una vergüenza. Mire, fíjese, fíjese...

WALTER ¡Ése no es un avión, no!
Es un pato. ¡Un pato del Danubio! Un pato que vuela entre la lluvia. Que vuela hacia el otro lado del océano, ¡envuelto en la oscuridad de la noche...!

ANA ¡Vamos, ya mismo a la cama!

WALTER Ana, ¿y mi libro?

ANA ¿Su qué? ¿Libro?

WALTER Había quedado en el laboratorio.

ANA ¿Un libro, en el laboratorio?

WALTER ¡Mi *Guía de patos de la República*!

ANA ¿De qué habla?

WALTER Ana. Mi obra ¡el libro!

ANA Un libro. ¿Un libro? Yo vi salir a una mucama, del turno de la limpieza. ¿Un libro, dice? ¿Una libretita? ¿Una libretita con las hojas manchadas y la tapa medio salida? ¿Eso era?

Walter no responde.

- ANA ¿De qué libro me habla? ¿De qué se trata? La mucama llevaba la bolsa de desperdicios en una mano; en la otra el palo de piso, el bidón de desinfectante. ¿Una libreta? ¿Eso es lo que busca? ¿Eh? Lo que no se reclama, se deja, donde se deja; yo no sé dónde va. Lo guardan, no lo guardan; lo tiran, no lo tiran. ¿Dónde llevar lo que queda por aquí y por allá? Usted sabe. Vamos, sáquese todo eso.
- WALTER Quiero quedarme aquí.
- ANA No se puede.
- WALTER Quiero quedarme aquí, en la ventana. Quiero ver.
- ANA Ver ¿qué? La lluvia dejó el vidrio mojado.
- WALTER Déjeme. No.
- ANA No se puede. Yo tengo muchas cosas que hacer. Afuera está su señora. Están sus hijos que quieren entrar y verlo.
- WALTER Déjeme otro poco, enfermera.
- ANA Vea: mi turno termina en siete minutos. No sé si entiende lo que estoy diciendo.
- WALTER Mire un poco. ¡Eso! Allá, fíjese...
- ANA Y lo que le estoy diciendo es lo mismo que dice la enfermera Cecilia, del quinto piso: "Yo a esta institución que me explota, que no me paga lo que mi trabajo vale, ¡no le regalo ni un minuto!". Vamos. Acá tiene. Se pone eso y entonces yo abro y entra su mujer, entran sus hijos.
- WALTER No me di cuenta que había dejado de llover.
- WALTER Yo me di cuenta perfectamente, fíjese. Y ahora tendré que caminar por el barro para llegar a mi casa, el barro se va a meter entre los dedos de mis pies. Sin poder cuidar en qué charco me meto y en qué charco no. Cuadras, desde la parada del ómnibus. Y usted me está demorando aquí con el trabajo que tengo con todo este desastre: mire.
¿Sabe qué día es hoy?
- WALTER Sí, sí...
- ANA No, no sabe. Vamos. Sáquese. Desnúdese, le digo. Hoy es el cumpleaños de Marcelo, mi hijo. Y a ver si no consigo la vainilla, todavía. Necesito la vainilla, para la torta. ¿Y qué me va a pasar, si no? El nene está por volver del colegio.
- WALTER Ah.

- ANA Cállese. Y déjeme que yo le saco esto. Mire un poco. ¿Qué tiene aquí?
- WALTER Mis binoculares.
- ANA Esas cosas ya no las necesita, me parece.
- WALTER No.
- ANA ¿Se las doy a quién? ¿Las tiro?
- WALTER No sé. Tírelos, si quiere. ¿Cuántos años cumple su hijo?
- ANA Nueve. Tiene problemas en matemáticas, dice la maestra. Él, lo que quiere, es su torta. Acuéstese.
Walter se deshace de sus sábanas. Busca la camisola.
- WALTER ¿De qué va a ser la torta?
- ANA De chocolate. La corto al medio y le pongo dulce de leche. Arriba la espolvoreo con azúcar impalpable. Le pongo las velitas del año pasado y de una hago dos cortándola por la mitad, así hago nueve. Nadie se da cuenta porque las hundo en la masa.
- WALTER ¿Y el padre?
- ANA ¡No me hable! (*Comienza a poner orden en la habitación.*)
- WALTER ¿Por qué?
- ANA Se cree que es el único que trabaja en la casa. El único que trae dinero. El único que se cansa. El único que tiene derecho. Póngase eso de una vez. ¿Lo ayudo? ¿Puede solo?
Walter se mete en la cama.
- ANA Listo.
Ahora, antes de irme, tengo que terminar de poner esto en orden, así termino mi turno. Trabajo y dale con el trabajo: puras órdenes, nadie sabe de dónde llegan, pero todos la mandan a una.
¡Qué desgracia! ¡Mire que dejar así la habitación!
A ver, ahora, por acá.
- WALTER Enfermera.
Ana no se ocupa de Walter
- WALTER Enfermera... ¡Enfermera!
- ANA ¿Qué hay?
- WALTER ¿Puede venir, por favor?
- ANA Usted ya no necesita a nadie.
- WALTER Ya lo sé. Venga, enfermera Ana.

- ANA Mi turno se está terminando y usted ahora que me llama.
¿Puede imaginarse qué me significa?
- WALTER Una pregunta.
- ANA ¿Y quién va hacer este trabajo; usted, acaso?
- WALTER Una pregunta sola.
- ANA A ver, ¿qué quiere?
- WALTER Yo estuve en la mesa de operaciones y me morí allí. ¿Usted estaba?
- ANA Sí, estaba. ¿Y qué?
- WALTER Entonces, debe saber qué se encuentra en el último momento de la existencia.
- ANA Claro. Mire qué pregunta.
- WALTER ¿Ana?
- ANA Se encuentra la vía alterna del complemento.
- WALTER Ah.
- ANA ¿Está conforme, ahora? ¿No ve el tiempo que me está haciendo perder?
Mire lo tarde que se me hizo. Marcelo está llegando a casa. Y yo aquí. Y siempre es así, aunque su padre diga que no. Lo que ocurre es que la que se ocupa de la crianza es la madre. Ya no queda un minuto para nada. Veintiocho años, uno igual que el otro. ¿Eso es vivir?
- WALTER Enfermera. Enfermera Ana.
- ANA Tres minutos y termina mi turno. Acabo de arreglar la habitación y ya me voy.
- WALTER Enfermera Ana.
- ANA Ya no lo escucho. Entienda. ¡Ya no lo está escuchando nadie!
- WALTER Enfermera Ana, antes de irse...
Ana mira a su alrededor: la habitación recobró su orden.
- ANA Bueno, parece que...
- WALTER Antes de irse, enfermera...
- ANA ¿Qué hay?
- WALTER ¿Puede dejarme un recuerdo antes de irse?
- ANA ¡Esto es el colmo, escuchen un poco eso!
- WALTER Si usted me deja un recuerdo, yo le digo qué es la muerte.

Ana enmudece. Deja lo que está haciendo. La propuesta la ha cautivado.

ANA No, no. No puedo. Ya le dije. No. Estoy muy retrasada. Tengo demasiado trabajo.

WALTER Yo se lo voy a decir, Ana.

ANA No. No.

Ana, sin embargo se acerca al lecho, Walter le hace señas para que se acerque. Ana lo hace, lentamente, se inclina sobre él. Walter le habla al oído muy brevemente. Ana. Sólo ella, puede escuchar algo semejante. El rostro de Ana se va transformando, sus facciones van dejando mostrar una expresión que revela una infinita dulzura, una profunda belleza.

Un largo silencio. Ana vuelve a sus tareas en la habitación para concluir las.

ANA Bueno. Creo que ya terminé.

WALTER Ana.

ANA ¿Sí?

WALTER ¿Y mi recuerdo?

ANA ¿Su recuerdo?

WALTER Sí, mi recuerdo.

Entonces Ana vuelve a acercarse a Walter. Lo acaricia lenta, amorosamente. Se inclina sobre él y le da un beso en la boca, un beso impregnado de amor. Walter, poco a poco, va abrazando a Ana. Cuando ha terminado de tomarla por la espalda, apenas incorporándose en el lecho, adquiere la rigidez cadavérica.

Con idéntica dulzura, con enorme cuidado, Ana trata de deshacerse de ese abrazo que la atrapa. Al hacerlo arrastra el cadáver hasta que éste casi se cae de la cama, permaneciendo, de todas maneras, en la actitud de ese abrazo inmóvil, para siempre.

Ana no toca ya el cuerpo de Walter, lo deja como está, casi cayéndose. Se acerca a la ventana, se mira en ella, tal vez hace algún dibujo en el vidrio empañado. Mirándose, se arregla la ropa, se toca el cabello.

ANA Está todo en orden. *(Se acerca a la puerta y la abre).*

Ya está. Pueden pasar.

FIN

> Ediciones y distinciones

• VIEJOS HOSPITALES

EDICIONES *Alción* (prólogos de Patrick Schoenstein, José Luis Valenzuela y Victor Mayol), Córdoba, Argentina, 1985 (agotado).

La Escalera, Anuario de la Escuela Superior de Teatro de la Universidad Nacional del Centro, Tandil, Argentina, 1999 (agotado).

DISTINCIONES Ganadora del "Concours National de l'Acte, 1982/83", Metz, Francia.

• LA ISLA DEL FIN DEL SIGLO

EDICIONES *Fondo Editorial Neuquino*, Neuquén, Argentina, 1998.

Les Cahiers de Coulisses (prólogos de Osvaldo Obregón y Marthe Berchenko), Besançon, Francia, 1999 (agotado).

Colección de obras teatrales latinoamericanas, n° 39, CELCIT (en Internet).

DISTINCIONES *2º Premio Nacional de Teatro (período 1997-2001)*, Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires, Argentina.

• BAIROLETTO Y GERMINAL

EDICIONES *Ediciones de la Unión de Trabajadores de la Educación de Río Negro* (prólogo de Daniel Gómez y de Osvaldo Bayer), Imprenta Singer, General Roca, Río Negro, Argentina, 1999 (agotado).

• LA PIEL O LA VÍA ALTERNA DEL COMPLEMENTO

EDICIONES *Colección de obras teatrales latinoamericanas, n° 99, CELCIT* (en Internet).

> Índice

- PRÓLOGO *pág.* 3

- ENTREVISTA A ALEJANDRO FINZI..... *pág.* 5

- VIEJOS HOSPITALES *pág.* 17
Ficha técnica *pág.* 35

- LA ISLA DEL FIN DEL SIGLO *pág.* 37
Ficha técnica *pág.* 75

- BAIROLETTO Y GERMINAL..... *pág.* 77
Ficha técnica *pág.* 109

- LA PIEL O LA VÍA ALTERNA DEL COMPLEMENTO *pág.* 110

- EDICIONES Y DISTINCIONES *pág.* 138

de escénicas y partidas

se terminó de imprimir en DEL S.R.L.,

Humboldt 1803, Buenos Aires.

Abril de 2003.